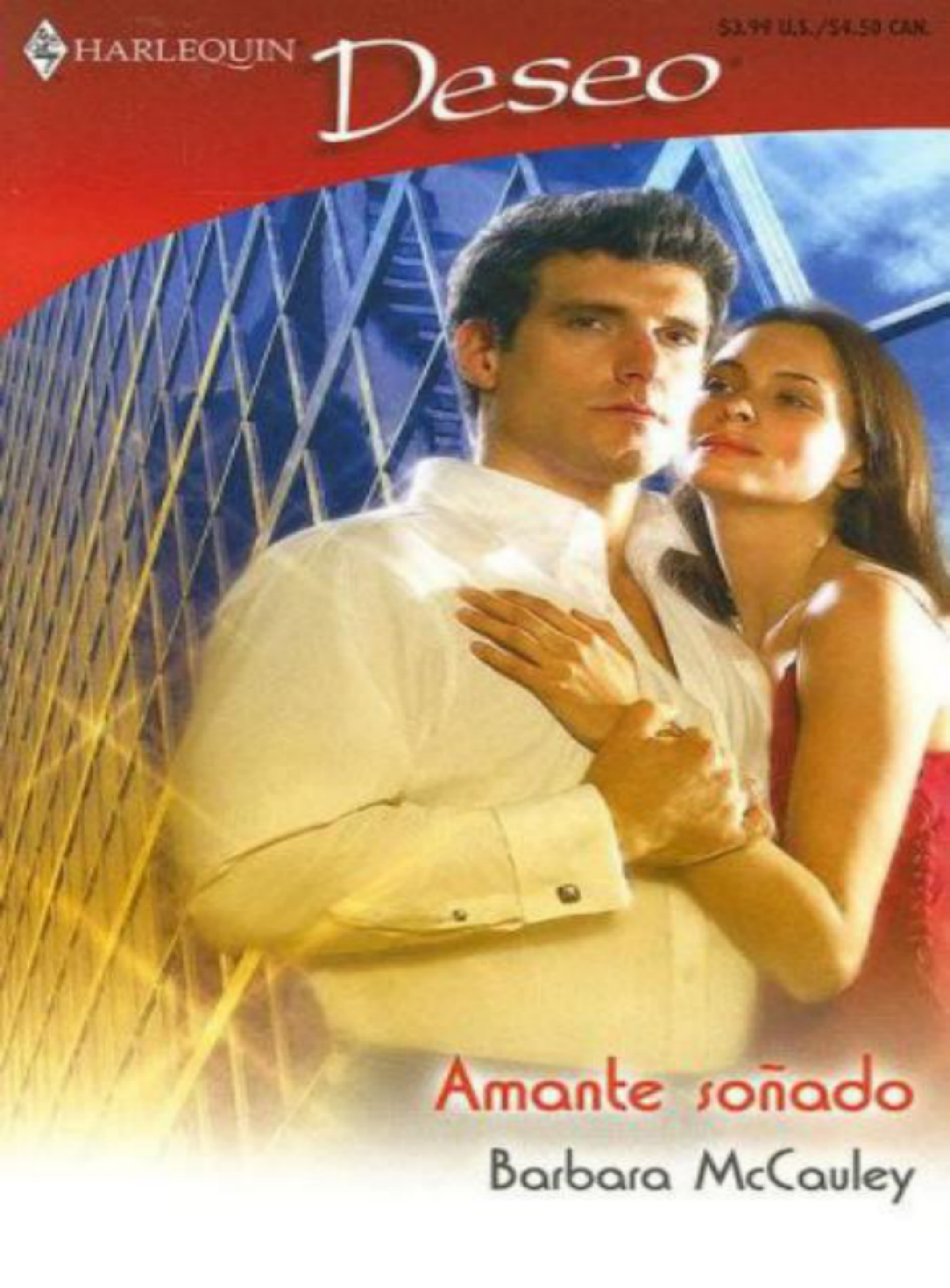


HARLEQUIN
Deseo
$3.99 U.S./$4.50 CAN.
Amante soñado
Barbara McCauley

Amante soñado

Barbara McCauley

13º Serie Blackhawk–Sinclair

Amante soñado (2.5.2007)

Título Original: Blackhawk's Bond (2006)

Serie: 13º Blackhawk–Sinclair

Editorial: Arlequín Ibérica

Sello / Colección: Deseo 1518

Género: Contemporáneo

Protagonistas: DJ Bradshaw y Alaina Blackhawk

Argumento:

Dos semanas bajo el mismo techo… ¿Quién conseguiría domar a quién?

En busca de un inusual purasangre del rancho Blackhawk, el millonario DJ

Bradshaw acabó teniendo que aceptar también la compañía de Alaina Blackhawk.

Alaina se negaba a separarse del carísimo caballo, por lo que DJ le dio dos semanas para preparar al animal… dos semanas que tendría que pasar en casa de DJ Y si aquel solitario vaquero conseguía lo que quería, Alaina estaría en su cama antes de que acabaran las dos semanas. Pero si la famosa adiestradora de caballos pensaba que iba a domesticar a aquel soltero empedernido, iba a llevarse la sorpresa de su vida.

Capítulo 1

El lobo estaba caminando.

Ella se tumbó de espaldas y observó al animal andar hacia delante y hacia atrás sobre las crujientes hojas que había esparcidas por el bosque. El intenso aroma a humedad y a tierra fértil llenaba sus sentidos mientras el miedo se apoderaba de ella.

Abrió la boca para gritar y pedir ayuda, pero no le salieron las palabras.

Su mente le decía que escapara de allí. Trató con todas sus fuerzas de soltarse de las gruesas cuerdas que sujetaban sus brazos.

Se le aceleró el pulso y volvió a mirar al lobo, que se detuvo y levantó su enorme cabeza. Olfateó el aire y emitió un gran rugido.

Vestidos con ropas de cuero, los Elders avanzaron un poco. Sus rostros reflejaban lo exhaustos que estaban. Miraron al lobo y asintieron con la cabeza, aprobando solemnemente. Se creó un círculo de fuego a su alrededor y los Elders se desvanecieron entre las llamas. Los llamó, les suplicó que regresaran para salvarla.

Pero todo lo que obtuvo por respuesta fue un inquietante aullido.

Miró al lobo… no, era un hombre… acercándose hada ella entre las llamaradas.

Se quedó sin aliento al observar el musculoso cuerpo de guerrero de aquel hombre, desnudo, excepto por el taparrabos que llevaba. El fuego se reflejaba en su largo pelo negro y su bronceada piel brillaba. Tenía la cara pintada de rojo y negro. El humo le nubló a ella la mirada y le retumbó en la cabeza el sonido de unos tambores lejanos.

El pánico se apoderó de ella cuando él se acercó y una vez más forcejeó para tratar de deshacerse de las cuerdas que ataban sus muñecas, pero estaban muy firmes. El se inclinó sobre ella y la miró con aquellos ojos del color del cielo.

—Sométele a mí —exigió él.

Ella agitó la cabeza.

—Me perteneces —dijo él, arrodillándose a su lado.

—Yo no pertenezco a ningún hombre.

El hombre sonrió y le acarició un hombro y el brazo. Ella se estremeció.

—Sométete a mí —repitió él.

—No —se quedó sin respiración cuando él tomó los tirantes de su blanco vestido, bajándolo y dejando al aire sus pechos. El calor se apoderó de su cuerpo. El le acarició suavemente la garganta.

Respiró entonces agitada. El miedo y la excitación la estaban consumiendo.

Cuando le acarició un pecho las llamaradas se hicieron más altas, más calientes. El bajó la cabeza y ella pudo sentir cómo la respiración del hombre le quemaba el cuello…

Temblando y sin poder casi respirar, Alaina Blackhawk se sentó en la cama.

Observó con los ojos muy abiertos la oscuridad de su habitación y se llevó una mano a la garganta. Pudo sentir la aceleración de su pulso.

«Ha sido un sueño», se dijo a sí misma. «Simplemente un sueño».

Pero había sido tan real, tan increíblemente real…

Todavía podía oler la humedad y el humo. Todavía podía sentir las cuerdas sujetando sus muñecas y cómo unas manos callosas le acariciaban los brazos.

Todavía sentía un cosquilleo por la piel y su cuerpo latía con fuerza ante aquel deseo insatisfecho.

Se abrazó a las sábanas y esperó a recobrar la calma y a que los escalofríos cesaran. Respiró profundamente. El terror se apoderó de ella, sintiéndolo como si fuera un pájaro sobre su cabeza. Incluso sintió el aire levantado por sus alas en su acalorada piel. Miró hacia arriba y se dio cuenta de que era el ventilador. Nada más.

Se rió secamente, se recostó de nuevo y se tapó hasta la barbilla con la sábana.

Era una tontería asustarse simplemente por un sueño. Se dijo a sí misma que lo que tenía que haber hecho era haber disfrutado de él, incluso con aquel sinsentido de sométete a mí.

Pensó que a lo único que pretendía someterse era a unas pocas horas más de sueño.

Pero incluso una vez que hubo cerrado los ojos y se hubo tranquilizado, incluso cuando se hubo dormido, seguía oyendo el lejano sonido de los tambores y el solitario aullido de un lobo…

Nadie miró dos veces a la polvorienta camioneta negra que salió de la autopista noventa y seis para dirigirse hacia el este. Después de todo, aquello era Texas y allí las camionetas eran tan corrientes como el aire. Y de todas maneras no había nada de interés en aquélla. No tenía ni una pintura reluciente ni unas bonitas llantas. Cuando la camioneta se introdujo en el pequeño pueblo llamado Stone Ridge, todo lo que hizo la gente fue asentir con la cabeza y saludar con la mano amistosamente. Lo mismo que hubiesen hecho con cualquiera que pasara por allí.

Pero la persona que conducía aquella furgoneta no era cualquier persona. Era DJ Bradshaw. DJ Bradshaw en persona. Y si aquella gente lo hubiese sabido, se hubiesen quedado con la boca abierta.

No todos los días el más famoso y escurridizo… por no mencionar rico…

ranchero del estado se dejaba ver en público.

DJ Bradshaw personificaba la palabra inquebrantable. Era alto y tenía unas manos largas. Los hombres decían que había nacido para trabajar la tierra que había heredado de su padre. Las mujeres… bueno, ellas pensaban que aquellas manos callosas y aquel cuerpo musculoso habían nacido para algo mucho más privado.

Y mucho más interesante…

Tenía el pelo negro, los ojos azul cobalto y la piel bronceada por el sol. Con sólo mirar una vez a DJ Bradshaw, cada mujer, desde la más refinada hasta la más recatada, estaba preparada para ponerse un sombrero de cowboy y marcharse a montar a caballo con él.

Las pocas afortunadas que lo habían hecho todavía sonreían con simplemente oír su nombre.

Una vez hubo salido de Stone Ridge, DJ puso un CD de Bob Seger y pisó el acelerador, cortando el espeso calor de agosto y dejando un rastro de polvo sobre la carretera.

A veinte millas de la frontera con Louisiana, D J dejó la carretera principal para desviarse hacia la finca de Stone Ridge. El paisaje era muy verde.

Cuando estuvo bajo el arco de hierro con la insignia SRR pudo observar el ganado y los caballos que pastaban en una arboleda de pinos y helechos. Al doblar una esquina tuvo que pasar por un puente que había sobre una corriente de agua que bajaba muy rápida.

Lo primero que vio fueron los establos. Aparcó frente a ellos. Hacía unas semanas había leído un informe completo sobre ellos. Eran quinientos acres de madera de alta calidad y tierra de pastoreo, con cuatro trabajadores, un capataz, un ama de llaves, un pequeño rebaño de ganado y un establo lleno de caballos campeones. Aunque el rancho legalmente era de una señora llamada Helena Blackhawk, eran su hijo, Trey, y una de sus hijas, Alaina, los que se estaban encargando de la operación. Tenía otras dos hijas. Alexis, que vivía en Nueva York, y la más pequeña, Kiera, que era jefa de cocina y que vivía en Wolf River.

A DJ le gustaba conocer a la gente con la que hacía negocios.

También había visto una lista detallada de las ganancias y pérdidas de Stone Ridge Stables, cuentas bancarias y los registros de los compradores y vendedores con los que habían tenido trato durante los últimos cinco años. Era información que iba a necesitar cuando les hiciera a los Blackhawk una oferta para comprarles su rancho.

Al salir de la camioneta pudo ver la casa principal. Unas gruesas enredaderas de madreselva subían por las blancas columnas del porche y un césped verde se extendía por el patio principal.

Miró la hora y observó las oscuras nubes que se avecinaban. Deseó estar de vuelta en la carretera antes de que la tormenta se

desatara.

Se quedó mirando la casa y se detuvo al oír a una mujer cantando. Su voz provenía desde dentro de los establos. No sabía qué era exactamente lo que estaba cantando, pero era una melodía dulce y suave. Le sonaba de algo. Aquello hizo que se metiera en los establos.

Allí vio la espalda de una mujer alta y delgada, cepillando a un semental negro.

La mujer tenía el pelo castaño y lo llevaba recogido en una coleta.

«El pantano azul», dijo para sí mismo al reconocer la canción.

Suponía que debía decir algo. Por lo menos carraspear o arrastrar una bota.

Hacer algo para que ella se diera cuenta de que él estaba allí. Pero todavía tenía curiosidad y estaba cautivado por la voz de aquella mujer y por la manera en la que cepillaba al caballo.

Cuando ella se alejó en busca de una manta, DJ se permitió observar por última vez su esbelta figura, tras lo cual carraspeó y se acercó.

¡Pero fue un gran error!

Asustado, el semental embistió contra la puerta de su compartimiento. DJ

agarró la correa, pero no pudo evitar el corte que el caballo le hizo en el antebrazo con su pezuña.

—¡Hoo! —DJ sujetó la correa cuando el caballo comenzó de nuevo a cocear—.

¡Hoooo!

El caballo se tranquilizó y la mujer se acercó para agarrarlo por el dogal.

—Tranquilo —dijo ella firmemente, acariciando al caballo por debajo del cuello

—. Tranquilo, chico.

Resoplando, el caballo piafó. La mujer agarró la correa y se colocó entre D J y el animal.

—Ya lo tengo.

D J soltó la correa y se echó hacia atrás. Analizó la cara de la mujer mientras que ésta metía de nuevo al caballo en su compartimiento.

Había algo exótico en sus facciones. Tenía la piel levemente bronceada y los ojos de un azul tan claro como el cielo. Y su boca… ¡Demonios! Se permitió entretenerse por un momento mirando sus exuberantes labios. Aquel negocio era mucho más interesante de lo que había pensado.

—Está sangrando —dijo ella.

—¿Qué? —dijo él, mirándola a los ojos. Pudo observar la preocupación que se reflejaba en ellos.

—Su brazo —la mujer se apartó del caballo y miró a D J—. Está sangrando.

DJ se miró el brazo. Había estado tan distraído que ni se había dado cuenta del corte que tenía.

—Déjeme verlo —dijo la mujer, acercándose a él.

—No es…

Ella le tomó el brazo. Cuando él trató de apartarlo, ésta lo agarró con fuerza.

—Estése quieto —dijo, usando el mismo tono de voz que había utilizado con el caballo—. Es un corte profundo.

Frunciendo el ceño, DJ observó cómo ella sacaba un pañuelo de su pantalón y se lo colocaba alrededor del brazo. Cuando ejerció presión, pudo sentir la calidez de su mano a través de la ropa. Sintió un cosquilleo, como diminutas chispas de electricidad, que le recorrió todo el brazo.

Alaina Blackhawk miró hacia arriba bruscamente, a los ojos del hombre, que estaba frunciendo el ceño. El corazón le latía con fuerza y se quedó mirándolo.

Apartó la mano de su brazo.

—Voy a por algo que ponerle ahí —dijo, echándose para atrás. Las rodillas de repente le flaquearon—. Yo, esto… tengo antiséptico y vendas.

—No se preocupe —agitando la cabeza, DJ se quitó el pañuelo—. Apenas es un rasguño.

A Alaina le recorrió un escalofrío la columna.

—Eso es —dijo—. Sólo un rasguño.

Oyó cómo él le preguntaba algo, pero estaba demasiado confundida todavía como para entender. Pudo ver que aquel hombre tenía el pelo negro como el carbón y los ojos de un profundo azul. Tenía una cicatriz al lado de la ceja izquierda.

—¿Perdóneme?

—Le he preguntado… —DJ inclinó la cabeza, estudiándola—. … que si está bien.

—Sí, desde luego. Simplemente me ha asustado.

—Lo siento —DJ observó cómo el semental andaba inquieto en su compartimiento, tras lo cual miró a la mujer—. Estaba buscando a Trey Blackhawk.

Alaina sabía que debería dejar de mirarlo, que debía hacer o decir algo… por lo menos presentarse. Aunque prácticamente había sido criada en un establo, también había sido educada para tener buenos modales.

Pero no era ella la única que miraba embelesada a alguien. Cuando observó cómo él le miraba el cuello, los hombros, y cómo se entretuvo por un momento mirando sus pechos, se quedó sin aliento.

¡Por el amor de Dios, tenía veintisiete años!

Muchos hombres la habían mirado antes de esa manera. Era normal que a una mujer que trabajaba y vivía sobre todo con hombres la miraran. Se había acostumbrado y la mayoría de las veces ni lo pensaba.

Pero aquel momento no era una de esas ocasiones.

En aquel momento su cuerpo respondió instintivamente. Se le aceleró el pulso, sintió un hormigueo por la piel y se le endurecieron los pechos. Observó cómo él levantaba la vista y la miraba a los ojos. DJ levantó una ceja interrogativamente y ella se tuvo que contener para no salir corriendo.

—Alaina —la voz de su hermano la asustó. Se dio la vuelta y lo vio acercándose a ella. ¡Gracias a Dios! Al ver a su guapo hermano su mundo volvió a la normalidad.

Trey miró al hombre que estaba de pie cerca de su hermana.

—¿El señor Bradshaw?

—DJ —dijo el hombre, acercándose para estrechar la mano que le tendía Trey

—. Tú debes de ser Trey.

Alaina observó cómo los dos se daban la mano. Tardó un momento en darse cuenta de lo que pasaba. ¿D J Bradshaw? ¿El soltero más perseguido y más rico de Texas?

—Veo que ya has conocido a mi hermana —dijo Trey.

—En realidad no nos hemos dicho cómo nos llamamos. Te llamas Alaina, ¿no es así? —dijo DJ, mirándola.

—Señor Bradshaw —dijo ella, metiéndose las manos en los bolsillos y asintiendo con la cabeza. No podía correr el riesgo de tocarlo de nuevo.

—DJ —dijo, tocando el borde de su sombrero.

—DJ ha venido para ver a Santana —aclaró Trey.

—¿Santana? —Alaina miró a su hermano—. ¿Por qué?

—Ha habido bastantes rumores sobre el caballo desde que se lo compraste a Charley Cooper el mes pasado —DJ se echó el sombrero para atrás—. Se dice que dos veterinarios le diagnosticaron una enfermedad grave, síndrome del navicular, y que lo iban a sacrificar.

—Muchas veces diagnostican esa enfermedad equivocadamente —había sido un golpe de buena suerte que ella hubiese oído hablar sobre Santana y que hubiese sido capaz de llegar a un acuerdo con el criador del caballo—. Cooper debería haber obtenido una tercera opinión.

—Estoy de acuerdo —asintió DJ—. Y por eso mi veterinario estuvo aquí hace dos días.

—¿Perdona? —Alaina, confundida, frunció el ceño.

—DJ ha hecho una oferta por Santana —dijo Trey—. Depende del

informe de su veterinario. Tú debías de estar en el pueblo cuando estuvieron por aquí.

—Sí, seguro.

«¡Qué casualidad!», pensó Alaina. Hacía dos días, Trey la había mandado al pueblo a por una receta para su madre. Pero mantuvo la compostura.

—Trey, ¿podría hablar contigo, por favor?

—Más tarde, Al —contestó él, negando con la cabeza.

—Sería mejor que lo hiciéramos ahora.

—Alaina…

—Id —DJ encogió un hombro—. Puedo esperar.

—Gracias —dijo Alaina antes de salir del establo.

Cuando estuvo segura de que no les podían oír, se giró hacia su hermano.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿El qué? ¿Lo de Bradshaw o lo de Santana?

—Maldita sea, Trey, no me tomes por tonta —dijo ella, conteniendo su enfado

—. Sabías cómo reaccionaría yo.

—Precisamente por eso no te lo dije —Trey se cruzó de brazos y miró a su hermana—. Esto es un negocio, Alaina. No tengo tiempo para estas cosas.

—Sabes perfectamente que todavía estoy trabajando con Santana.

—Me dijiste que su pierna estaba curada. Si el veterinario de Bradshaw está de acuerdo, entonces habremos vendido un caballo. Por si se te ha olvidado, Al, es lo que hacemos. Vender caballos.

—Por si se te ha olvidado a ti… —Alaina apretó los puños ante la frustración que sentía—… yo soy la que se asegura de que nuestros caballos están preparados para ser vendidos. Y sí, su pierna está curada, pero todavía no está preparado.

—¿Que no está preparado? —preguntó Trey—. ¿No serás tú la que no está preparada?

—No es justo, Trey —dijo Alaina tras arrepentirse de haber discutido aquello.

—No se trata de lo que es justo o injusto. Esto es un negocio. Si Bradshaw quiere el caballo ahora, se lo lleva.

—Simplemente necesito un par de semanas más antes de…

—Si hace una oferta, el acuerdo está hecho. Así que tú y yo nos podemos quedar aquí perdiendo el tiempo, o puedes aceptarlo y seguir adelante.

—A ti se te da bien, ¿no es así?… el seguir adelante —dijo Alaina sin poder evitar el sarcasmo. Se mordió la lengua, deseando no haberlo dicho.

—Alguien lo tiene que hacer en esta familia. Tenemos un rancho,

Alaina. Las facturas no se pagan teniendo la cabeza en las nubes.

—¿Es eso lo que crees que hago por aquí? ¿Tener la cabeza en las nubes?

Trey esbozó una dura expresión con los labios, pero no tuvo tiempo de responder antes de que sonara un trueno. Habían estado tan concentrados en su discusión que no se habían dado cuenta de que se avecinaba una tormenta.

Suspirando, Trey se levantó el sombrero y se pasó una mano por el pelo.

—Nadie trabaja más duro que tú, hermana —dijo en voz baja—. Sé por qué Santana es especial para ti, pero a veces, incluso sin querer hacerlo, tienes que dejar que las cosas sigan su curso.

Tras decir eso, Trey se marchó. Alaina fue a llamarlo para que regresara, pero entonces vio que DJ estaba de pie en la puerta de entrada de los establos.

Cuando se supiera que Stone Ridge Stables había vendido un semental a Bradshaw, atraería compradores de todas partes del mundo.

Bradshaw tenía esa clase de prestigio y poder.

A Alaina no le importaba nada de eso, pero sí a Trey. Y a ella le importaba Trey.

No importaba cuánto discutieran, no importaban las palabras hirientes que se pudieran decir entre ellos. Lo quería.

Se preguntó si podría dejar marchar a Santana como había dicho su hermano.

Observó cómo éste se unía a Bradshaw y volvían a meterse en los establos.

Cerró los ojos y respiró lentamente. Supo que tenía tantas posibilidades de detener la venta del caballo como de evitar que lloviera aquel día.

Capítulo 2

La tormenta se desató rápidamente y con fuerza. Mientras que los trabajadores del rancho se apresuraron a calmar a los caballos, que estaban muy nerviosos, DJ

siguió a Trey a las escaleras de madera de la puerta del porche.

—No es fácil meterlo ni sacarlo de un remolque —tuvo que gritar Trey para que le oyera, debido al sonido de la lluvia—. Si te decides a comprarlo, te lo haremos llegar nosotros.

DJ se sacudió la lluvia y se quitó el sombrero al cruzar la gran entrada. El suelo era de madera brillante. Había fotos por las paredes y un gran reloj que al dar la hora hizo que DJ se diera cuenta de que hubiera querido estar ya de regreso.

En ese momento, un rayo y un trueno estallaron tan cerca que la casa tembló y la luz parpadeó.

—Quizá quieras reconsiderar quedarte a cenar —Trey dejó su sombrero en un perchero—. Por lo menos espera a que la tormenta amaine un poco.

—Gracias —aunque el seductor aroma que había en el ambiente le tentaba, DJ

negó con la cabeza—. Me gustaría marcharme lo antes posible.

—No llegarás a ningún sitio esta noche, no en este barranco.

En ese momento, apareció un hombre que no era más alto que un retaco. Tenía el pelo gris y largo, recogido en una coleta.

—DJ, éste es Cookie —dijo Trey—. Cookie, éste es DJ Bradshaw.

—Oí que estabas por aquí —el anciano analizó a DJ con la mirada —. Eres como tu padre.

—¿Conociste a mi padre? —DJ se dio cuenta de la cojera del hombre cuando éste anduvo dentro de la habitación.

—No puedo decir que lo conociera. Lo vi una vez, así como a tu madre. Ella compró uno de mis pasteles de manzana en una fiesta de un condado. Hace más de veinte años. Dijo que era el mejor pastel de manzana que había probado nunca.

—¿Fue en la feria del condado de Crowley? —preguntó DJ, levantando una ceja.

—En ésa —el anciano le tendió la mano—. Mi pastel me hizo ganar muchos galones azules aquel año.

—En mi casa eras toda una celebridad —dijo DJ, dándole la mano al hombre. Él sólo tenía trece años por aquel entonces, pero su madre no había parado de hablar del pastel de manzana—. Mi madre le dijo a mi padre que se iba a escapar contigo.

Cookie se encogió de hombros y se ruborizó.

—Una pena lo que le pasó a tu familia, una pena.

—Gracias —D J asintió con la cabeza.

Un trueno volvió a hacer temblar la casa. Trey frunció el ceño y miró a Cookie.

—¿Estabas diciendo algo sobre la tormenta cuando entramos?

—Ha habido un accidente con un camión que ha derrapado y ha colapsado la autopista. No podríais salir ni aunque quisierais —explicó Cookie—. Ni llegar.

Jimmy ha llamado y ha dicho que está parado con el coche y que el sheriff está mandando a todo el mundo de vuelta al pueblo. No podrán conseguir un remolque para camiones hasta por lo menos mañana por la mañana.

Aunque no podía hacer absolutamente nada para solucionar aquello, DJ no pudo evitar el nudo de frustración que se le formó en la tripa.

—¿Ha habido algún herido?

D J levantó la vista al oír una voz de mujer y pudo ver a Alaina bajando por las escaleras. No pudo evitar sentir un cosquilleo en el estómago al verla vestida con una camisa roja y unos pantalones vaqueros.

—Es difícil de saber —contestó Cookie—. Jimmy ha dicho que tres o cuatro coches han chocado y que el camión de Drew Gibson ha volcado, pero que él estaba de pie a un lado de la carretera, dándole patadas a una de las ruedas. Así que supongo que estará bien.

—Conociendo a ese loco de Drew, probablemente haya sido él el que haya causado el maldito accidente —a pesar del sarcasmo con que dijo aquello, se intuía preocupación en el tono de voz de Trey—. Voy a telefonear al sheriff y asegurarme de que Jimmy no está simplemente buscando pasar la noche en el pueblo con Lucinda.

—¿Hay otra manera de salir de aquí? —preguntó D J—. ¿Tal vez una carretera secundaria?

—Nada que sea ni remotamente razonable con este tiempo —Trey agitó la cabeza—. Cookie, pon otro cubierto en la mesa. Alaina, lleva a DJ a mi despacho.

Estaré allí enseguida.

DJ observó que Alaina iba a protestar, pero rápidamente cerró la boca. Estaba claro que no le agradaba tener compañía. Pensó que ya eran dos, porque a él le ocurría lo mismo.

Ella le condujo a una habitación con una gran ventana que ocupaba toda una pared, desde la que se podían ver las colinas que rodeaban al rancho.

—Estoy segura de que Trey no tardará —Alaina señaló hacia una silla—.

Siéntese, señor Bradshaw.

—DJ.

—Bien —se dio la vuelta y abrió el bar—. ¿Qué te gustaría tomar?

DJ se quedó mirando el cuello de Alaina mientras pensaba qué responder.

Decidió que era mejor no decir lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Whisky.

Observando cómo caía la lluvia, se dio cuenta de que, aunque las carreteras hubiesen estado abiertas, nunca hubiese llegado a su casa con esas condiciones meteorológicas.

—¿Cómo tienes el brazo? —preguntó ella, abriendo una botella de Jack Daniel's.

—Bien.

DJ se levantó y se acercó a ella mientras le servía la bebida. Observó los pelitos que se habían escapado de la trenza con la que ella llevaba recogido el pelo. Una extraña urgencia de volver a ponerlos en su sitio se apoderó de él, pero se resistió. En vez de eso, respiró el leve aroma a jazmín que emanaba de su piel.

A Alaina se le cortó la respiración cuando al darse la vuelta lo encontró tan cerca de ella, pero se recuperó rápidamente y le ofreció el vaso.

—Gracias —al agarrar el vaso, notó una chispa cuando sus dedos se tocaron.

—Hay electricidad estática en el aire —dijo ella, apartando la mano—. Por la tormenta.

Como para corroborar sus palabras, la luz de un rayo iluminó la habitación, haciendo que resaltaran los tonos rojizos y dorados del pelo de ella e iluminándole la cara. DJ sintió el impulso de acariciarle la mejilla y tuvo que recordar dónde estaba y por qué.

Pensó que era una pena. Levantó su vaso y disfrutó del picante sabor de la bebida.

—No regresaste al establo.

—No había ninguna razón para hacerlo. Trey conoce a Santana. Cuando tu veterinario traiga su informe diciendo que está sano, que así será, tendrías que ser ciego o estúpido para no comprarlo. Y obviamente no eres nada de eso.

—Cuidado, Alaina —dijo, mirándola por encima del vaso—. Eso ha sido casi un cumplido.

—Me disculpo si he sido grosera.

—No he dicho que hayas sido grosera —dijo él, mirando hacia una esquina de la habitación—. Pero me alegra que ese armario con pistolas tenga cerradura.

—Sé dónde está la llave —dijo ella, esbozando una leve sonrisa.

—Lo recordaré —DJ se apartó un poco—. ¿Quieres decirme por

qué no quieres que compre a Santana?

Aquella pregunta la tomó desprevenida y se dio la vuelta, para colocar las botellas en el bar.

—¿Por qué dices eso?

—Como bien has dicho… —bebió un poco—… no soy tonto ni estúpido.

—Todavía estoy trabajando con él —dijo, dándose la vuelta y mirándolo.

—Trey me lo dijo —DJ pensó que los preparadores de caballos eran un poco posesivos con éstos—. Te aseguro que mis preparadores son de primera.

—No lo dudo, pero cambiar de preparador, a pesar de lo buenos que sean, puede ser difícil para algunos caballos. Santana está acostumbrado a mí —la pasión se reflejaba en sus ojos—. Él sabe que yo…

Alaina se mordió el labio inferior y apartó la mirada.

—¿Que tú qué? —preguntó DJ, ansioso por que continuara hablando.

—Oh, Alaina, lo siento. No me había dado cuenta de que tenías compañía.

DJ se apartó y observó a la mujer que estaba de pie en la puerta de la habitación. Era una versión más mayor y más rubia de Alaina.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Alaina, cuya voz se dulcificó—. ¿Ocurre algo?

—No puedo encontrar a Trey —dijo Helena Blackhawk con la voz temblorosa

—. La tormenta…

—Trey está bien —Alaina se acercó a su madre—. Simplemente está comprobando el estado de las carreteras.

—¿Estás segura? —la mujer se puso una mano en la garganta—. ¡Lleva fuera tanto tiempo!

—Volverá sano y salvo —Alaina le pasó un brazo por encima de los hombros a su madre—. Éste es DJ Bradshaw. Ha venido a comprar uno de nuestros caballos.

—Señora Blackhawk —DJ asintió con la cabeza—. Es un placer.

—¿Ha visto a mi hijo, señor Bradshaw?

DJ miró a Alaina, que le suplicó con los ojos que mantuviera silencio, tras lo cual miró hacia Helena y sonrió.

—Sí, señora. Hace un minuto estaba aquí.

—Oh, gracias a Dios —la mujer suspiró, aliviada—. Mi William murió en una tormenta como ésta —dijo—. Justo después de haber salvado a un niño pequeño de ahogarse. ¿Conoció a mi marido, señor Bradshaw?

—No, señora, pero lo siento…

—¿Está todo bien por aquí?

Trey entró en la habitación y se acercó a Alaina, que asintió con la cabeza.

—Mamá estaba preocupada por ti.

—Estoy bien, mamá —le aseguró Trey a su madre.

—No deberías salir con esta tormenta —Helena le tocó la mejilla a su hijo, tras lo cual miró a DJ—. Nadie debería hacerlo. Le diré a Cookie que ponga otro cubierto en la mesa y que prepare la habitación de invitados.

Estuvo lloviendo sin cesar durante las siguientes horas, pero aunque se podía oír de vez en cuando un trueno en la distancia, ya se había apaciguado la tormenta.

Alaina, mientras miraba por la ventana de su habitación, pensó que era una típica tormenta veraniega.

Pensó en el hombre que estaba durmiendo en la habitación de invitados.

Irritada, se dio cuenta de que no era inmune a los encantos y buena apariencia de DJ

Bradshaw. Pero era normal que ante un hombre tan atractivo como él su cuerpo respondiera.

Pero no entendía por qué no podía dormir. Se dijo a sí misma que era por Santana y se apartó de la ventana. Sabía que no tenían muchos fondos debido a los gastos de las medicinas de su madre, así como también sabía que esos gastos no iban a hacer otra cosa que aumentar con el tiempo. Pero aun así le indignaba que fueran a vender el caballo.

Estaba demasiado alterada como para dormir. Se puso los pantalones vaqueros y las botas y salió al pasillo. El reloj comenzó a dar las doce y antes de que terminara, ella se había puesto el chubasquero y había salido a la puerta principal. Se colocó la capucha y se dirigió hacia los establos.

Cuando llegó, se acercó a tomar una linterna que había tras la puerta y la encendió. Se quitó el chubasquero y se dirigió a ver a Santana.

—Hola, chico —le dijo al semental. El caballo se acercó a ella, que acarició la quijada del animal mientras que éste comía, relajándose del estrés. Cerró los ojos, empapándose del aroma familiar a caballos, heno y cuero que la rodeaba. Los establos siempre habían sido su refugio, el lugar donde se relajaba.

Aquel lugar estaba lleno de recuerdos para ella; su primer caballo, la primera vez que había visto a una yegua tener potrillos… y otras primeras veces… como el primer beso que se dio con Jeff Porter, el hijo de un trabajador del rancho. El beso fue dulce, pero le decepcionó. Había habido más chicos después, más besos, pero

igualmente decepcionantes.

—Debo de ser yo, ¿eh, Santana? —Alaina acarició el hocico del animal y frunció el ceño cuando éste movió la cabeza—. Bueno, no tenías que ser grosero —dijo, irritada—. Quizá yo soy diferente. No puedo hacer mucho para remediarlo.

Allí mismo, en el establo, había sido donde ella se había dado cuenta por primera vez de lo diferente que era.

—¿No puedes dormir?

Alaina se sobresaltó al oír la voz de DJ Lo vio salir de entre las sombras.

—¡Por Dios! —le espetó ella, poniéndose una mano en el corazón —. Me has asustado.

—Lo siento. Vi a alguien corriendo hacia los establos y pensé que quizá había un problema.

—¿Qué quieres decir? ¿Me viste a mí?

—Estaba en el porche.

DJ se acercó hacia ella con mucho cuidado. De repente, Alaina se sintió incómoda y se arrimó a la puerta del compartimiento de Santana. Trató de aparentar estar calmada.

—Creía que te habías ido a la cama.

—Irse a la cama y dormir son dos cosas distintas.

Alaina sintió que se ruborizaba, aunque estaba segura de que él no había querido sugerir nada. Por lo menos no pensaba que fuera así. Al verlo cómo se apoyaba en un marco, se dio cuenta de que era el efecto que tenía aquel hombre en ella lo que hacía que pensara en el sexo.

—Espero que no haya habido ningún problema con el alojamiento —dijo ella.

—El alojamiento… —DJ repitió aquella palabra tan formal con la diversión reflejada en su tono de voz—… es excelente, así como la cena y la compañía. Aprecio la hospitalidad, especialmente teniendo en cuenta el hecho de que tu familia y tú me habéis tenido que aguantar.

—Yo diría que ha sido al revés —Alaina dudaba que mucha gente, especialmente mujeres, dijera que tenía que aguantar a DJ Bradshaw—. A mi madre le divierte tener compañía, sobre todo cuando se queda en el rancho.

—¿No vive aquí?

—No desde hace un par de años. Su médico de Austin pensó… —Alaina dudó si seguir hablando. No entendía qué hacía ella hablando del estado de salud de su madre con un extraño—. Es simplemente que para ella es mejor estar en la ciudad, por lo que sólo viene al rancho durante cortos periodos de tiempo. No tenemos muchos invitados por aquí, aparte de algún amigo ocasional que alguna de mis

hermanas pueda traer a casa.

—Alexis y Riera.

A Alaina le sorprendió que D J supiera los nombres de sus hermanas, pero recordó que su madre había hablado de ellas durante la cena.

—Cuando mis hermanas estaban en el instituto, les parecía divertido traer a sus amigos de la ciudad al rancho para que probaran la vida del campo. Solíamos hacer apuestas sobre cuánto tiempo durarían los amigos por aquí —Alaina sonrió al recordar aquello—. Tras un par de días sin sus cafés con leche y su sushi, la mayoría de ellos estaba deseando marcharse.

—¿Y tú? —DJ acercó una mano a Santana, pero el caballo se alejó—. ¿Alguna vez estuviste deseando marcharte de aquí?

—¿Yo? —Alaina se rió, recordando la vez que viajó a Nueva York y lo agobiada que se sintió. No había podido respirar—. No. Echaba de menos a mis hermanas y entendí su decisión de marcharse, pero el rancho era mi vida. Es mi vida. Así de simple.

—Algo me dice que no hay nada en ti que sea simple —dijo DJ en voz baja.

Alaina sintió el calor que desprendía el cuerpo de él y olió su esencia masculina.

El sentirlo tan cerca le hizo estar precavida y muy inquieta.

—¿Y tú? —de alguna manera fue capaz de mantener un tono de voz normal—.

¿Alguna vez quieres escapar? ¿Estar en un sitio distinto de donde estás?

—Por el momento no.

Aquella respuesta hizo que a Alaina se le acelerara el pulso. Sin ninguna duda había provocación en su respuesta.

—Eso no es una respuesta.

DJ acercó la cabeza tanto a la de Alaina, que ésta pudo sentir su respiración en la mejilla.

—Me he olvidado de la pregunta.

¡Así como ella!

Sabía que debería decirle que se apartara, o que debería apartarse ella, pero parecía incapaz de hacer ni una cosa ni la otra.

La boca de él se acercaba cada vez más a la suya. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero no se movió. Ni él tampoco.

Frustrada, se acercó aún más hacia él, pero entonces se dio cuenta de que eso era exactamente lo que él quería.

«No va a ocurrir, Bradshaw», pensó, echándose para atrás.

—¿No tienes curiosidad? —preguntó él, levantando una ceja.

Aquella pregunta fue como una ola inundándola. ¡Claro que tenía curiosidad!

Pero estaría perdida si se lo decía.

—Tengo curiosidad sobre DJ Bradshaw —dijo, logrando mantener la calma—.

Curiosidad por saber por qué un hombre con tanto dinero como tú y con tu estatus se molestó tanto en conducir hasta aquí para ver un caballo.

—Soy un tipo práctico.

—O quizá estabas aburrido y buscabas un poco de diversión.

—Si hubiera estado aburrido y buscando diversión… —dijo, esbozando una leve sonrisa—… te aseguro que no hubiera necesitado conducir durante ocho horas.

—No, supongo que no —se dio la vuelta y se acercó para agarrar la lámpara—.

Ya debería volver a mi casa.

—Mi veterinario ha llamado hace más o menos una hora.

—Oh —Alaina apretó con fuerza el asa de la lámpara.

—Ha dicho que Santana está sano —DJ hizo una pausa, como para observar la reacción de ella—. Tiene la pierna como nueva.

Alaina había sabido lo que diría el informe del veterinario, e incluso habiendo tenido toda la tarde para prepararse para ello, no pudo evitar el pinchazo que sintió en el corazón.

—Felicidades —dijo—. Has comprado un caballo magnífico.

—En realidad… —DJ se enderezó—… no he tomado una decisión todavía.

—No comprendo —Alaina frunció el ceño—. Trey dijo que tu decisión dependía del informe del veterinario.

—Y así era. Pero ahora está basada en ti.

—¿En mí?

—Me gustaría comprar a Santana… —dijo—… pero sólo si tú vienes con nosotros y terminas su preparación en el Rocking B.

—¿Qué? —Alaina pensó que seguro que no le había oído bien.

—Dijiste que necesitabas más tiempo con el caballo, así que yo te lo ofrezco.

—¿En tu rancho?

—En mi rancho.

—Estás bromeando, ¿no es así? ¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Por varias razones —se echó el sombrero para atrás y se cruzó de brazos—.

La primera, como dijiste antes, cambiar de preparador podría resultar un contratiempo.

—Aun así…

—Segunda —prosiguió DJ—. Tengo una yegua de cría que llega dentro de dos semanas y creo que es perfecta para Santana. Necesito que el semental esté preparado para ella o se pasará la época de celo.

O peor aún, perdemos el control mientras la monta y Santana se vuelve a herir su pata trasera.

Alaina sabía perfectamente que cuando un semental cubría a una yegua siempre se producían problemas y los caballos se causaban heridas.

—Tercera, me gustaría verte.

—¿Perdón? —Alaina se puso tensa y levantó la barbilla.

—Ver cómo trabajas —DJ puso énfasis en la última palabra—. Estoy impresionado por tu estilo.

—¿Mi estilo? —Alaina supo que en ese momento él estaba bromeando—. Tú no sabes nada sobre mí.

—Sé lo que veo. Es obvio que has cosechado un éxito extraordinario con Santana en muy poco tiempo. Te he visto con él, he visto cómo responde ante ti. No estoy tan ciego como para no darme cuenta de que siempre hay algo que aprender, Alaina.

Ésta levantó la lámpara y le miró a los ojos, pero no supo descifrar la expresión que reflejaban.

—¿Qué ha dicho Trey sobre esto?

—Pensé que debía hablar primero contigo —contestó DJ, mirándola directamente a los ojos—. Pero entiendo si prefieres hablarlo primero con él antes de darme una respuesta.

Alaina sabía perfectamente lo que diría Trey. No importaba que ella tuviera veintisiete años ni que fuera perfectamente capaz de cuidar de sí misma; Trey hubiese dicho que no. Y si DJ se lo hubiese preguntado a él primero, no le quedaba ninguna duda de que Trey nunca se lo hubiera contado. Simplemente le hubiera dicho que finalmente el acuerdo no se llevó a cabo.

Y DJ también lo sabía.

Ella se había pasado toda su vida protegida, arropada por la seguridad de su familia y del rancho. Mientras que Alexis y Kiera habían luchado por su libertad y la habían conseguido, Alaina había optado por permitir que Trey decidiera por ella. En lo personal y en los negocios. Así había sido más fácil… y más seguro.

Pero en aquel momento, repentinamente, tenía una oportunidad de decidir por sí misma. Y aunque sólo el pensarlo le encogía el estómago, también le emocionaba.

No sólo tendría el tiempo extra que necesitaba con Santana, sino que también tendría la oportunidad de trabajar en uno de los ranchos de caballos más grandes y famosos del estado de Texas.

¿Cómo podría negarse?

Se quedó mirando a DJ y consideró la posibilidad de que éste hubiese inventado una razón para que ella fuese a trabajar con él. Pero se quitó esa idea de la cabeza. El había estado jugueteando con ella aquella noche, pero DJ era un hombre de negocios. Su decisión se

habría basado en hechos sólidos y no como consecuencia de un momento frívolo entre dos extraños.

Él le estaba dando tiempo para pensar, pero ella sabía que esperaba una respuesta en aquel momento. Tendría que pasar dos semanas en el Rocking B con D J

Por mucho que aquel hombre la alterara, seguro que podría soportar la situación durante dos semanas.

Pensó en varias maneras de tratar el tema con Trey. La primera era con calma y lógica. La segunda con determinación y siendo firme. Y la tercera era enfadándose.

Pero no importaba cómo lo hiciese. De todas maneras la respuesta sería la misma.

Trey gritaría, después se lo prohibiría, tras lo cual se pelearían sobre ello y él gritaría un poco más. Nunca había ganado una discusión con su hermano, por lo menos no sobre algo tan importante como aquello. Y no tenía ninguna razón para pensar que aquella vez iba a ser diferente.

Pero para ella sí que era diferente. Aquello realmente le importaba. En aquella ocasión era algo que ella quería realmente.

La pregunta era si quería conseguirlo de manera fácil o difícil.

Respirando lentamente, se enderezó y miró a D J directamente a los ojos.

—Está bien —dijo, asintiendo con la cabeza—. Lo haré. Pero con una condición…

Capítulo 3

—¿Me estás diciendo que Trey Blackhawk no lo sabe?

DJ miró a Judd Mitchell, el capataz de su rancho. Acababan de llegar de ver a los potros de carreras en los pastos del norte y habían tenido una de sus reuniones de negocios semanales.

DJ había considerado la posibilidad de no contarle a Judd nada sobre el acuerdo al que había llegado con Alaina hacía dos días, pero pensó que el hombre se daría cuenta de todas maneras y, como esperaba que ella llegara en menos de una hora, pensó que aquél era el mejor momento.

—Así es como lo ha querido ella —el caballo de DJ, un ejemplar ruano llamado Sergeant's Dutty, anduvo sobre la hierba—. No es asunto mío.

—Tal vez —dijo Judd.

El tono acusador que reflejaba la voz de Judd hizo que DJ tirara de las riendas de su caballo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Quiero decir que él quizá se ofenda al saber que no le dijiste que habías hecho un trato aparte con su hermana.

DJ se encogió de hombros. Sabía que lo quisiera o no, Judd le iba a dar un consejo.

—Fue ella la que estableció sus condiciones, yo simplemente acepté.

Cuando Judd resopló, DJ lo miró directamente a los ojos. A sus cuarenta y seis años, Judd era el único hombre en el rancho al que DJ le permitía que le diera un sermón, pero incluso con él había límites.

—Quizá ella haya establecido las condiciones. Pero tú la has engañado.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Ella no tenía por qué venir aquí para terminar la preparación del caballo —

Judd no le estaba juzgando, sólo estaba preguntando—. Se podía haber quedado trabajando en su rancho durante las próximas dos semanas, tras lo cual podría haber mandado al semental a tiempo para la monta.

—Santana está muy apegado a ella —dijo DJ, irritándose cada vez más—. Está acostumbrado a ella y quiero que el cambio sea suave para el caballo.

—¿Tú hablando del cambio de un caballo o del cambio que supondrá que compres Stone Ridge Stables?

—Todavía ni siquiera he hecho una oferta.

—Pero la harás.

—La haré —dijo DJ, que ya tenía a un abogado trabajando en los documentos.

—No esperes que ella se tome a bien que hayas ocultado esa pequeña información —dijo Judd con sequedad.

—No espero que lo haga.

Judd asintió con la cabeza. Hubo un momento de silencio.

—¿Es guapa?

—¿Qué diferencia supone eso? —le espetó DJ—. Maldita sea, esto es un negocio. Su aspecto no tiene nada que ver con mi decisión.

La diversión que reflejaban los ojos de Judd hizo que DJ apretara la mandíbula.

¡Había picado el anzuelo!

—Es buena con los caballos —dijo DJ cansinamente—. Quizá los muchachos aprendan algo viéndola trabajar.

—¿Quieres que trabaje con los muchachos?

—Eso lo tiene que decidir ella —pero DJ pensó en algunos de los más jóvenes, que estaban muy calientes y tenían el cerebro mucho más abajo de sus cabezas—.

Simplemente asegúrate de que ninguno se pase de la raya.

—¿Incluido tú? —Judd sonrió.

DJ respondió de manera breve y grosera y, cuando hizo que Sergeant trotara, Judd se echó a reír.

Alaina dejó la autopista para conducir treinta millas más por un precioso valle entre colinas y afloramientos de roca. Había una arboleda de cipreses y robles a lo largo de un río. Aquéllas eran las tierras del Rocking B.

Cuando pasó por las primeras edificaciones y cercados, apretó con fuerza el volante y respiró lentamente. No era la primera vez que aquel mismo día se cuestionaba su salud mental.

«Eres una mujer adulta», se dijo a sí misma. «Tienes derecho a elegir por ti misma».

Pero aun así, el engaño, o la omisión de la verdad, dependiendo de cómo lo mirara, no le hacía sentirse bien. La culpabilidad era una emoción inútil. Pero ella había tomado su decisión y no se iba a arrepentir.

Mientras dejaba atrás más edificaciones y cercados, se iba haciendo más opresivo el manojo de nervios que tenía en el estómago. Cuando dobló una esquina y divisó la casa principal se quedó impresionada. Había visto casas grandes en los ranchos, había entregado caballos a clientes ricos que vivían en mansiones, pero aquella casa era lo nunca visto. Se quedó boquiabierta.

La casa estaba en armonía con el paisaje que la rodeaba y pensó que estaba en concordancia con DJ; sólida, grande y bastante

premonitoria.

Entonces lo vio, bajándose de un caballo ruano al lado de uno de los corrales.

Dos grandes perros, uno negro y otro dorado, le estaban haciendo carantoñas.

Llevaba las mangas de la camisa blanca remangadas y unos pantalones vaqueros desgastados.

Cuando se dio la vuelta al oír la camioneta de Alaina y la miró, a ella le dio un vuelco el corazón. De nuevo, se cuestionó su salud mental por haber ido a aquel lugar, pero una vez más pensó en el caballo que llevaba en el remolque.

Observó cómo un joven de cabello rubio rojizo se acercó corriendo hacia D J

para tomar las riendas de su caballo. Sintió la necesidad de mirarse en el espejo para comprobar cómo tenía el pelo.

«Como si importara», pensó, enfadada consigo misma por el impulso femenino de querer acicalarse para un hombre guapo. Llevaba una camiseta gastada, unos pantalones vaqueros viejos y unas botas de cowboy. No era precisamente unos de los conjuntos que les daban ideas a los hombres.

No era que ella quisiera darle ninguna idea a DJ. No quería. Simplemente quería estar presentable, eso era todo.

Condujo hasta el granero y vio cómo él se acercaba a la camioneta. Se puso una mano en el estómago, ya que se le comenzó a revolver, y puso el aire acondicionado muy alto para enfriar sus acaloradas mejillas.

Bajó la ventanilla cuando DJ llegó a la camioneta.

—¿Puedo aparcar aquí?

—Está bien —contestó él, abriendo la puerta de la furgoneta—. Deja puestas las llaves. Uno de los muchachos lo moverá después.

Asintiendo con la cabeza, Alaina apagó la camioneta y salió, deseando poder estirarse, pero decidió no hacerlo. Observó las miradas curiosas que le dirigían los muchachos que trabajaban en los corrales y pensó que era mejor no acaparar más atención de la necesaria.

Pero entonces miró a DJ y sintió cómo él la estaba mirando. Se le secó la garganta.

De repente, los perros corrieron hacia ella, recibiéndola amistosamente. Alaina se agarró ante la llegada de los dos misiles y el inminente impacto.

—¡Baxter! ¡Taffy! —DJ gritó a los perros—. ¡Sentaos!

Los animales se detuvieron a pocos milímetros de ella y obedecieron.

—¿Has tenido algún problema? —preguntó DJ.

—Un poco de tráfico en Houston —Alaina acarició la cabeza del perro negro para después acariciar al dorado—. Muy fluido de allí en adelante.

—¿Algún otro problema?

—Si te refieres a mi hermano, no estaba muy contento de que yo trajese a Santana —la verdad era que Trey se había opuesto categóricamente. Habían estado discutiendo sobre ello durante doce horas el día anterior. Bueno, había sido ella la que había discutido. El simplemente decía que no y se marchaba—. Quería venir conmigo.

—Y le convenciste de que no lo hiciera —dijo DJ, describiendo lo que era obvio.

—Le dije que necesitaba un poco de tiempo libre y que, como el Rocking B está de camino, cuando me marche de aquí voy a visitar a mi hermana.

—¿La que vive en Wolf River? —DJ se echó el sombrero para atrás—. Kiera, ¿no es así?

—Sí, Kiera —Alaina pensó que aquel hombre tenía una memoria extraordinaria. Se acercó a la cabina de la camioneta para tomar sus guantes de cuero

—. Dudo que se lo hubiese creído si le hubiese dicho que me iba a ir conduciendo hasta Nueva York.

—Supongo que no —respondió él, sonriendo—. ¿Así que vas a hacerlo?

—¿Que si voy a hacer el qué?

—¿Ir a ver a tu hermana?

—Bueno, pues claro que sí —dijo ella un poco indignada—. No mentiría a mi hermano. Simplemente no le especifiqué cuánto tardaría en salir de aquí y llegar allí.

—Ya —DJ levantó una ceja.

—Y todavía iba a venir conmigo —cuando Trey le había dicho que de todas maneras iría con ella, tuvo que pensar muy rápido—. Hasta que le dije que Kiera y yo íbamos a planear su próxima boda. Se echó para atrás tan rápido que casi se tropieza consigo mismo.

La única vez que había visto a su hermano estremecerse había sido al mencionar el matrimonio.

—Mientras le telefonee o le deje un mensaje cada dos o tres días, no me molestará —Alaina se puso sus guantes—. Estaré aquí durante dos semanas —señaló el remolque—. Vamos a echarle un vistazo a tu caballo, ¿te parece?

Alaina tardó una hora en conseguir que el semental saliera del remolque.

Algunos de los muchachos se habían ofrecido a ayudar, obviamente esperando causarle una buena impresión a la guapa mujer. Ella les permitió educadamente que lo intentaran. Pero no lo

consiguieron.

DJ se quedó mirando en silencio, prefería que los muchachos se dieran cuenta por ellos mismos de que Alaina sabía lo que hacía. Cuando por fin convenció al animal para que saliera del remolque, sin ningún daño para ella ni para él, los hombres aplaudieron.

—Se ha acabado el espectáculo —espetó DJ—. Bobby, acompaña a la señorita Blackhawk al establo de Santana. Estaré allí en un minuto.

Bobby, un chaval con cara de bebé de Montana, con el pelo rubio y rizado, se ruborizó cuando Alaina le sonrió mientras se marchaban.

—Buena elección —comentó Judd—. Emparejarla con el más joven y tímido de los muchachos. Sobre todo siendo ella tan casera.

—No la estoy emparejando con nadie —DJ observó cómo los muchachos se retiraron hacia los corrales y cómo miraban a Alaina por encima de sus hombros de vez en cuando y murmuraban entre ellos—. Y nunca dije que fuera casera.

—Tampoco has dicho lo contrario.

—¿Quieres decirme de una vez por todas lo que estás tratando de decir? —

exigió DJ, frunciendo el ceño.

—La producción va a caer si hay una mujer por aquí —dijo Judd, encogiéndose de hombros—. Sobre todo si es una mujer que tiene el aspecto de Alaina.

DJ observó cómo Alaina llevaba a Santana al establo y no pudo evitar que sus ojos se posaran en el femenino movimiento de sus caderas. Judd tenía razón. Si ni él podía mantener sus ojos y sus pensamientos bajo control… ¿cómo demonios iba a esperar que sus hombres lo hicieran?

—Diles que ella está conmigo —dijo DJ con dureza.

—¿Estás seguro?

¡Demonios, sí! Estaba seguro. No quería que sus hombres estuvieran babeando por una mujer cuando había trabajo que hacer. Lo que hicieran en su tiempo libre era su problema. Pero entonces se dio cuenta de que no quería que babearan por Alaina ni en su tiempo libre.

—Simplemente insinúalo —DJ miró a los muchachos, que se estaban riendo, y supuso que estarían haciendo apuestas sobre quién sería el primero que conseguiría a la guapa morena. Sólo de pensar en ello sintió como si le clavaran un cuchillo en la tripa—. Eso debería hacer que no crearan problemas.

—Parece como si al que le fuera a causar problemas fuese a ti —Judd se echó el sombrero para atrás—. Creo que Alaina no va a apreciar tu esfuerzo por proteger su virtud.

—Sólo va a estar aquí dos semanas —aclaró DJ, encogiéndose de

hombros—. Es por su bien.

—Lo que tú digas, jefe.

—Simplemente recuérdalo —DJ frunció el ceño y se dirigió hacia el establo, donde Bobby estaba poniendo paja fresca en el compartimiento de Santana mientras que Alaina llenaba un bebedero de agua. El semental sacudió la cabeza cuando él se apoyó en la puerta del establo.

DJ frunció el ceño ante el animal.

—Estoy empezando a tomarme esto como algo personal.

Sonriendo, Alaina cerró el grifo y se acercó a acariciar la nariz del caballo.

—Simplemente necesita un poco de tiempo para acostumbrarse. ¿No es así, chico?

El caballo resopló y agitó la cabeza como queriendo decir que no, lo que provocó que Bobby se riera. Cuando DJ le frunció el ceño al muchacho, éste se serenó y volvió a tomar más paja.

—Debes de estar cansada tras haber estado conduciendo tantas horas —dijo DJ

—. Bobby se puede encargar de esto.

—Estoy bien. Seguro que Bobby tiene otras cosas que hacer.

—No, señora— dijo el muchacho, impaciente por agradarla—. Puedo darle de comer y cepillarlo. Si él me deja.

Alaina miró a Santana y DJ no sabía si dudaba porque no quería dejar al caballo o porque estaba nerviosa por irse con él.

—De verdad que no me importa —añadió Bobby—. Puede marcharse.

Cuando Alaina asintió con la cabeza a regañadientes, DJ pensó que le tenía que aumentar el sueldo al chaval. Ella le murmuró algo al caballo y le acarició la garganta.

—Dale sólo un puñado de avena y un poco de heno. Y si realmente quieres hacerte su amigo, le encantan los trozos de manzana.

—Encontraré una manzana —dijo el muchacho con tanto entusiasmo que DJ

supo que si no encontraba una, conduciría hasta el pueblo para comprarla.

¡Demonios! Probablemente conduciría hasta el siguiente condado.

Alaina le acercó la correa a Bobby y se limpió las manos en los pantalones.

—Está bien. Voy a sacar mi maleta de la camioneta.

—Creo que yo me puedo ocupar de eso —DJ le abrió la puerta del establo y la cerró una vez ella hubo salido—. Si Dottie te ve llevando tu maleta me castigará.

—¿Dottie?

—Mi ama de llaves —se acercaron a la camioneta y DJ agarró la maleta—. Ha estado muy emocionada desde que oyó que venías. No tenemos mucha compañía femenina por aquí y tiene muchas ganas de que haya otra mujer en la casa.

A Alaina le dio un vuelco el corazón al oír aquello.

—¿Me voy a quedar en tu casa?

—Desde luego. ¿Dónde pensabas que te ibas a quedar?

—Bueno, yo… no lo sé. Supongo que asumí que sería en el barracón.

—¿Con los hombres? —dijo DJ, frunciendo el ceño.

Alaina miró a los muchachos y pudo ver cómo un par de ellos la estaban mirando. Se dio cuenta de que no sería una buena idea. Pero entonces volvió a mirar a DJ y pensó que dormir en su casa tampoco era muy buena idea. Pensó en alquilar una habitación en el pueblo, pero estaría en la carretera un par de horas al día y no estaría cerca de Santana.

Se apresuró a seguir a DJ cuando éste continuó andando hacia la casa. Lo alcanzó cuando se disponía a llamar a la puerta.

—¿Qué van a pensar tus hombres?

—No me importa nada lo que puedan pensar mis hombres —contestó él, frunciendo el ceño.

Alaina se dio cuenta de que estaba actuando como una niña. Era una persona adulta, ya no era la extraña niña pequeña que había soportado las risitas en el colegio y los cuchicheos por la calle. ¿Qué importaba lo que aquellos hombres, o quien fuera, pensaran sobre ella? Había pasado demasiado tiempo de su vida preocupándose por ese tipo de cosas.

Pero antes de que pudiese responder, la puerta se abrió.

—¡Has llegado! ¡Oh, pasa, pasa! Yo soy Dottie.

Era una mujer pequeña y con el pelo canoso. Le brillaban los ojos y le sonrió amablemente mientras le tendía la mano.

—Vi tu camioneta llegar hace más de una hora y he estado esperando impaciente —Dottie, sin soltar la mano de Alaina, miró a DJ—. Debería darte vergüenza, Dillan Joseph, hacer a esta pobre chica trabajar el primer día que llega.

Alaina miró a DJ, el cual le dirigió una mirada como queriendo decir ya te lo dije.

—Estoy aquí para trabajar —dijo ella, agobiada y divertida al mismo tiempo, preguntándose cuándo le soltaría la mano aquella mujer.

—Pero no en tu primer día —Dottie la metió dentro de la casa—. He hecho mi asado especial y un postre que hace que se derritan todos los paladares.

A DJ se le iluminaron los ojos mientras cerraba la puerta.

—¿Has hecho una tarta de chocolate?

—No vayas a tomar un trozo a escondidas —por fin, Dottie soltó la mano de Alaina y agitó un dedo delante de DJ—. Y no creas que no sabré si has metido el dedo en el glaseado.

Al oír un timbre en la habitación contigua, Dottie se dio la vuelta.

—Esa es mi cazuela de patatas —dijo y miró a DJ—. Estoy segura de que Alaina quiere refrescarse antes de la cena. Llévala a su habitación y yo le llevaré algo húmedo y frío.

—Por favor, no te molestes por mí —dijo Alaina, pero la mujer ya se había marchado.

—No hay nadie que la pare cuando se pone así —DJ se dirigió hacia unas amplias escaleras—. Lo mejor es aguantarlo. Se tranquilizará en unos pocos días.

¿En unos pocos días? Alaina se dispuso a seguir a DJ, pero se quedó parada. La casa era sencillamente asombrosa. Tenía unos techos de catedral muy altos, unos suelos de madera maciza relucientes y unas ventanas enormes.

—Es preciosa —Alaina miró hacia arriba y vio cómo se colaba el sol del atardecer por las ventanas.

Esbozando una sonrisa miró a DJ Él se quedó de pie en las escaleras, mirándola, y cuando sus miradas se encontraron a ella se le disparó el pulso y se quedó sin aliento.

—¿Qué hacéis aquí todavía? —Dottie, con un vaso de limonada en la mano, regresó a la entrada—. No habéis llegado muy lejos.

—Estaba admirando la casa —dijo Alaina, con dificultades para serenarse.

—El señor Bradshaw la construyó para la madre de DJ Fue una pena que nunca llegaran a vivir aquí —Dottie agitó la cabeza y suspiró. Frunció el ceño al oír un leve maullido—. Esa gata tonta. Tuvo garitos hace tres semanas y no se queda quieta con ellos. Los lleva de un sitio a otro por toda la casa.

—Que no entre en mi habitación —refunfuñó DJ.

—Esmeralda… ésa es la gata… —Dottie bajó el tono de voz—… colocó a sus gatitos en la cama de D J durante un par de días y el pobre durmió en el sofá hasta que ella los sacó de allí. Pero si le preguntas lo negará. Dice que no le gustan los gatos.

—Maldita sea, Dottie, te dije que me quedé dormido en el sofá. Eso fue todo —

le espetó DJ—. Y no me gustan los gatos.

Dottie sonrió, dejando claro que ella sabía la verdad. Le acercó el vaso de limonada a Alaina.

—Aquí tienes, cariño. Esto debería refrescarte la garganta. Yo mejor me voy a ver dónde ha colocado Essie a su familia esta vez.

—Gracias —Alaina observó cómo la mujer se marchaba. Entonces

miró a DJ, que casi había llegado a la planta de arriba. Bebió un gran trago de limonada y le siguió, segura de que ni aquella bebida helada, ni diez como ella, serían capaces de refrescarle la garganta.

Capítulo 4

Hacía tres años que no se sentaba ningún invitado a cenar en el comedor de DJ

Fue la hermana de Dottie, June, que había visitado el rancho. En aquella ocasión, Dottie también había armado tanto lío como aquella noche, arreglando la mesa con las mejores galas.

A DJ le parecía tonto que sólo tres personas comieran en una mesa para doce, sobre todo teniendo en cuenta que la mesa de la cocina era más pequeña y más confortable que la del comedor. Pero sabía que a las mujeres les gustaba aquel alboroto, así que supuso que podría consentir aquel comportamiento de Dottie al menos una noche.

En realidad, no tenía alternativa. El sitio sería suyo, pero todo el mundo sabía quién era la verdadera ama y señora de su casa.

—El primer bebé de mi Velma, Bridget Ann, no dio problemas en el parto, salió como un trozo de tostada —le estaba diciendo Dottie a Alaina—. Pero el siguiente, el pequeño Timmy, se agarró como una garrapata y tuvieron que hacerle una cesárea.

Velma juró que no tendría más niños, pero ahora mírala, embarazada de ocho meses… ¡parece que va a explotar!

DJ agarró con fuerza el tenedor. Una cosa era sentarse y escuchar las interminables historias de sus tres hijos, pero aquello sobre nacimientos y bebés saliendo del vientre materno era ir demasiado lejos.

Apartó su plato y carraspeó. Pero Dottie no dejó de hablar. En vez de eso, comenzó a contar el primer parto de su otra hija, Marlene, que había tenido cuatro hijos, por lo cual DJ supo que aquella conversación iba a ser larga.

Volvió a carraspear, un poco más alto que la primera vez, y Dottie lo miró.

—¿Café? —preguntó él.

—Nos encantaría —dijo Dottie, pero cuando DJ frunció el ceño se levantó de la silla—. Oh, bien. Yo aquí hablando tanto cuando tengo tarta en la cocina. ¡Qué tonta!

Vuelvo enseguida.

Alaina tomó su plato y comenzó a levantarse.

—Yo te ayudo.

—De ninguna manera —Dottie agarró el plato de Alaina y agitó una mano en señal de protesta—. No se te ocurra mover ni un músculo. Eres una invitada de esta casa.

—Gracias, pero…

—Ningún pero —Dottie agitó la cabeza—. Insisto.

Alaina miró a DJ, como para implorarle que le dijera algo a la mujer, pero él simplemente se encogió de hombros.

—Hay café, normal o descafeinado —ofreció Dottie mientras tomaba los platos

—. ¿O quizá prefieras té? Tengo té de menta, de naranja o Earl Grey. Por supuesto que también hay leche, entera y desnatada. También tengo una botella de brandy que está deseando ser abierta.

—Un café estaría bien —contestó Alaina un poco impresionada por todo aquello—. Normal, por favor. Solo.

Cuando Dottie salió de la habitación, DJ observó cómo Alaina se movía en su silla. La cena había sido fácil mientras que Dottie había estado allí, sin parar de hablar. Pero en aquel momento sólo estaban ellos dos y claramente Alaina se sentía incómoda. Dobló su servilleta, para después volver a doblarla de nuevo.

—Lo siento si he causado alguna molestia —dijo ella cuando por fin levantó la vista—. Estoy segura de que tienes mejores cosas que hacer que estar aquí sentado escuchando todas estas conversaciones de mujeres.

Mientras que habían estado cenando, DJ había pensado en por lo menos una docena de cosas que preferiría haber estado haciendo. Limpiar los establos, los bebederos… saltar por un precipicio. Pero en aquel momento no podía pensar en otra cosa que no fuera en el aspecto de Alaina aquella tarde cuando se había quedado de pie observando la casa en la entrada, con la luz del atardecer iluminándola. Su pelo había adquirido tintes rojizos y dorados y había parecido que todo su cuerpo adquiría un tono plateado. La sonrisa que esbozó y la satisfacción que reflejaban sus ojos azules le habían hecho sentir a DJ como si le dieran un puñetazo en el estómago.

Tras haberle enseñado a Alaina su habitación se había dado una ducha muy larga. Una ducha fría.

—Simplemente estoy aquí porque quiero comer tarta —dijo él, echándose para atrás en la silla—. Y créeme, Dottie se lo está pasando estupendamente.

—Me sorprende que no estés más gordo teniendo en cuenta lo bien que cocina

—Alaina se ruborizó y se mordió el labio inferior—. Quiero decir que… estás en muy buena forma física.

Al terminar la frase se ruborizó aún más.

—Gracias —DJ le sonrió—. Tú también estás en muy buena forma.

Hacía mucho tiempo que no había visto a una mujer ruborizarse y le encantó.

Ella dio las gracias entre dientes y volvió a juguetear con la servilleta. DJ observó cómo sus largos y finos dedos acariciaban el

tejido y lo doblaban. Recordó la sensación que le causaron aquellas manos cuando ella le tocó por primera vez en su granero. Y aunque la sensación había sido extraordinaria, de alguna manera también había sido estimulante y él no había sido capaz de olvidarlo. No había sido capaz de dejar de plantearse cómo sería sentir aquellas manos tocando no sólo su brazo.

Con sólo pensarlo sintió cómo le invadía el calor y decidió que necesitaban hablar de otra cosa que no fuera la forma física en la que estaban ambos.

—Conozco a un Blackhawk —dijo informalmente D J, estirando las piernas por debajo de la mesa.

—Es un apellido muy frecuente —Alaina todavía estaba toqueteando la servilleta.

—Rand Blackhawk —al observar la rigidez que habían adoptado los hombros de ella y la dureza de su voz, DJ supo que había tocado un asunto peliagudo—. Era entrenador de caballos y trabajaba a las afueras de San Antonio. Ahora tiene un rancho en Wolf River. ¿No dijiste que tu hermana vive allí?

—Sólo ha estado un mes allí —Alaina tomó su vaso de agua—. Ella es jefe de cocina en el Hotel Four Winds. ¿Has oído hablar de él?

A DJ le pareció que ella estaba tratando de cambiar de tema de conversación, lo que hizo que su curiosidad aumentara.

—Eso es una gran coincidencia —dijo mientras observaba cómo ella bebía un gran trago de agua—. La hermana de Rand, Clair, es la propietaria del Four Winds.

—Yo no los conozco.

De nuevo, una respuesta que en realidad no era una respuesta. Si los Blackhawk de Wolf River estaban relacionados con Alaina, estaba claro que ella prefería no decirlo. Él no había hablado con Rand desde que hacía unos meses éste se había casado. Pensó en llamar a su amigo y hacerle un par de preguntas.

—Debería ir a ver si Dottie necesita ayuda en la… —dijo Alaina, levantándose de la silla.

—Aquí estamos —Dottie llegó al comedor llevando una bandeja de madera llena de tazas de café, enormes trozos de tarta de chocolate y un cuenco con nata montada. Colocó la bandeja sobre la mesa y untó nata sobre cada trozo de tarta.

Sonriendo, puso sendos platos delante de Alaina y de DJ—. He rechazado tres propuestas de matrimonio después de haber servido esta tarta.

—Yo fui uno de los que se lo propuso —dijo DJ, tomando un bocado. Estaba saboreando el delicioso sabor del chocolate cuando cometió el error de mirar a Alaina.

Observó cómo ella mordía delicadamente el trozo de tarta que se

había llevado a la boca y cómo retiraba despacio el tenedor. Sus ojos reflejaron el placer que sintió al saborear la tarta justo antes de cerrarlos y gemir levemente.

A DJ se le revolucionó el corazón.

Mientras que Alaina se deshacía en elogios hacia Dottie, él dejó caer los hombros y se echó sobre su plato, cuidando de no mirar de nuevo a Alaina. Estaría perdido si dejara que una mujer alterara su apetito.

—El secreto está en el chocolate —le explicó Dottie a Alaina—. Lo tengo que pedir especialmente a este pequeño pueblo en… ¡oh, Esmeralda! Ahí estás.

DJ levantó la vista y vio a la gata, que era blanca y negra, sentada en la entrada del comedor, con un aspecto que parecía como si todo el mundo fuera suyo. Siempre había sido una gata de granero, pero de alguna manera se las había arreglado para meterse en la casa para tener a sus gatitos y Dottie se había negado categóricamente a sacarlos de la casa hasta que no hubieran crecido un poco.

¡Ya él no le gustaban los gatos! ¡Maldición! Pensaba que para lo único que servían era para cazar ratones y desde que el animal se había mudado dentro de la casa, ni siquiera era buena en eso. No sólo se había apoderado de su habitación durante dos días con sus gatitos sino que, para agravar el asunto, el ingrato felino apenas le hacía caso.

En aquel momento, la reina Esmeralda estaba mirando con interés a Alaina.

—¡Qué señorita más guapa! —dijo Alaina con dulzura a la gata, estirando la mano para acariciarla.

La gata se levantó y se estiró como para decir sí, es verdad, tras lo cual se acercó a restregar su cabeza contra los dedos de Alaina. DJ pudo oír cómo la gata ronroneaba.

Observó cómo Alaina le acariciaba el lomo y de nuevo lo sintió. Sintió la necesidad de que ella lo tocara. Se levantó frunciendo el ceño, dobló su servilleta, la dejó sobre la mesa y tomó su café.

—Tengo trabajo pendiente en la oficina —dijo, mirando a Alaina —. Si necesitas algo, pregúntale a Dottie.

El sueño se apoderó de ella, haciendo que se tambaleara entre la neblina del bosque y que se echara delicadamente sobre un lecho de suaves hojas. La quietud y el silencio la tranquilizaron. Respiró y suspiró satisfecha. Ella pertenecía a aquel lugar, donde los espíritus de sus antepasados resplandecían en el frío aire de la noche. Sintió cómo la miraban desde las sombras… esperando.

El lobo aulló.

De repente se levantó un viento que alborotó los árboles y ella se estremeció ante el frío que sintió por las venas. Trató de levantarse, de correr, pero le pesaban mucho las piernas y los brazos. Una bola de

fuego surgió del suelo, luego otra y otra más hasta que se vio rodeada por un círculo de llamaradas. El humo se acercó a ella, la agarró por las muñecas y las ató la una a la otra. Ella trató de soltarse con todas sus fuerzas, pero no pudo.

Observó al hombre que surgió de entre las llamas y trató de permanecer tranquila. Había sabido que iría, había estado esperándolo. El era el hombre.

Pero las temblorosas sombras y el humo ocultaban su cara e, insegura, se echó para atrás. ¿Y si estaba equivocada? ¿Perdería su poder?

El se acercó a ella; era muy fuerte y tenía la piel brillante. El frío que había estado sintiendo ella desapareció para ser sustituido por una llamarada de calor que le invadió todo el cuerpo. Pensó que era débil y se mordió el labio inferior para disminuir la punzante necesidad que estaba sintiendo. ¡Tan débil!

El se agachó y se acercó a ella, tomándola por las muñecas.

—Sométete a mí —susurró él con la voz ronca.

¡Si al menos pudiera verle la cara! ¡Si pudiera tocarlo! Entonces sería cuando ambos sabrían la verdad. Cuando él acercó la boca a su cuello y le mordisqueó, ella tembló.

«¡No!», pensó. «No puedo…»

Alaina se irguió en la cama. Asustada, se preguntó dónde estaba y miró a su alrededor. Estaba en una habitación extraña y por un momento pensó que todavía estaba soñando. Pero entonces dejó de estar tan atontada y recordó dónde estaba.

En la casa de DJ.

«¡Ese sueño!», pensó, tapándose hasta el pecho con la suave sábana de algodón.

Aquel maldito sueño. Ya era horrible que hubiese soñado aquello hacía tres días en su cama, pero el sueño la había seguido hasta allí, hasta el Rocking B. Todavía tenía el corazón revolucionado cuando volvió a recostarse en la cama.

—No significa nada —susurró, acurrucándose en la cama—. Nada.

Como un mantra, repitió aquello una y otra vez hasta que casi se lo acabó creyendo. Cambió de postura, se tumbó de espaldas y se quedó mirando al techo durante dos minutos, cruzó los dedos durante un minuto más para después volver a recostarse sobre su otro costado.

Tras aquel día tan largo en el cual había conducido durante tantas horas y después había comido la gran cena que había preparado Dottie, debería haber dormido como un bebé durante toda la noche.

Pero en vez de eso estaba completamente despierta a las cuatro de la madrugada.

Razonó y se dio cuenta de que influía el hecho de que estaba en

una cama y en una casa extrañas. Era comprensible que estuviera un poco nerviosa. Se volvió a tumbar de espaldas.

¡Por el amor de Dios! ¡Estaba durmiendo en la casa de DJ Bradshaw!

«Por lo menos tratando de dormir», pensó con un suspiro. Dottie le había enseñado toda la casa después de la cena, por lo que sabía que la habitación de DJ estaba al final del pasillo. Todavía podía ver en su mente la cama de matrimonio que había en ella.

Por lo menos, al tener a otra mujer en la casa, Alaina no estaba tan nerviosa.

Sabía que Dottie estaba en la planta de abajo, en la habitación de al lado del salón, y sólo de pensar en ello se sentía mejor. El ama de llaves podría ser la barrera que necesitaba entre ella y DJ.

Él hacía que ella pensara en cosas, que sintiera cosas, que nunca antes había pensado o sentido. Y aunque podía ser inocente en lo que se refería al sexo opuesto, no tenía tan poca experiencia como para no reconocer esa mirada en los ojos de un hombre. DJ había dejado claro que se sentía atraído por ella y no le cabía la menor duda de que él también sabía que ella se sentía atraída por él. Si hubiesen estado solos en aquella casa durante dos semanas no sabía lo que hubiese podido ocurrir.

«Bendita seas, Dottie», pensó.

Mientras que la mujer estuviera bajo el mismo techo que ellos, estaba segura de que no tenía nada de lo que preocuparse.

—Deja de comportarte como una niña y duérmete —se dijo a sí misma duramente. Cerró los ojos. Se dio cuenta del silencio que imperaba en la casa y pudo oír el sonido de su propia respiración… y entonces oyó el débil pero firme sonido de un tambor.

Abrió los ojos de nuevo y maldijo. Entonces se levantó de la cama y se vistió.

Capítulo 5

Era su hora preferida de la mañana. Justo antes de que el sol apareciera por el horizonte e hiciera que el cielo se volviera gris pálido. Justo antes de que los muchachos salieran de los barracones bebiendo café y haciendo ruido con las espuelas. El aire estaba frío y en calma, cargado con la fragancia del rocío.

Poniéndose su sombrero en la cabeza, se dirigió hacia los establos. Se detuvo al final del camino y miró hacia atrás, hacia la segunda ventana de las habitaciones, donde Alaina, como el resto de la gente del rancho, estaba durmiendo.

Una imagen se apoderó de su mente, la misma imagen que había apartado probablemente unas cien veces la pasada noche. Aquellas piernas largas de Alaina estiradas en la cama, su oscuro pelo esparcido por la almohada, sus labios abiertos levemente mientras dormía.

Las mujeres eran una distracción en el rancho, sobre todo las mujeres que tenían el aspecto de Alaina. Aquélla había sido la principal razón por la cual nunca había llevado al Rocking B a ninguna de las mujeres con las que había salido.

Le había pedido a Alaina que fuera allí por motivos de negocios, pero también la deseaba físicamente. Un interesante dilema. Todavía no había decidido si iba a dejar que la naturaleza siguiera su curso y simplemente ver qué ocurría o si él daría un empujoncito. Fuera lo que fuera, pensó que darse un largo paseo a caballo por su valle para comprobar las bombas del agua en los pastos del sur no sólo le enfriaría la sangre, sino que también le daría tiempo para pensar con claridad. De todas maneras, Dottie no tendría el desayuno preparado hasta dos horas después.

Estaba más o menos por la mitad del patio cuando oyó a alguien andando.

Frunciendo el ceño, observó cómo Alaina salía de la oscuridad con Santana tras ella, agarrado con la correa. Parpadeó para asegurarse de que no era una ilusión óptica conjurada por él simplemente al pensar en ella.

—Buenos días —dijo ella, acercándose a él. Su voz reflejaba que todavía estaba medio dormida y para DJ fue como si le acariciasen la piel con seda cálida. Ella estaba allí de verdad.

—Te has levantado pronto.

—Pensé en llevar a Santana a dar un paseo por los corrales antes de que todo esto estuviese muy ajetreado, para que se habitúe a los olores y al sitio sin ninguna distracción —Alaina le dio unas palmaditas en el cuello al caballo—. Tú también te has levantado muy

pronto.

—Tengo que comprobar algunas bombas de agua en los pastos —dijo él, acercando la mano al caballo, el cual levantó la cabeza, pero sin echarse para atrás—.

¿Por qué no vienes conmigo montando a caballo para que veas las tierras? Te enseñaré algunos senderos por los que puedes llevar a Santana cuando esté preparado.

—No sé —miró hacia la casa—. Le dije a Dottie que la vería…

—Dottie no se despertará hasta dentro de una hora y no servirá el desayuno hasta una hora más tarde —al ver que Alaina todavía dudaba, comenzó a andar hacia los establos—. Vamos, ensillaré a Gypsy Belle para ti. Estaremos de vuelta antes de que la comida esté en la mesa.

—¿Gypsy Belle? —Alaina se apresuró tras él—. ¿No es la yegua que ganó el premio nacional el año pasado?

—Sí —DJ pensó que aquello atraería su atención.

—¿Y me dejarías montarla?

—Claro —dijo, encendiendo la luz del establo—. Si tú quieres.

—¿Si yo quiero? —se le iluminaron los ojos como si fuera el día de Navidad—.

Estás de broma, ¿no es así?

—No —dijo DJ, abriendo la puerta del compartimiento de Gypsy. .a preciosa yegua castaña acarició con el hocico el bolsillo de su dueño, esperando recibir un premio—. Tiene mucho brío, ¿crees que la puedes manejar?

—¡Caramba! No lo sé —Alaina agitó la cabeza como si dudara de sí misma, pero sus ojos reflejaban lo contenta que estaba.

—La voy a ensillar mientras que tú llevas a Santana a su compartimiento.

—DJ…

Este ya había comenzado a abrir el compartimiento de Gypsy cuando ella lo llamó. Miró por encima de su hombro y vio la incertidumbre que reflejaba la cara de ella.

—¿Sí?

—Anoche… —Alaina dudó al hablar y respiró profundamente—. Anoche me preguntaste sobre Rand Blackhawk.

—Sólo estaba tratando de sacar un tema de conversación —la alegría que habían reflejado los ojos de Alaina había desaparecido.

—Si voy a estar aquí durante dos semanas… —dijo ella firmemente—…

preferiría contártelo ahora y no volver a tratar el tema.

Cruzando los brazos, DJ se apoyó en la puerta del compartimiento y observó las emociones que se reflejaban en la cara de ella y cómo estaba apretando los labios con fuerza. Fuese lo que fuese lo que

quería decir, era obvio que no le resultaba fácil.

—Rand es mi primo, sobrino de mi padre —Alaina se quedó mirando uno de los oscuros compartimientos, respiró profundamente y miró a DJ a los ojos—.

Seguramente hayas oído hablar de William Blackhawk. Era el propietario del Circle B, en Wolf River.

—¿William Blackhawk era tu padre? —desde luego que D J había oído hablar de él. No había llegado a hacer negocios con él, pero el Circle B era uno de los ranchos de ganado más grandes del estado.

—Realmente no me acuerdo de él —continuó Alaina—. Yo sólo tenía cinco años cuando se marchó.

DJ recordó que Helena Blackhawk había dicho que su marido había muerto ahogado. Se dio cuenta de que aquello no encajaba.

—¿Se marchó?

—Sé lo que te dijo mi madre y realmente ella cree que eso fue lo que le pasó a mi padre. No sabemos de dónde sacó la historia, pero a lo largo de los años se ha convencido a sí misma, y les ha contado a sus hijos, incluso a la gente de Stone Ridge, que su marido murió tratando de salvar a un niño pequeño que se había caído a un río. Fue más fácil que aceptar que había tenido una aventura amorosa con un hombre casado y que cuando él se cansó de ella y de sus hijos ilegítimos la apartó de su lado.

Una aventura amorosa. Todo empezaba a cobrar sentido.

—Alaina —dijo en voz baja—. No tienes por qué contarme nada de esto.

—Ya sé que no tengo por qué hacerlo, pero si conoces a Rand, antes o después oirás todo esto y prefiero ser yo la que te lo cuente. Trey, Alexis y yo hemos sabido la verdad sobre nuestro padre desde hace muchos años… ya lo sabíamos cuando falleció hace tres años en un accidente de avión.

—¿Y Kiera? —DJ se dio cuenta de que no había mencionado a su hermana más pequeña.

—Le ocultamos la verdad. Es nuestra hermana pequeña y todos pensamos que la estábamos protegiendo. Unas semanas atrás, Alexis y yo decidimos que ya era hora de que ella supiera también lo que había ocurrido en realidad, pero Trey quería esperar hasta que ella se estableciera en un trabajo que le habían ofrecido como chef en Europa. Nos oyó discutir sobre ello y fue ella sola a Wolf River, sin decírnoslo.

Puede llegar a ser muy impulsiva.

—¿Como tú al venir aquí? —dijo DJ, levantando una ceja y sonriéndola.

—Esto ha sido una cuestión práctica —insistió ella, pero sus ojos reflejaron picardía—. De todas maneras, cuando Trey se enteró, fue

allí para rescatarla. Eso fue lo que él pensó estar haciendo. Pero resultó que ella no quería, ni necesitaba, ser rescatada. Se ha comprometido, con el gerente del Four Winds, y está cimentando una relación con nuestra familia paterna, incluyendo a Rand y a su esposa, Grace.

DJ había asistido a la boda de Rand y Grace hacía sólo unos meses, y nunca había visto a una pareja más enamorada ni más feliz.

—Son buena gente.

—Sí —dijo Alaina en voz baja. Miró la correa que tenía en la mano y suspiró—.

¿Te dijo alguna vez Rand que es adoptado?

DJ negó con la cabeza.

—Trabajó aquí como entrenador hace unos años y nos hicimos amigos, pero nunca hablamos mucho sobre la familia.

Santana resopló impaciente y Alaina puso una mano sobre la mejilla del animal para calmarlo.

—Sus padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando él era un niño. Él también iba en el coche, pero sobrevivió, así como su hermano, Seth, y su hermana, Clair.

Alaina hizo una pausa, como si necesitara serenarse, tras lo cual miró a DJ a los ojos.

—Mi padre era su único pariente vivo y cuando lo llamaron para que acudiera al lugar del accidente, separó a los niños y pagó a un hombre, a un abogado, para que los adoptaran, haciendo a Rand y a Seth creer que cada uno de ellos había muerto. Clair, que en realidad se llamaba Elizabeth, era demasiado pequeña para acordarse de nada.

A DJ le llevó un momento asimilar la barbaridad que suponía lo que Alaina estaba contando. ¿William Blackhawk había vendido a sus sobrinos huérfanos? No sabía qué decir y simplemente agitó la cabeza.

—Los tres se han vuelto a encontrar —dijo Alaina con el alivio reflejado en la voz—. Los veré por primera vez cuando me marche de aquí. Pero saber lo que mi padre les hizo…

Bajó la cabeza, pero antes DJ pudo llegar a ver la vergüenza que reflejaba su cara.

—Como te he dicho… —DJ se apartó del compartimiento—… son buena gente, suficientemente inteligentes como para saber que tú no eres tu padre.

—Gracias —dijo ella, asintiendo con la cabeza y mirándolo a los ojos.

—No tienes por qué darme las gracias —tuvo que contener la inesperada necesidad que sintió de tocarla, de consolarla, y, en vez de eso, abrió la puerta del compartimiento de Gypsy—. ¿Qué tal si ahora nos damos ese paseo?

Fueron cabalgando hacia el sur por el valle, a través de una densa

arboleda de cipreses. Todavía estaba oscuro, pero los pájaros gorgojeaban y revoloteaban. El aire estaba frío, pesado con el aroma de la salvia salvaje. Y aunque Alaina no podía verla, a su izquierda podía oír una corriente de agua.

Gypsy Belle estaba haciendo cabriolas y supo que la yegua quería ir la primera antes que estar siguiendo al caballo de DJ Pero ella estaba contenta de seguir a DJ, no sólo porque éste conocía el camino, sino porque así tenía una oportunidad de estudiarlo sin que él lo supiera.

Pensó que estaba atractivo montando a caballo. Al haber sido criada en un rancho, había visto bastantes hombres que parecían atractivos montando a caballo.

Algunos estaban más que atractivos.

Pero nunca había visto ninguno que provocara que se le hiciera la boca agua.

Cuando DJ se dio la vuelta para mirarla, ella apartó la vista rápidamente, fingiendo estar estudiando el sendero que seguían. Lo último que quería era que él supiera que lo estaba mirando.

Se había sorprendido a sí misma revelando los trapos sucios de su familia.

Había protegido cuidadosamente esos demonios, los había guardado bajo llave en un sótano de pena y vergüenza. Pero por alguna razón, no podía soportar pensar que DJ

se enterara de las cosas horribles que había hecho su padre por boca de otra persona.

Había necesitado decírselo ella antes. Había necesitado mirarlo a los ojos, saber si la iba a mirar o tratar de manera diferente.

Pero él no lo había hecho. Simplemente la había escuchado, sin juzgar, sin marcharse, y por primera vez en su vida, al menos en parte, la vergüenza que sentía ante todo aquello había disminuido un poco.

—Por aquí —dijo DJ, sacándola de sus pensamientos. Miró en la dirección que él indicaba, hacia un estrecho sendero que daba a otro sendero lleno de rocas y maleza. Aunque parecía extraño cabalgar cuesta arriba cuando se dirigían a unos pastos, le indicó a Gypsy Belle por dónde tenía que ir, sabiendo que el caballo sería capaz de ver mucho mejor en la tenue luz que ella.

El sendero se volvió empinado y más estrecho. Siguieron subiendo hasta que por fin el sendero se hizo más ancho y llegaron a una amplia meseta.

Se dio cuenta de que estaban en lo alto de una montaña y siguió a DJ hasta un gran roble.

—Pensaba que ibas a comprobar las bombas de agua de los pastos.

—Lo haremos —DJ desmontó del caballo y se acercó a ella—.

Quiero enseñarte algo.

Con desconfianza, Alaina miró a su alrededor y de repente se sintió muy sola.

—¿Las tumbas de las demás mujeres a las que has atraído hasta aquí arriba?

—Tú eres la primera —DJ se rió levemente.

Alaina no sabía si aquella respuesta era reconfortante o no pero, en la leve luz que había, pudo entrever la diversión que reflejaban los ojos de él.

—Date prisa. No tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó ella, viendo cómo él se daba la vuelta y comenzaba a andar. No le contestó, simplemente le indicó que le siguiera. Se mordió el labio inferior y miró a su alrededor; aquello estaba muy aislado y nadie… aparte de DJ … sabía que ella estaba allí. Podría estar loca, pero se sentía un poco nerviosa.

O tal vez excitada.

—Date prisa —le volvió a decir él.

—¿Qué piensas, chica? —Alaina le dio unas palmaditas en el cuello a Gypsy Belle—. ¿Debería seguirle?

El animal piafó y resopló. Alaina respiró profundamente y se bajó del caballo.

DJ estaba de pie en el borde de la meseta, dándole la espalda. Ella se acercó. Allí arriba hacía más frío, pero el aire era más ligero y lo único que se oía era el sonido de las hojas susurrando en la arboleda que había más abajo. Cuando estaba a punto de llegar a donde estaba él, éste levantó un brazo y señaló el horizonte.

—Ahí.

Alaina dirigió su mirada hacia el horizonte y pudo ver los primeros rayos de sol que emergían por las cumbres, tornando el apagado gris del cielo en azul celeste.

Bajo ellos, el valle, atravesado por un río, parecía una alfombra de tonos marrones y preciosos verdes.

Atemorizada, observó cómo salía el sol y pudo sentir cómo la belleza de todo aquello le hacía estremecerse.

—Precioso, ¿verdad? —dijo DJ, dándose la vuelta para mirar a Alaina. La había llevado allí en un impulso y al ver el asombro que reflejaba su cara se sintió satisfecho.

—Es hermoso —murmuró ella.

DJ se acercó a ella y señaló hacia unos cipreses altos.

—Hay un águila que vive en esos árboles y si miras detenidamente, al otro lado del río, es donde los ciervos se congregan para beber.

—Oh, ya los veo. ¡Hay tantos!

Al observar cómo Alaina miraba todo el valle maravillada, no

pudo evitar que se le hinchara el pecho de orgullo.
—No sé cómo lo hace mi hermana —dijo ella en voz baja.
—¿Kiera?
—Alexis. Me asombra que seamos gemelas idénticas.
DJ trató de imaginarse a la gemela de Alaina, pero no podía imaginar a otra mujer con el aspecto que tenía la que estaba de pie delante de él.
—¿No sabes cómo hace el qué?
—Cómo puede vivir en Nueva York —contestó Alaina, mirándolo—. Todo ese cemento y acero impidiendo que lleguen los rayos del sol. Ruidoso, con calles abarrotadas de gente que va corriendo de un sitio a otro. ¿Por qué iba alguien a elegir vivir así?
El también se había preguntado eso mismo muchas veces.
—Supongo que eso es lo que hace que la vida sea interesante. Que haya gente diferente, con elecciones diferentes.
Alaina volvió a mirar el valle y respiró profundamente.
—Oh, mira. ¡El águila!
DJ observó cómo el gran ave emergió de entre los árboles y voló por el cielo.
Cuando volvió a mirar a Alaina, vio que tenía los ojos húmedos y frunció el ceño.
—¿Estás bien?
—Creo que simplemente estoy un poco abrumada por todo esto —riéndose, se restregó los ojos con las manos—. Lo siento.
—No hay nada que sentir —DJ le apartó las manos de la cara y con el pulgar le retiró una lágrima que le corría por la mejilla.
Y entonces de nuevo allí estaba otra vez. Esa… sensación. Era algo que no podía definir, era como una vibración que sentía cada vez que la tocaba. O cada vez que ella lo tocaba a él. Algo se le removió por dentro y la miró; observó cómo el sol le iluminaba la cara y los ojos.
Entonces la acercó hacia él y pudo observar cómo esos mismos ojos reflejaban la impresión que sintió ella.
—¿Sabes una cosa? —dijo él, abrazándola por la cintura—. Nunca habrá otro amanecer como éste.
Recelosa, Alaina echó la cabeza para atrás y le miró a los ojos.
—¿Es eso verdad?
—Es verdad —cuando ella trató de soltarse, él la abrazó con más fuerza—. He estado aquí docenas de veces y cada una de ellas fue diferente.
—¿Diferente en qué sentido?
—A veces el sol salta como si fuera un espejo enorme, tan brillante que apenas puedes mirarlo —explicó, abrazándola aún más y sintiendo las curvas del cuerpo de ella contra el suyo—. Otras veces es

como si se levantara sigilosamente, despacio y de manera fácil.

—¿Como una serpiente?

—Quizá más como una tempestad —dijo DJ, sonriendo—. Hay días en que puedes oler las nubes que se avecinan sin ni siquiera haberlas visto —bajó la cabeza y respiró el dulce aroma de ella—. Otros días, todo lo que puedes oler son las flores de la primavera.

Podía observar cómo le latía el pulso en el cuello y sintió que estaba tensa en sus brazos. Pero aun así ella no se apartó.

—¿Qué… qué clase de flores?

¡Deseaba besarla, pero ella se lo impedía!

—Altramuces, malvas, prímulas… —acercó los labios a los de ella hasta que sintió la respiración de ella en la suya—. Margaritas…

¡Oh, al demonio con aquello!

Dejó de pensar y la besó. Los labios de ella eran suaves, cálidos y tan dulces como la miel. Los acarició levemente con la lengua hasta que ella suspiró y abrió la boca para él. Abrazándola por la espalda, la besó más profundamente. Pudo sentir cómo a ella le temblaban los brazos. Se podría perder en el increíble sabor de ella y nada más de pensarlo casi se aparta. Pero todo lo que podía hacer era acercarla aún más hacia sí.

Alaina pensó que aquello parecía casi surrealista, como si estuviera de pie en lo alto de la montaña más alta, entre una cálida nube de deseo. Nadie la había besado de aquella manera antes. Nadie había hecho que se quedara en blanco hasta que sólo podía sentir sensación tras sensación apoderándose de su cuerpo. Aunque había sabido que la iba a besar, incluso desde la primera vez que lo había visto, nada podía haberla preparado para aquella ráfaga de calor que se había apoderado de ella ni para aquel intenso placer. Podía sentir el sol en su cara, podía oír cómo la brisa acariciaba la hierba, cómo trotaba un caballo a lo lejos. Se derritió con aquel beso, con DJ, y, temiendo que sus piernas le fueran a fallar, abrazó su cuello y se aferró a él.

El la abrazó aún más estrechamente, encajando su cuerpo íntimamente con el suyo. Alaina sintió la presión que ejercía la excitación de él entre sus piernas, sus pechos presionaban el musculoso pecho de él. Le acarició la lengua con ansia y él respondió, atrayéndola aún más hacia él y besándola aún más apasionadamente. La excitación le recorrió las venas y se retorció contra el cuerpo de él, necesitando estar todavía más cerca de él. Pudo sentir cómo le latía el corazón… lo podía sentir como un tambor en su cabeza.

¿Como un tambor?

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué estaba su sueño inmiscuyéndose? Se dijo a sí misma que aquello sólo era un beso. Un beso alucinante, pero al fin y al cabo sólo un beso. Su sueño no tenía

nada que ver con aquello. Ni con aquel hombre. No podía ser. Pero al haberla asustado, hizo que ella volviera a la realidad y apartara la cara.

—Espera —le costó mucho esfuerzo decir aquella simple palabra —. Yo… yo no puedo.

El la sujetó con fuerza y ella estaba segura de que si la besaba de nuevo estaría completamente perdida. Cuando la miró a los ojos, pudo ver en los suyos reflejada la pasión y tuvo que poner todo su empeño para no volver a besarlo.

Despacio, él la soltó. Ella se tropezó y se llevó los dedos a los labios, impresionada por lo que tal vez habría hecho.

—Lo siento.

—¿El qué sientes? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—No pretendía hacer eso. No estaba tratando de… —apenas podía decirlo—…

de engatusarte.

DJ se quedó mirándola durante unos segundos que a ella le parecieron horas, tras lo cual agitó la cabeza.

—Eres la mujer más increíble que conozco, Alaina Blackhawk.

Ella no tenía ni idea de lo que él quería decir con aquello y podría habérselo preguntado, pero él ya se había dado la vuelta y se dirigía a su caballo. Pensó que era mejor dejarlo estar y simplemente lo siguió.

Cuando DJ y Alaina regresaron al rancho, el sol había salido hacía una hora.

Baxter y Taffy les dieron la bienvenida con lametazos y ladrando de alegría. Aunque DJ hubiese preferido entrar en silencio, sabía que no había quien parara a aquellos perros una vez que se alborotaban.

Varios de los muchachos ya estaban en los corrales y les miraron al pasar.

Algunos asintieron con la cabeza, pero todos sabían que no tenían que quedarse mirándola. Durante el corto espacio de tiempo que iba a estar allí, si pensaban que ella era de DJ, mantendría a los sabuesos alejados.

Había algo en ella, una especie de inocencia, que le había frustrado y sorprendido a la vez. Había encontrado en ella una dulzura candida, quizá en la manera con la que había confiado en él o en el leve brillo de inexperiencia cuando le había rozado los labios por primera vez.

La deseaba, pero Alaina era una mujer complicada y si había algo que no quería eran complicaciones.

—¡Baxter! —DJ gritó al perro cuando éste ladró a las pezuñas traseras de Sergeant. El perro no se daba cuenta de que con sólo una patada el caballo le podría partir en dos como a una ramita—. ¡Apártate!

Agitando su sombrero, Bobby saltó la valla del corral y silbó para que los perros fueran con él. Ambos salieron corriendo hacia el muchacho, ladrando alegremente y moviendo las colas.

—Buenos días, jefe —Bobby volvió a ponerse el sombrero y sonrió a Alaina—.

Le he dado de comer y he cepillado a Santana. Traté de comprobar el estado de sus cascos, pero no le hacía mucha gracia y lo dejé estar.

—Gracias, Bobby —Alaina se bajó de Gypsy Belle—. Pero no tienes por qué hacerlo.

—No me importa hacerlo. También puedo pasearlo si tú quieres —Bobby miró a DJ con ansiedad—. Si a ti te parece bien, jefe.

—Está bien —dijo DJ entre dientes, sin saber qué era más irritante, si la babosa sonrisa de Bobby o los perros dando vueltas alrededor de Alaina—. Pero ocúpate de Sergeant y de Gypsy primero. ¡Y haz que se callen esos malditos chuchos!

—Sí, señor —Bobby agarró a ambos caballos por las correas y llamó a los perros, pero cuando éstos vieron que otro de los muchachos llegaba al patio, se apresuraron a darle la bienvenida.

Agitando la cabeza, DJ observó a los perros corriendo mientras que Alaina se dirigía a la casa. Se preguntó cómo demonios, en menos de veinticuatro horas, se sentía como si hubiera perdido completamente el control.

Capítulo 6

—Este es mi suelo —le cantó con voz suave Alaina a Santana—. Vamos, puedes hacerlo. Sabes que puedes.

Se acercó despacio al semental con una silla de montura en las manos. Con la cabeza en alto y los ojos muy abiertos, el caballo observaba cómo ella se aproximaba.

—No te voy a hacer daño, pequeño —dijo, acercándose aún más —. Yo nunca te haría daño.

Santana levantó las orejas y agitó la cabeza, pero por primera vez desde que había estado trabajando con él, el animal no trató de echarse para atrás.

—Este es mi chico grande y valiente —murmuró, colocándose al lado del caballo—. Vamos allá.

Con un movimiento rápido, colocó la silla de montar sobre el caballo. Éste relinchó e hizo cabriolas, pero no trató de apartarse. Eufórica, Alaina le dio unas palmaditas en el cuello. Podía sentir la tensión y la energía que le recorría a Santana por los músculos y continuó murmurándole palabras de amor al oído mientras le acariciaba el suave pelo del lomo.

—Ves, no es tan malo, ¿verdad?

Tras dos días de frustración, ya que el animal no aceptaba que le pusiera la silla de montar, aquello era un avance enorme. Pero sabía que aunque hubiese ganado aquella batalla, estaba muy lejos de ganar la guerra.

Lo mismo sentía respecto a su relación con DJ.

No era que tuviera una relación sentimental con él. Él la había besado y ella le había devuelto el beso. Final de la historia. Suponía que ambos se habían dejado llevar por el momento… allí solos, observando el espectacular amanecer. No había necesidad de darle mayor importancia. Era sólo un beso.

Deseaba que para cuando finalizara su estancia de dos semanas en aquel rancho fuese capaz de convencerse de ello.

Ningún hombre había ejercido sobre ella el efecto que ejercía DJ Nunca antes había deseado ser tocada y amada de aquella manera. Había tratado de convencerse de que había sido la magia del momento, que no había dormido lo suficiente la noche anterior y que había estado muy vulnerable tras haber vuelto a tener aquel sueño erótico que la perseguía. Aparte de que le había contado a DJ la verdadera historia de su padre.

Pero entonces recordó la sensación de tener los labios de él sobre los suyos, la presión que sobre su cuerpo ejercía el musculoso cuerpo

de éste y supo que era mucho más que todo eso.

Suspirando, acarició la cabeza del semental. Había logrado mantener las distancias con DJ desde aquel beso. Se había mantenido ocupada trabajando con Santana y por las tardes, con Dottie siempre presente, no había habido mucha oportunidad de hablar, o de estar a solas… gracias al cielo. Estar a solas con DJ era peligroso. Era un hombre acostumbrado a obtener lo que quería. Y había dejado claro que la quería a ella. Había visto cómo la devoraba con la mirada.

«Como el lobo», pensó. «Esperando».

—¡Qué bien, Al! Le has puesto la silla de montar.

Alaina se dio la vuelta al oír la voz de Bobby y vio a éste apoyado en la puerta del compartimiento. Tenía la tendencia de aparecer varias veces al día, siempre que no estaba ocupado en sus obligaciones del rancho.

—¿Dudabas que podría hacerlo?

—¡Mecachis, no! —el muchacho le sonrió—. El semental tiene muy malas pulgas, pero sabía que al final se dejaría. Tú podrías endulzar hasta las espinas de un cactus.

—Gracias… creo —Alaina sonrió a su vez. Sabía que él estaba un poco enamorado de ella y había tenido cuidado de no darle esperanzas. Pero era agradable que alguien aparte de Dottie le hablara, sobre todo teniendo en cuenta que los demás hombres habían mantenido las distancias. Sabía que ella era la primera mujer que trabajaba en el Rocking B y era muy probable que a los muchachos no les hiciera gracia que una mujer estuviera en su territorio. Fuera cual fuera la razón, no importaba. De todas maneras ella se iría a finales de la siguiente semana.

—Dottie me ha mandado que te diga que subas a la casa —dijo Bobby—. Quiere que vayas ahora mismo, si puedes.

Alaina miró la hora en su reloj de pulsera y frunció el ceño. Eran mas de las cinco y ella iba a volver a la casa en poco tiempo de todas maneras, así que le parecía extraño que Dottie estuviera pidiendo que fuese para allá.

—¿Hay algún problema?

—No me lo ha dicho. Pero lo que sí ha dicho es que no le dijera a DJ que ella quiere hablar contigo. ¿ Que no se lo dijera a DJ ? Eso sí que era extraño.

—Ve —dijo Bobby, metiéndose en el compartimiento—. Yo cuidaré de Santana.

Ahora ya somos colegas.

Si no sintiera que algo marchaba mal, tal vez Alaina hubiese rechazado su oferta. Dottie no era de la clase de personas que pedían ayuda, así que fuese lo que fuese, debía de ser importante.

—Gracias, Bobby. ¡Ah! ¿Sabes dónde está DJ?

—La última vez que lo vi estaba en el granero con Judd.

Al salir de los establos, Alaina se detuvo y miró a su alrededor. Había un par de hombres trabajando con un potro en uno de los corrales y otros estaban descargando heno de un camión. Pero no había rastro de DJ Se dirigió hacia la oficina que había en un lateral de la casa, observando el jardín antes de entrar por si lo veía. Se quitó las botas y los calcetines y abrió la puerta. Asomó la cabeza por la cocina.

—¿Dottie?

La cocina estaba vacía, lo que era extraño, ya que el ama de llaves siempre cocinaba sobre aquella hora. La buscó en la planta baja de la casa y entonces la llamó desde el comienzo de las escaleras.

—Aquí —obtuvo una débil respuesta.

Preocupada, Alaina subió deprisa las escaleras.

—¿Dónde estás?

—Aquí —contestó Dottie, que parecía estar sin aliento—. En la habitación de DJ.

Alaina encontró al ama de llaves en el enorme vestidor de DJ, sentada en el suelo en una esquina.

—¿Qué ocurre? —Alaina se arrodilló al lado de Dottie—. ¿Te has hecho daño?

—No, no, no. Estoy bien. Son los gatitos —la mujer tomó una linterna, la encendió y enfocó un pequeño agujero cerca del rodapié —. Hay tres dentro de la pared.

—¿Qué? —Alaina miró por el agujero y pudo ver dos pares de ojos mirándola

—. ¿Cómo han entrado ahí?

—Esmeralda los metió en el vestidor, pero obviamente encontraron el agujero ellos solos. Ella estaba maullando tan alto que subí para ver qué pasaba.

—¿Dónde está ahora Esmeralda? —preguntó Alaina.

—No se quitaba de en medio, así que la he llevado a mi cuarto de baño junto con los otros dos gatitos —Dottie se sentó y se limpió el sudor de la frente—. Tengo la mano demasiado grande para poder agarrarlos y he estado tratando de hacer que salgan durante dos horas, pero no he tenido suerte. Esperaba poder sacarlos antes de que viniera DJ.

—Déjame intentarlo.

Cuando Dottie se apartó, Alaina se echó en el brillante suelo de madera y llamó a los gatitos, pero no se movieron. Introdujo la mano por el agujero y sintió cómo los gatitos se restregaban contra sus dedos. Entonces introdujo el brazo por la pared y sintió una patita.

—Casi…

Se movió para introducir aún más el brazo y logró agarrar con su

mano una suave bola de pelo. Sonriendo, trató de sacarlo. Pero no pudo.

Trató por todos los medios de sacar el brazo del agujero, pero lo único que consiguió fue empeorar la situación.

—Me he quedado atascada.

—Oh, querida —Dottie observó el agujero, agitó la cabeza y suspiró—.

Entonces no hay otra manera de hacerlo. Voy a por un martillo.

—Espera…

Pero Dottie ya se había dado prisa en salir y Alaina no podía hacer otra cosa que esperar.

DJ dejó caer sus botas en el porche y entró cojeando por la puerta principal. Que un caballo te diera una patada, un cabezazo o te pisara era algo frecuente. Pero que las tres cosas ocurrieran el mismo día era demasiado.

Desabrochándose la camisa, se dispuso a subir las escaleras. Había evitado la cocina intencionadamente; no tenía humor para aguantar los mimos de Dottie.

Estaba acalorado y sudado. Todo lo que quería era darse una larga ducha y beberse una cerveza muy fría.

Y una mujer delicada.

Frunció el ceño ante aquel último pensamiento. El haber estado pensando en una mujer había sido lo que le había causado tanto sufrimiento. Si hubiera estado poniendo más atención a su trabajo en vez de dejarse llevar por lujuriosas fantasías sobre Alaina, no tendría la marca de una pezuña en el muslo. Y si el caballo le hubiese dado esa patada unos pocos milímetros hacia la izquierda, dudaba que pudiera pensar en ninguna mujer, por no hablar de hacer nada durante bastante tiempo…

Se quitó la camisa y la arrojó encima de la cama. Entonces se quitó el cinturón y se desabrochó el pantalón. Cuando se dirigía al cuarto de baño pasó por la puerta de su vestidor, que estaba abierta. Se detuvo al creer oír una voz apagada desde dentro.

Asomó la cabeza y vio que varias de sus botas habían sido amontonadas a un lado. Entonces vio unas largas piernas estiradas en el suelo.

—¿Alaina?

No podía ver más allá de las botas, pero podía oír cómo ella estaba susurrando algo en un tono tranquilizador y calmado. Algo sobre ayudar y sobre no preocuparse.

Entró en el vestidor y pudo ver que Alaina tenía el brazo derecho introducido en la pared. Se arrodilló junto a ella y observó cómo su cuerpo se ponía rígido cuando giró la cabeza hacia él.

—Eh, Alaina.

—Eh, DJ.

Incapaz de resistirse, DJ observó su cuerpo. Llevaba una camiseta blanca sin mangas que se le había subido. Sus pantalones vaqueros dejaban entrever la parte baja de su espalda y un poco de su ropa interior, de color fucsia… y otra cosa que hizo que se quedara impresionado.

—Nunca pensé que te gustaran los tatuajes —dijo de manera informal. Sólo podía ver lo que parecía como la parte de arriba de unas coloridas alas de mariposa.

Tuvo que contenerse para no bajarle un poco más los pantalones y verlo bien. En vez de eso, se permitió el placer de seguir con la mirada la curva de su trasero.

Alaina se contoneó y logró colocarse de lado, bajándose la camiseta. Lo que, desde luego, hizo que DJ centrara su atención en sus pechos.

—Te lo puedo explicar…

—¿Lo del tatuaje? —preguntó él—. ¿O por qué estás tumbada en el suelo, en mi vestidor, con el brazo metido en la pared?

—Lo último, desde luego —Alaina estaba muy ruborizada, casi tan rosa como el pintauñas de los dedos de sus pies—. Hay un gatito dentro de tu pared. En realidad hay tres.

DJ, que se había olvidado de su mal humor y de su dolorida pierna, se echó para atrás.

—¿Es eso lo que les dices a todos los hombres cuando te cuelas en sus vestidores?

—No me he colado aquí —protestó ella—. Dottie…

Cuando se mordió el labio inferior para, tras hacerlo, apretar ambos firmemente a la vez, D J supuso que se podía hacer una idea muy precisa de lo que había pasado.

—¿Y dónde está Dottie?

—Ha ido a por un martillo.

DJ se estremeció al pensar en su ama de llaves con un martillo y comenzó a levantarse.

—¿Dónde vas? —preguntó Alaina.

—A por mi cámara, desde luego.

Alaina lo agarró por el brazo, sujetándolo firmemente.

—¡No te atrevas! Quédate y haz algo.

—Bueno, hay una invitación que no puedo rechazar —sonriendo, se tumbó al lado de Alaina y le sonrió—. ¿Qué te gustaría que hiciera?

—Para empezar, me gustaría que borraras esa sonrisa de tu cara —dijo ella con dureza—. Y que me saques el brazo de este maldito agujero.

—No todos los días a una chica guapa se le queda el brazo encajado en un agujero en mi vestidor —apoyó la cabeza en su brazo

y observó las chipas que echaban los ojos de ella—. Simplemente estoy saboreando el momento.

—Maldita sea, Bradshaw, esto no tiene gracia.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Está bien, quizá sea gracioso —dijo ella, suspirando—. Pero si fueses un caballero, te controlarías.

—Cariño, nadie ha dicho que yo sea un caballero —DJ se acercó a tomar un mechón de pelo que se le había deslizado a ella por la mejilla y lo restregó entre sus dedos. Tenía el tacto de la seda—. Y, en este momento, no te puedes ni imaginar cómo me estoy controlando.

A Alaina le parecía imposible que, dadas las circunstancias, pudiera responder a la cercanía de DJ El hecho de que él estuviera medio desnudo contribuía a la agobiante sensación de tener su cuerpo tan cerca. Por no mencionar aquel ancho y musculoso pecho del que a ella le costaba apartar la vista. Incluso el aroma a tierra que desprendía su piel, una mezcla de sudor, polvo y caballos, era tentador. Si aquello le provocaba algo era… excitación.

—Sé serio, DJ —a Alaina se le pasó por la cabeza empujarlo para que se apartara de ella, pero para hacerlo tendría que tocarlo y no sabía si podía confiar en sí misma—. Dottie regresará en cualquier momento.

—¿Te recuerda esto al instituto? —preguntó él, bajando el tono de voz—.

¿Cuando te preocupabas por si te pillaban besuqueándote con tu novio en la cabina de su camioneta?

—Yo no hacía eso —admitió ella, para después desear no haberlo hecho.

—¿No? —DJ levantó una ceja, impresionado, tras lo cual acercó su cabeza a la de ella—. Bueno, pues hay mucho besuqueo, de ése que se da cuando hay prisa.

Cuando él casi le roza la boca con sus labios, Alaina contuvo la respiración.

—DJ.

—Tras eso viene el manoseo —DJ le introdujo un dedo por la cinturilla del pantalón—. Las hormonas se disparan y hay manos por todas partes.

¡Qué fácil era imaginarse aquello! Las prisas, el estremecimiento causado por el miedo, por la excitación. Las respiraciones profundas que empañaban los cristales…

Cuando DJ movió con suavidad sus dedos sobre la parte de arriba de las alas de la mariposa, a Alaina le quemó la piel.

—Deja de hacer eso —susurró, pero sin hacer ningún esfuerzo por apartarle las manos.

—Tienes que conseguir que te crea —murmuró él, rodeando el

botón de los pantalones de ella con un dedo—. Nunca te obligaría a hacer algo que no quieras.

A Alaina no le quedaba ninguna duda de que él nunca tenía que obligar a ninguna chica, o mujer, a hacer algo que no quisiera. Allí estaba ella, encajada en una pared, con Dottie a punto de entrar en cualquier momento, y en todo en lo que podía pensar era en que los labios de DJ casi la estaban tocando y en que estaba a punto de desabrocharle el pantalón.

«Dios, debo de estar enferma», pensó.

Cuando DJ introdujo un dedo por el dobladillo de la camiseta de Alaina y acarició, sólo un poco, su estómago, a ella se le aceleró el pulso y respiró entrecortadamente. Quería que la besara y cerró los ojos… separando levemente los labios.

Cuando DJ se apartó, ella abrió los ojos. Se sintió decepcionada y frustrada.

Tuvo el impulso de darle una patada, pero sin sus botas, dudaba que fuera a hacerle mucho daño. Le observó levantarse y ponerse una camiseta blanca que tomó de una de las baldas.

—Viene Dottie —dijo él, volviendo a arrodillarse a su lado—. Pon la cabeza en el suelo y no te muevas.

—¿Qué? —Alaina se quedó mirándolo, sin saber si estaba de broma o no.

—Pon la cabeza en el suelo —repitió él.

—¿Por qué iba yo a…?

Cuando DJ presionó la mejilla de Alaina para que ésta pusiera la cabeza en el suelo, ella gritó. Cerró los ojos con fuerza cuando él dio un puñetazo en la pared e hizo otro agujero.

—¿Por qué no lo hiciste hace cinco minutos? —preguntó ella, irritada, moviendo su liberado brazo.

—¿Y perderme toda esa diversión? —contestó él, esbozando una picara sonrisa y rompiendo otro trozo de pared—. De ninguna manera.

—Tienes razón, Bradshaw —Alaina frunció el ceño y se apartó—. No eres un caballero.

Riéndose entre dientes, DJ hizo más grande el agujero y miró dentro de él mientras que Dottie entraba a toda prisa en el vestidor, con un martillo en una mano y un serrucho en la otra. El ama de llaves dirigió la vista de DJ al gran e irregular agujero que había en la pared. Colocó las herramientas en una balda.

—Yo, ah, supongo que ya no necesitamos estas herramientas.

DJ miró a Dottie por encima del hombro, tras lo cual se acercó al agujero y sacó al primer gatito que tomó, un gatito manchado.

Alaina tomó al gatito y se quedó mirándole la carita. El pequeñín maulló.

—Oh, pobre bebé —susurró Alaina, colocando al gatito en su

regazo. El segundo gatito que sacó DJ era blanco y negro como su madre. Alaina colocó a los gatitos en una caja de zapatos vacía y se acercó para mirar por encima del hombro de DJ.

—Voy a por Esmeralda —Dottie se dispuso a marcharse, pero se detuvo en la puerta del vestidor, con lágrimas en los ojos—. Eres un hombre maravilloso, maravilloso.

—¿Y tú qué crees? —DJ le sonrió a Alaina mientras que introducía más profundamente la mano en la pared para agarrar al tercer gatito—. ¿Crees que soy…?

—¿Qué? —Alaina observó la sonrisa de D J desaparecer de repente—. ¿Qué pasa?

DJ esbozó una dura mueca con los labios e introdujo la mano más profundamente en la pared.

—Este no se mueve…

Capítulo 7

A DJ se le puso un nudo en el estómago al ver los ojos cerrados del gatito y su mustio cuerpo. Era el gatito blanco de la carnada y el más pequeño. Sabía que era el favorito de Dottie. Había trozos de fibra en la boca del animal.

—Debe de haber estado chupando al estar aislado.

—Déjame que lo agarre —pidió Alaina, acercándose a tomar en brazos al gatito.

—Será mejor que me lo lleve antes de que vuelva Dottie —dijo DJ, negando con la cabeza.

—Dámelo, DJ —dijo ella con urgencia. Cuidadosamente, tomó al gatito y se lo acercó a la oreja—. Hay latido, pero es muy débil.

—Alaina…

—Se pondrá bien —cerró los ojos—. Se pondrá bien.

—Las fibras de vidrio…

—Shh.

DJ observó cómo Alaina acariciaba al gatito y quiso decirle que parara, que él se ocuparía, pero la expresión decidida que reflejaba la cara de ella le impidió acercarse.

—Alaina, no.

Ella no respondió, ante lo cual DJ frunció el ceño, sin estar siquiera seguro de si le había oído. A Alaina se le dulcificó la expresión de la cara y se le calmó la respiración. Cuidadosamente acunó al gatito en sus brazos, lo arrimó a su mejilla, pero éste seguía sin moverse.

—Alaina —susurró DJ, pero parecía que ella ni siquiera le había oído. Se pasó una mano por el pelo, maldiciendo su propio sentimiento de impotencia y la tozuda negativa de ella de afrontar lo obvio.

Se acercó para quitarle el gatito, pero se detuvo al oír el leve maullido que emitió éste. El pequeñín abrió los ojos levemente y volvió a maullar con un poco más de fuerza.

—Alaina —repitió él, acariciándole la mejilla. Ésta abrió los ojos y miró a su alrededor, como si no supiera dónde estaba—. ¿Estás bien?

Ella se quedó mirándolo durante largo rato, parpadeando varias veces.

—Tal vez sea pequeño, pero es un luchador.

La sonrisa que esbozó Alaina le iluminó la cara e hizo resplandecer sus ojos. DJ

sintió que la calidez que desprendía se filtraba por su cuerpo y se

alojaba en su pecho.

—Sí, supongo que lo es.

Esmeralda entró corriendo en el vestidor. Olfateó a los gatitos que estaban en la caja de zapatos y comenzó a maullar muy alto hasta que Alaina colocó a la pequeña bola de pelo blanco entre sus hermanos.

Dottie, a la que le faltaba el aliento por haber subido las escaleras corriendo, llegó al vestidor con los otros dos gatitos.

—¿Está todo bien?

—Todo bien —DJ miró a Esmeralda. La gata estaba ocupada lamiendo a sus gatitos y estaba ronroneando tan alto que parecía una lancha a motor. Sonriendo, miró a Alaina—. Todo está bien.

Tras darse una ducha y vestirse, Alaina se quedó dormida. Había estado sentada en el borde de su cama, preparándose para bajar a cenar, y lo siguiente que vio era que estaba todo oscuro. Confundida, miró el reloj de la mesilla y gimió al ver que eran las ocho y media.

Debía haber sabido que aquello pasaría.

Se sentó en el borde de la cama, se presionó la sien y esperó a que la habitación dejara de dar vueltas. Todavía estaba aturdida y tenía la visión borrosa. Pero sabía que se le pasaría rápido, siempre ocurría.

Acariciándose el pelo, se levantó despacio y comprobó cómo estaban sus piernas. Al ver que se podía mantener en pie, se dirigió hacia la puerta y salió al pasillo. Se dirigía a las escaleras cuando atrajo su atención el despacho de DJ, que tenía la puerta abierta y la luz encendida. Si se parecía en algo a Trey, cosa que ocurría, supuso que no le gustaría ser molestado cuando estaba en su cueva. Pero ella estaba avergonzada de haberse quedado dormida durante tres horas. Por lo menos le debía a él, y a Dottie, una disculpa.

Mordiéndose el labio inferior, se acercó al despacho de éste y, aunque estaba abierta, llamó a la puerta.

Él estaba sentado tras un largo escritorio de caoba, con toda su atención puesta en la pantalla de un ordenador. Tenía el pelo húmedo y despeinado, como si se acabara de dar una ducha y de poner una camiseta. A Alaina le dio un vuelco el corazón y apartó la mirada. Necesitaba un momento para recuperarse.

La habitación estaba llena de estanterías repletas de trofeos, curiosidades y, entre ellas, un telescopio llamó su atención.

—No suponía que te gustara mirar las estrellas.

DJ levantó la vista y apretó un botón para despejar la pantalla del ordenador, tras lo cual echó la cabeza para atrás en la silla y la miró.

—La bella durmiente se ha despertado.

—Siento molestarte —dijo ella, ruborizándose, y sin adentrarse en la habitación.

—Me estás rescatando. Si tengo que hacer el balance de otra cuenta más creo que me voy a pegar un tiro —estiró las piernas,

colocando un tobillo sobre el otro—.

¿Estás bien?

—Estoy bien. Simplemente tenía dolor de cabeza —realmente no podía explicarlo de otra manera—. Siento no haber bajado a cenar.

—Dottie fue a verte antes de marcharse, pero estabas durmiendo tan profundamente que no quiso despertarte.

—¿Dottie se ha marchado? —preguntó Alaina, frunciendo el ceño.

—Una de sus hijas, Velma, ha llamado hace un rato —DJ agarró la taza de café que tenía en el escritorio y bebió un sorbo—. Se ha puesto de parto antes de tiempo.

—Oh —Alaina se mordió el labio inferior. Se dio cuenta de que D J y ella estaban solos, solos de verdad, y sólo de pensarlo se puso tensa—. Espero que ella y el bebé estén bien.

—Habría llamado si hubiese habido algún problema —bebió otro sorbo de café

—. Ha dejado un plato de comida para ti en la nevera. ¿Tienes hambre?

Alaina miró a DJ, sus largas y fuertes piernas, su pelo despeinado y húmedo, sus anchos hombros… y tuvo que tragar saliva antes de hablar.

—Quizá más tarde. Primero quiero ir a comprobar cómo están los gatitos.

—Los he llevado a la habitación donde se hace la colada —dijo él —. Supongo que allí podrán estar sin meterse en líos.

—¿Comprobaste si había agujeros? —preguntó Alaina, sonriendo.

—Oh, sí. Ven, siéntate aquí —DJ se levantó de la silla y se sentó en el escritorio

—. ¿Qué tal con Santana?

Santana. Debido a todo el jaleo de aquella tarde y a que después se había quedado dormida, casi se había olvidado de él. Como necesitaba mantener las distancias entre DJ y ella, ignoró la silla que él le ofrecía, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y anduvo por la habitación.

—Hoy fui capaz de ponerle una silla de montar.

—Eso es un progreso —dijo DJ, asintiendo con la cabeza.

—Todavía está un poco descontento con la situación, pero creo que mañana me dejará montarlo —observó los libros que DJ tenía en las estanterías. Tenía libros sobre administración de tierras, entrenamiento de caballos y veterinaria, por no mencionar varias baldas con superventas actuales y clásicos. Alaina pensó con interés que al hombre le gustaba leer. Se fijó en una vieja novela de Dick Francis. La agarró y la abrió.

—Me encanta este libro.

—Yo no lo he leído —DJ se quedó mirando el café y puso la taza

sobre el escritorio—. Era de mi madre.

—Oh —nunca antes había mencionado a sus padres, aunque ella había oído decir a Cookie y Dottie que su muerte había sido una lástima—. ¿Qué ocurrió? —

preguntó con delicadeza—. ¿Qué les ocurrió a tu padre y a ella?

DJ mantuvo silencio durante un largo rato, mirando por la ventana. Alaina estaba segura de que había pisado un terreno sobre el que él simplemente no quería hablar. Cerró el libro y lo volvió a colocar en la balda.

—Voy a ir a ver cómo están los…

—Un incendio —dijo él, con la voz distante—. Vivíamos en una casa más pequeña situada donde ahora están los pastos principales. Ya estaba aquí cuando mis padres se mudaron hace cuarenta años, pero mi padre siempre había querido algo más grande para mi madre, así que construyó ésta para ella.

Alaina pudo observar cómo los ojos de DJ se dulcificaban. Este se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—Tardaron cinco años en construir esta casa y un año más para decorarla y amueblarla. Cuando finalmente estuvo preparada, tomamos las últimas cosas que nos quedaban y nos mudamos a la nueva casa. Pero mi madre quiso quedarse una última noche en la vieja casa. Habló sobre el pasado, hizo que mi padre y yo viéramos su viejo álbum de fotos después de cenar. Dijo que no quería que yo me olvidara de dónde había venido. Mi padre habló sobre el futuro, de cómo íbamos a construir el mayor y mejor rancho de todo el estado.

Alaina no tenía recuerdos de sus dos padres juntos, sólo de su madre encendiendo velas bajo la foto del hombre que los había abandonado a sus hijos y a ella.

—Parece que fue una noche maravillosa.

DJ agitó la cabeza, con la emoción reflejada en la cara.

—Yo tenía dieciséis años, estaba enfadado porque el colegio acababa de terminar y estaba aquella niña pelirroja muy mona a quien le gustaba dejarse ver por los billares del pueblo. Lo último que deseaba hacer era sentarme en casa con mis padres. Estuve quejándome sobre ello, así que finalmente mi madre me dijo que me marchara a divertirme un poco. No tuvo que decírmelo dos veces. Me fui al pueblo tan rápido como una bala. Era poco más de medianoche cuando regresé y vi las llamas y a todo el mundo corriendo de un sitio a otro. Los muchachos lograron sacar a mis padres de la casa antes de que se cayera el techo, pero el humo se les había adelantado. Murieron en la cama.

Alaina se dio cuenta de que DJ se echaba la culpa de aquello. Podía verlo reflejado en sus ojos. Podía sentirlo. Quiso decirle que él no había tenido la culpa de nada, pero sabía que no supondría

ninguna diferencia, sabía que él había tomado la decisión de aceptar las culpas. Y nadie podría cambiar esa decisión aparte de él.

—Trapos de limpieza —dijo, dirigiéndole una mirada a Alaina—. Un montón de malditos trapos de limpieza.

—Lo siento tanto —sabía que aquello no tendría sentido para DJ, pero de todas maneras lo dijo. Quería acercarse a él y abrazarlo, pero pudo observar lo rígidos que estaban sus hombros y la dura expresión de su cara y supo que si iba a consolarle no sería bien recibida.

Se creó un incómodo y pesado silencio y, cuando el teléfono sonó, Alaina se sobresaltó.

—Hola, Dottie —DJ alzó la vista y miró a Alaina, que tenía la preocupación reflejada en los ojos—. Uh, huh… no estás de broma… no digas nada… está bien…

claro.

Mordisqueándose una uña, Alaina se acercó a DJ, agradecida por lo oportuna que había sido Dottie. Podía oír el murmullo de la voz de ella y estiró el cuello, esperando poder entender algo.

—Mira, díselo tú misma.

Sin previo aviso, DJ se acercó y la abrazó por la cintura. Chilló cuando él la atrajo entre sus piernas y le sujetó el teléfono en la oreja.

—¿Estás bien? —preguntó Dottie.

Alaina no podía respirar, por no hablar de que no podía pensar con claridad al tener los muslos de D J presionando los suyos. No soltó el teléfono, forzándola a tener que mantener la cabeza cerca de la suya si quería oír.

—Yo… sí, estoy bien —dijo, poniendo una mano en el pecho de D J para evitar que éste la echara sobre él—. ¿Cómo… cómo está tu hija?

Entre el sonido de la sangre agolpándose en su cabeza y Dottie hablando tan rápido, apenas podía oír. Pero logró oír suficientes palabras como para saber que tanto la madre como la hija, Alyssa Anne, estaban muy bien.

—Es estupendo —a Alaina le estaba costando mucho esfuerzo mantener la voz calmada. Respiró profundamente cuando DJ, despacio pero con firmeza, la acercó aún más hacia él. Pudo sentir los rápidos latidos del corazón de éste bajo su mano y pudo oler el fresco aroma a jabón de su piel. Sabía que Dottie estaba diciendo algo sobre el parto, pero Alaina no hubiese podido enterarse de nada ni aunque su vida dependiera de ello. ¿Cómo iba a poder pensar, o respirar, estando de pie entre las piernas de DJ, con éste acariciándole la parte baja de la espalda y con sus bocas tan cerca que ella sólo tenía que echarse hacia delante para que sus labios se tocaran?

Miró a DJ y vio la necesidad reflejada en sus ojos; supo que era reflejo de la suya propia. La miró a la boca y ella tembló.

Miró al teléfono al darse cuenta de que el zumbido que estaba oyendo era el tono de marcar.

—Ha colgado.

—Sí —sin dejar de mirarle la boca, DJ tomó el teléfono y lo volvió a colocar en su base—. Lo ha hecho.

—Oh —dijo Alaina. DJ la abrazó con ambas manos por la cintura y eso fue todo lo que logró decir.

—Te lo tengo que decir —le dio unos golpecitos en la espalda—. Te mentí.

—¿Me mentiste?

—Esta noche no estaba realmente trabajando —DJ acercó la boca a la de ella.

—¿No?

—Estaba pensando en ti.

—¿En mí?

—Me es muy difícil concentrarme en el trabajo cuando en lo que estoy pensando es en el aspecto que tienes cuando duermes —la abrazó más estrechamente

—. Todo lo que podía ver era a ti, tumbada de espaldas, con tu precioso pelo esparcido por la almohada.

El calor se apoderó de sus venas y le recorrió el cuerpo. Por un momento sintió pánico, como si hubiese sido cazada en una trampa. Pero aquella sensación pasó y supo que si realmente quería detener todo aquello podía hacerlo.

¡Pero que Dios la ayudara! ¡No quería detenerlo!

Contuvo la respiración y esperó. Observó cómo él acercaba la cabeza a la suya y pudo sentir la calidez que transmitía su respiración. Cuando por fin sus labios la besaron, cerró los ojos.

DJ tenía un sabor parecido al del café solo, cargado, un potente placer que hizo que sus nervios se pusieran de punta y se dispararan. Oyó un sonido, como el de un animal gimiendo, y se dio cuenta de que provenía de su garganta. La boca de DJ era dura y firme, ya le era familiar, pero en aquella ocasión le pedía mucho más que la primera vez que se habían besado en la cima de la colina. Tenía más impaciencia.

Pero ella también estaba impaciente y se echó sobre él. Quería más.

Ella había sido muy cautelosa durante toda su vida, había tenido miedo a dejarse llevar, a sentirse libre de perder la compostura. Pero en aquel momento, lo único que importaba era estar allí con DJ Se derritió en sus brazos, sintiendo cómo sus rodillas se debilitaban. Temerosa de escurrirse, se aferró a él, estremeciéndose de placer.

«Date prisa», pensó, pero no quería dejar de besarlo para decírselo. Así que se lo dijo con sus manos, acariciándole el cuello y

sus musculosos hombros. Quería tocarle de nuevo el pecho, pero aquella vez sin límites… sin interrupciones.

A DJ la sangre le estaba recorriendo el cuerpo como un puño… caliente, duro y rápido. Había sabido que debajo de aquella máscara que Alaina tenía había pasión, pero nunca habría sospechado que le fuese a golpear de aquella manera. Se dio un festín en su boca, saboreando el dulce sabor a miel de ella. Los pequeños ruidos que ella hacía con la garganta estaban haciendo que toda su sangre bajara de su cabeza hacia el sur de su cuerpo… Dejó de besarla y la tomó por su sedoso pelo, echándole la cabeza para atrás, besándole el cuello. Sintió con su lengua cómo se le aceleraba el pulso y saboreó el calor de su suave piel, mordisqueándola ante aquel sabor tan embriagador. El gemido que emitió ella le hizo vibrar y la urgencia y la necesidad se apoderaron de él.

Estaba a punto de perder el control; peligrosa y tontamente muy cerca de perderlo. Los suaves sonidos que estaba emitiendo ella, sus súplicas susurradas, casi le llevan al límite. Se dio cuenta de que en aquel momento podía poseerla. En aquel preciso momento. No había estado preparado para algo como aquello, ni siquiera en sus fantasías más salvajes, y mientras que todavía pudiese mantener la calma, necesitaba llevarla a su cama.

Cuando acercó las caderas de Alaina a su cuerpo el sudor le cubrió la frente.

La tomó en brazos, levantándola del suelo.

—Vamos a la cama.

—Sí —murmuró ella, para a continuación volver a besarlo.

La llevó en brazos hasta su habitación. Los suaves pechos de ella presionaban su pecho. Necesitaba tocarla, la necesitaba desnuda debajo de él, necesitaba que lo abrazara con sus piernas.

Como si fuera un faro, la luz de la luna se colaba por las ventanas, arrojando su brillo plateado sobre su cama. Juntos, dieron vueltas sobre el cubrecama y él se colocó sobre ella, le acarició la garganta y sintió lo acelerado que tenía el pulso. Vio cómo le brillaba la cara con la tenue luz; sus ojos reflejaban el deseo que sentía. Lo miró a los ojos mientras se quitaba la camiseta. Él le agarró los brazos antes de que ella pudiera bajarlos, la tomó por las muñecas y las colocó encima de su cabeza. Sus pechos, exuberantes, cubiertos por satén blanco, estaban agitados debido a la dificultosa respiración de ella. Tenía un aspecto estupendo, sus caderas se movían con cada uno de sus besos. Su cuerpo, que se estaba retorciendo bajo el suyo, le estaba excitando tanto que casi le dolía.

—He querido tocarte desde el primer momento que te vi —dijo él con los pulmones a punto de explotar—. Pensé en tenerte aquí, así.

—¿Así mismo? —susurró ella, alzando las caderas para tocar las

de él, que tuvo la sensación de que se le paraba el corazón justo antes de golpear sus costillas. Como un rayo, se tumbó de espaldas y la besó hasta que ella se derritió en sus brazos.

—Exactamente así —murmuró—. Y así también.

Al sentir cómo le acariciaba los pechos, Alaina sintió que la excitación le recorría el cuerpo. No podía pensar, sólo podía sentir. Las sensaciones la invadieron una tras otra. Quería, necesitaba más, e introdujo su mano bajo la camiseta de él y el calor que su musculoso estómago desprendía hizo que sus dedos vibraran como si los recorriera una corriente eléctrica.

—Tu camiseta —dijo ella, dando un grito ahogado y subiendo las manos por su pecho—. Quítatela.

Entonces volvieron a dar vueltas sobre la cama, enredando brazos y piernas. El sujetador de ella cayó al suelo, así como las botas. Cuando él le besó los pechos, cuando le acarició los pezones con la lengua, ella arqueó el cuerpo, gimiendo.

DJ continuó besándole y mordisqueándole los pezones. Cuando se introdujo uno dentro de la boca y chupó, ella sintió como si un disparo de fuego le recorriera desde el pecho hasta el punzante dolor que sentía entre las piernas.

Pero entonces él comenzó a besarla por el estómago al mismo tiempo que agarraba el broche de sus pantalones vaqueros y lo abría. Alaina oyó el sonido sibilante de su camiseta, sintió cómo el pantalón se deslizaba por sus caderas mientras que él comenzaba a besarla más abajo todavía. Le besó las caderas mientras que le quitaba los pantalones y los apartaba. Ella le abrazó por los hombros y se estremeció cuando él deslizó un dedo por la parte superior de sus bragas para luego meterlo dentro y acariciar la parte más íntima de su cuerpo.

Ella se acercó a él, segura de no poder aguantar más… de que tal vez iba a morir por aquel placer tan intenso.

—Por favor —gimió—. DJ, por favor… te necesito…

Éste le quitó las bragas con un solo movimiento y cuando se apartó de ella, Alaina gimió en señal de protesta y observó cómo él se desabrochaba los pantalones y se los quitaba. No dejaba de mirarla y la expresión que tenía reflejada en la cara, salvaje y primaria, hizo que a Alaina le diera un vuelco el corazón bruscamente.

Verlo allí desnudo, con su erección delante de ella, le dejó sin aliento. La excitación, el miedo y la necesidad le recorrieron las venas.

El tardó un segundo en ponerse un preservativo y cuando volvió a mirarla, con los ojos brillantes, ella se quedó sin aire. DJ se acercó a ella, le metió las manos por debajo de los muslos y le abrió las piernas. Entonces la penetró. Y se quedó helado.

—¿Qué…? —con los ojos abiertos como platos, levantó la cabeza

y la miró.

—No pares —temerosa de que él se apartara, lo abrazó estrechamente por el cuello.

—Alaina…

—No pares —suplicó de nuevo ella, levantando las caderas, haciendo que la penetrara más profundamente—. Por favor.

—Pero tú… —dijo él—. Dios, ¿por qué no…?

Alaina arrastró la boca de él a la suya y lo abrazó con las piernas, dejando que el instinto se apoderara de ella. El deseo la golpeó, la consumió. Entonces él la agarró por las caderas y se movió dentro de ella. Al principio lo hizo despacio, pero luego aceleró el ritmo y la penetró más profundamente. Ella acompañó su ritmo, jadeando, desesperada, hasta que la necesidad estalló en llamas y explotó dentro de ella, que flotó en aquellas brasas. Cuando DJ emitió un profundo gemido se abrazó a él con fuerza y se estremeció violentamente. Sonriendo, se dejó llevar por las cálidas olas que todavía en aquel momento estaban meciendo su cuerpo y dejó que la transportaran.

A sus treinta y cuatro años, DJ había pensado que ya nada le sorprendería.

Había pensado que nada le impresionaría ni le pillaría desprevenido. Había visto muchas cosas, había experimentado lo suficiente como para considerarse bien preparado para poder manejar cualquier situación que se le presentara.

Hasta aquel momento.

Abrazó a Alaina, demasiado aturdido para hablar. Aunque hubiese sido capaz de hacerlo, no habría sabido qué decir. Aquella mujer le había dejado exhausto. Y el hecho de que fuera virgen… le desconcertaba completamente. Ninguna mujer había tenido aquel efecto sobre él.

Apretó los labios contra la frente de ella. Se tumbó sobre su costado, llevándola con él.

—¿Estás…? ¿Estuve…?

Alaina le detuvo besándole.

—Has estado maravilloso —susurró—. Ha sido maravilloso.

—¿Sí? —a pesar de lo culpable que se sentía, DJ no pudo evitar hincharse de orgullo por la petulante satisfacción que sintió—. Bueno, para ser una principiante, tú has estado malditamente maravillosa.

—¿Sí? ¿De verdad? —Alaina lo miró, con una mezcla de esperanza e incertidumbre reflejada en los ojos—. No tienes por qué decir eso… quiero decir que aprecio que lo hagas, pero…

DJ la tumbó de espaldas tan rápido que ella no tuvo tiempo de proferir un chillido antes de que la besara. La besó apasionadamente hasta que ella le abrazó por el cuello y él pudo sentir cómo su cuerpo temblaba debajo del suyo.

—Le aseguro, señora Blackhawk… —le dijo en la boca—… que no lo he dicho por decir. Has estado maravillosa.

—Gracias —murmuró ella, esbozando una sonrisa y acariciándole la espalda—.

Has hecho que sea… especial.

DJ pensó en lo que había pasado… en lo que ella le había entregado… Supo que no había nada que pudiera decir que expresara lo que sentía. Levantó la cabeza y la miró.

—Me lo podías haber dicho.

—Sí, podía haberlo hecho. Tal vez si las circunstancias hubiesen sido distintas, si hubiéramos estado saliendo, o si yo hubiese sabido que esto iba a ocurrir, quizá te lo hubiese dicho.

—Pero esta noche…

Alaina le puso un dedo en los labios.

—¿Qué hubiese pasado si te lo hubiese dicho? ¿Habría cambiado algo?

DJ se hizo esa misma pregunta a sí mismo. Quizá se hubiese resistido a ella, tal vez se hubiese apartado… hubiese hecho lo correcto. ¡Demonios! ¿A quién trataba de engañar?

—No —suspiró y presionó sus labios contra el dedo de ella—. Pero hubiese tenido más cuidado.

—Si hubiese querido prudencia, me hubiese ido a mi dormitorio, sola —Alaina bajó la mirada. Vergonzosa, le acarició la mandíbula y el cuello—. Me alegro de no haberlo hecho.

—Pues ya somos dos los que nos alegramos —dijo D J, pero todavía estaba aturdido por lo que había ocurrido entre ellos. Todavía estaba tratando de entender

—. Te miro y veo a una mujer preciosa y excitante. En serio me pregunto qué les pasa a los hombres de tu pueblo.

—No les pasa nada —dijo ella en voz baja—. Soy yo la que…

Cuando Alaina dejó de hablar, DJ le tomó la barbilla y le levantó la cara hasta que lo miró a los ojos.

—¿La que qué?

Alaina dudó antes de hablar y se encogió de hombros.

—Digamos que fue elección mía.

—Alaina…

—Ya basta, Bradshaw —dijo ella, frunciendo el ceño—. Ya basta y quita esa expresión que tienes de espanto, como queriendo decir acabo de atropellar a un cachorrito. Tengo veintisiete años y quizá sea tarde para los estándares que tiene la mayoría de la gente pero… ¡maldita sea! esperé porque quería que mi primera vez fuese la correcta, quería sentirme bien. Y así ha sido. Y así es. Yo no tengo ninguna expectativa y tú no tienes ninguna responsabilidad. Somos dos personas adultas. No vayas a estropear esto sintiéndote culpable,

porque sería un sentimiento equivocado.

Sorprendido por aquel arrebato de Alaina, DJ se quedó mirando la firmeza con que ella apretaba los labios y la indignación que reflejaban sus ojos. Se preguntó si aquella mujer no iba a dejar de sorprenderle. Cuando ella le empujó por los hombros para tratar de apartarlo, él se mantuvo quieto.

—¿Te ha dicho alguien que te pones muy sexy cuando estás desnuda y enfadada?

Alaina se quedó quieta ante aquellas palabras y lo miró sorprendida.

—¿Crees que soy sexy?

DJ le dio un beso en los labios.

—Señorita, si fueras más sexy de lo que eres, yo estaría en el hospital.

—¿En el hospital? ¡Huh!

—En la Unidad de Cuidados Intensivos.

—No me digas —la sonrisa de Alaina era angelical, pero él pudo ver el diablo reflejado en sus ojos cuando ella le acarició los brazos—. ¿A cuánta distancia está el hospital?

Se levantó, colocó sus caderas sobre él y le besó, despacio, concienzudamente, dejándole sin aire en los pulmones y sin capacidad de pensar. Cuando arqueó las caderas, la pasión y la necesidad volvieron a apoderarse de él, con tal intensidad que se quedó estupefacto.

Pero al sentir la suavidad del cuerpo de ella bajo el suyo, la sedosa caricia que ella ejercía con sus brazos sobre sus hombros, la pasión se apoderó de él. La abrazó con fuerza, sintiendo cómo la necesidad se apoderaba de él y la llevó con él…

Capítulo 8

El sol brillaba resplandecientemente a última hora de la mañana y el calor que desprendía se mezclaba con el olor a caballos, a suciedad y a sudor. Desde el granero, el persistente repiquetear de un martillo en un yunque, se mezclaba con el espeso aire veraniego mientras que Baxter y Taffy ladraban perezosamente a los hombres que llegaban montados a caballo de los pastos exteriores.

Con los brazos sobre un poste, DJ observó cómo Alaina hacía trotar a Santana dando vueltas por el corral. Era el tercer día que había montado al semental y el primer día que el caballo no había tratado de quitársela de encima. Pero aunque Santana podía llegar a ser muy terco y muy cascarrabias, Alaina se había negado a echarse para atrás en ningún momento. Había sido paciente y había estado tranquila, decidida. Parecía que siempre sabía cuándo tenía que ser firme o cuándo tenía que retirarse y dejar al caballo tranquilo. Era una maravilla de mujer y, en aquel momento, era suya.

Le gustaba despertarse con ella en sus brazos. Le gustaba la manera en que sus pestañas se movían levemente antes de que abriera los ojos y cómo estiraba aquel cuerpo largo y lleno de curvas. Adoraba la manera en que lo miraba con aquellos ojos azules claros y cómo éstos reflejaban deseo cuando él la colocaba bajo su cuerpo.

Desde la primera vez que tuvieron relaciones, la había llevado a su cama todas las noches y cada una de las veces que habían estado juntos ella no dejaba de sorprenderle. No sólo por su entusiasmo, sino por su ardiente sensualidad. Cuando le había dicho que estaba recuperando el tiempo perdido, él le dijo que debía de ser el hombre más afortunado del mundo.

Durante el día mantenían las distancias, apenas hablaban entre ellos. Pero en cuanto estaban en la casa… bueno… no era que tampoco hablaran mucho.

—Es calurosa.

La sonrisa que estaba esbozando DJ al pensar en ella se disipó. Frunció el ceño cuando vio a Judd apoyarse junto a él en el poste.

—¿Qué demonios has dicho?

—Tranquilo, muchacho, estaba hablando del tiempo —Judd se echó el sombrero para atrás y miró a Alaina—. Pero ahora que lo mencionas…

—Cállate —le espetó D J.

—Bueno… —sonriendo, Judd volvió a mirar a DJ, levantando una ceja—. ¿No es interesante? DJ Bradshaw irritado por una mujer.

—Pues claro que no lo estoy —para demostrarlo, DJ cerró uno de

sus puños—.

¿No tienes nada que hacer?

—No —divirtiéndose, Judd se tocó el borde del sombrero cuando Alaina pasó a medio galope—. Tiene tan buen aspecto por delante como por detrás.

—¿Estás tratando de provocarme? —preguntó DJ, esbozando una mueca con los labios.

—Estoy hablando de Santana —dijo Judd inocentemente—. ¡Maldita sea! Estás muy sensible. Entonces es serio, ¿no es así?

—No sé de qué estás hablando.

—Claro que lo sabes.

DJ simplemente se encogió de hombros, ya que sabía que Judd era como un perro con un hueso cuando se le metía algo en la cabeza.

—No, no es serio.

—¿Así que es sólo sexo?

Judd logró parar el puñetazo que DJ dirigió hacia su mandíbula, ya que se había preparado para ello.

—Tranquilízate, hijo. Sólo quería saber si tus intenciones eran honradas.

Frunciendo el ceño, DJ apartó su brazo de las manos de Judd.

—No es tu maldito asunto.

—¿Hay algún problema?

D J levantó la vista. Había estado demasiado pendiente de Judd como para darse cuenta de que Alaina se había detenido a pocos pasos de ellos. Esperaba con todas sus fuerzas que no hubiese oído nada de lo que su capataz y él habían estado discutiendo.

—No hay ningún problema.

—El calor hace que algunos hombres se vuelvan terriblemente hoscos —Judd le guiñó un ojo a Alaina—. Tienes buen aspecto, cariño.

DJ maldijo para sus adentros y apretó los dientes. A pesar de la irritación que le estaba haciendo apretar la mandíbula, observó cómo Alaina acariciaba el cuello de Santana y no pudo evitar el hambre voraz que le recorrió las venas. Y sólo el pensar en cómo era sentir aquellos mismos dedos sobre su piel hizo que toda la sangre le bajase al centro…

—Santana todavía tiene bastante mal humor, pero estamos trabajando en ello —

Alaina sonrió.

—Se acomodará… —Judd le dirigió una sonrisa a D J, lo que le hizo ganarse que éste le mirara con el ceño fruncido— … tan pronto como entienda que no puede hacerlo todo como él quiere.

—Bueno, pues será mejor que se dé prisa en entenderlo —Alaina sujetó con fuerza las riendas cuando el caballo movió bruscamente la

cabeza y pataleó—. No tenemos mucho tiempo.

DJ observó la diversión que reflejaban los ojos de su capataz y prometió que cuando estuvieran a solas le haría daño seriamente. ¿Que si sus intenciones eran honradas? Pensó en Stone Ridge Stables, en la oferta para comprar el rancho que estaba sobre la mesa de su escritorio y se dijo a sí mismo que acostarse con Alaina no tenía ninguna influencia en sus acuerdos de negocios.

—He pensado que esta tarde podía ir al pueblo —Alaina miró a DJ—. Santana podía tomarse un respiro y Bobby me ha dicho que tenéis una buena tienda de artículos de caballos en Bridle Peak.

La primera reacción de DJ fue querer decirle que de ninguna manera iba a ir a Bridle Peak un sábado, cuando más de la mitad de los cowboys del pueblo iba allí en busca de cerveza fría y compañía femenina.

—Puedo mandar a alguno de los muchachos —ofreció DJ, simulando indiferencia—. Simplemente dime qué necesitas.

—No es necesario —contestó ella—. Me gustaría ver la tienda por mí misma y he pensado en darme una vuelta por el pueblo.

Cuando la estúpida sonrisa que estaba esbozando Judd se hizo más abierta, DJ

tuvo que contenerse para no golpearle. ¡Caray! Ya había aguantado suficientes tonterías por su parte.

—Está bien —dijo DJ entre dientes, apartándose del poste—. Yo iré contigo.

DJ estuvo callado durante el trayecto hasta Bridle Peak, que duró más de una hora, y Alaina pudo sentir que no estaba especialmente contento de ir al pueblo. Pero aun así, con el aire acondicionado a tope, Shania Twain cantando *I Feel Like a Woman* en la radio y el al parecer interminable, pero majestuoso paisaje que rodeaba la carretera, estaba disfrutando tanto del cambio de escenario como para dejar que el seco silencio de él echara a perder su buen humor.

Lo había intentado todo para disuadirle de que fuera con ella. Antes de haberse ido a duchar, le había dicho directamente que prefería ir sola, que quería hacer algunas compras. Había supuesto que aquello le haría echarse atrás como hacían los hombres cuando se les mencionaba el matrimonio y las bodas.

Pero no había sido así y él había entrado en la casa justo cuando ella se estaba abrochando las sandalias. La analizó con la mirada. Ella estaba vestida con su blusa blanca y su falda rosa. Como sabía que lo único que tenía que hacer él era acercarse a ella y agarrarla para que acabaran en la cama en vez de ir al pueblo, se había marchado rápidamente al cuarto de la colada para jugar con los gatitos.

Con sólo que la mirara ardientemente o que la rozara con sus dedos, ella sentía que las rodillas le flaqueaban y que el pulso se le

aceleraba. Pero todavía en aquel momento le impresionaba el comportamiento tan desinhibido que tenía cuando hacía el amor con él. Lo descocada que se volvía.

Se había planteado si todas las mujeres se sentirían tan agobiadas y consumidas por la experiencia. Aparte de Alexis, no había hablado de sexo con otras mujeres y, aun así, con su hermana, Alaina había escuchado más que hablado. Alexis había hecho que pareciera excitante, pero nunca había dicho que era una experiencia tan sumamente intensa y placentera.

Ella se había echado a los brazos de DJ con gusto… y en su cama… aquella primera noche. Y desde entonces había seguido yendo con él con gusto. Se negaba a permitirse pensar en la posibilidad de tener una relación futura con él, de la misma manera en la que se negaba a pensar en ningún tipo de futuro sin él. Dejaría que ese dolor llegase después. En aquel momento, era mucho más sencillo no pensar y dejarse llevar por las circunstancias.

El sonido de un claxon la sacó de sus pensamientos. Se dio cuenta de que la camioneta estaba andando más despacio ya que habían dejado atrás la carretera principal y estaban entrando en el pueblo. Observó la camioneta con la que se habían cruzado y vio que el conductor de ésta estaba agitando el brazo amigablemente.

Alaina se dio cuenta de que Bridle Peak era como cualquier otro pueblecito de Texas; con sus pequeñas tiendas familiares, el fluir de gente que iba a hacer sus compras del sábado por la tarde, las polvorientas camionetas y los cowboys. Pero aunque era muy parecido a los demás pueblos, cada uno tenía su encanto, su propia cultura e historia y siempre era divertido explorar un sitio nuevo. Vio que había una galería de artistas locales y un museo de fauna y flora. También había una pequeña tienda de regalos que tenía expuesto en el escaparate un chal que le quedaría bien a su madre.

—Me puedes dejar aquí.

DJ agarró el volante con fuerza y aparcó de manera violenta en la calzada.

—¿Estás tratando de librarte de mí?

La irritación que denotaba su voz y la manera tan alocada con que había conducido asustaron a Alaina.

—¿De qué estás hablando?

—Primero trataste de que no viniera contigo y ahora quieres que te deje aquí sola —DJ frunció el ceño—. Yo diría que estás tratando de librarte de mí.

—Eres tú el que ha estado de mal humor desde que dije que iba a venir al pueblo —¡Dios! ¡Y decían que las mujeres tenían mal carácter! —. Obviamente no querías venir, así que… ¿por qué has venido?

—¿Y tú por qué te has arreglado para venir a ver una tienda de

artículos de caballos?

—¿Qué? —Alaina observó su sencilla blusa blanca y su normalita falda rosa.

Entonces volvió a mirarlo, asombrada—. ¿Has venido al pueblo conmigo por la manera en la que voy vestida?

—Yo no he dicho eso —un músculo vibró en una comisura de un ojo de DJ.

—¿Entonces qué es lo que quieres decir?

—Nada, maldita sea —DJ se estiró más el sombrero en la cabeza, salió de la camioneta y se dirigió a abrir la puerta del acompañante—. Estaré en Sawyer's. Ve allí a las seis.

Una vez Alaina hubo salido de la camioneta, DJ cerró la puerta dando un portazo y se alejó sin siquiera mirar hacia atrás. Ella se quedó mirándolo, perpleja por su extraña actitud. Pero entonces, de repente, una idea llegó a su cabeza y le hizo fruncir el ceño.

¿Estaba celoso?

No, Alaina negó con la cabeza y se rió de sí misma. No podía estar celoso.

Desde luego que no por el hecho de que ella hubiera querido ir al pueblo o porque se hubiese puesto una falda. ¡Por el amor de Dios, ni siquiera era una falda corta!

Cubría más que enseñaba.

No sabía si sentirse insultada o emocionada. Pero decidió sentirse emocionada.

Miró la hora en su reloj de pulsera y se dio cuenta de que no tenía mucho tiempo. No sabía quién o qué era Sawyer's, pero lo encontraría. Mientras tanto, había ido al pueblo con un plano, y no tenía ninguna intención de permitir que el mal humor de DJ le hiciera renunciar a sus planes.

—Así que este tonto estaba tan borracho que le cantó *Be My Baby Tonight* a una vaca.

Desde su silla, DJ observó a Tommy Hunt, un muchacho de un rancho del pueblo, que había estado contando en alto la historia a los demás muchachos que estaban reunidos alrededor de la nueva mesa de billar de Sawyer's. Tommy sacó su teléfono móvil de uno de los bolsillos de sus pantalones.

—¡Qué Dios bendiga al que inventó los teléfonos móviles con cámaras! —dijo Tommy, enseñando la fotografía, provocando alegría y risas en los demás hombres.

—¿Cómo sabes que no fue una mujer quien lo inventó? —dijo Missy, la novia de Tommy.

—Porque hay que presionar demasiadas teclas —Tommy dirigió la cámara hacia los protuberantes pechos de Missy e hizo una fotografía, lo que hizo que los muchachos volvieran a reír.

—Sí, bueno, desde luego que anoche yo sabía qué teclas había que pulsar, ¿no es verdad, Tommy, pequeño? —contestó Missy, ante lo que los hombres gritaron e hicieron tintinear sus botellas de cerveza.

DJ había tratado con todas sus fuerzas de ignorar al bravucón grupo desde que había llegado, hacía casi una hora, y había rechazado educadamente los intentos de los muchachos de que se uniera a ellos. Conocía a casi todos y sabía que eran inofensivos. En cualquier otro momento tal vez los hubiera acompañado para tomar una cerveza rápida. Pero aquel día no estaba de humor para aguantar sus tonterías. Y

si hubiera sabido que Sawyer's había puesto una mesa de billar y dos máquinas de pinball, dándole al restaurante el aspecto de una taberna, nunca le hubiese dicho a Alaina que se encontrarían allí.

Acercando la botella de cerveza que había pedido, se preguntó dónde demonios estaba ella. Eran casi las seis y media. Debía haber llegado hacía media hora.

Mientras la esperaba dando golpecitos en la mesa, observó el espectáculo de toros que estaban poniendo en la televisión. Vio cómo un jinete se montaba en un toro muy grande y con aspecto de ser muy peligroso durante seis segundos antes de que éste le tirara al suelo.

Se quedó mirando la entrada del restaurante y frunció el ceño. Ella iba a llegar tarde. ¿Y qué? No era que Bridle Peak fuese un lugar peligroso. No había problema en andar solo por el pueblo, ya fuese de día o de noche. Y no era muy grande como para poder perderse durante mucho tiempo. No tenía ninguna razón para preocuparse. Alaina era una mujer adulta y estaba seguro de que era capaz de cuidarse ella sola. Bebió un trago de cerveza mientras que de nuevo los muchachos se rieron alborotadamente, haciendo que él se preguntara cuántos cowboys calentones estarían andando por el pueblo en aquel momento, sin duda babeando sobre aquella mujer preciosa vestida con aquella bonita falda rosa.

Nada más de pensar aquello tuvo que agarrar la botella de cerveza con fuerza.

Se preguntó qué demonios le pasaba. Nunca antes había estado tan preocupado por una mujer. Nunca se le había encogido el estómago al no saber dónde estaba ni qué estaba haciendo cualquier mujer con la que había mantenido una relación. Sabía que había reaccionado de forma exagerada cuando se había marchado dejándola al lado de la camioneta, pero cuando ella le había pedido que la dejara allí, algo se había roto dentro de él.

Y nunca antes le había ocurrido algo así.

Trató de convencerse de que simplemente se sentía responsable de ella, que eso era todo. Le había pedido que fuera a su rancho y

había estado de acuerdo en no decirle a su hermano que se iba a quedar en el Rocking B. Si se sentía inusualmente protector era porque él había hecho que ella dejara de ser virgen y no podía evitar sentirse responsable por su seguridad mientras que estuviera en su rancho.

Pero todas aquellas excusas habían sido tiradas por el suelo como en el espectáculo de toros de la televisión y sintió como si su propia ignorancia le estuviera pisoteando. Era más que eso y él lo sabía.

Él se preocupaba por ella… se preocupaba de ella. Y aquello era extraño para él.

Al verla entrar en el bar se quedó con la cerveza a medio camino de su boca. Así como su corazón.

Tenía las mejillas enrojecidas debido al calor que hacía en la calle. Llevaba el pelo recogido sobre la cabeza, dejando ver la larga y delicada columna de su cuello.

Parecía que sus ojos estaban llenos de humo y tenía los labios brillantes. La luz que había tras ella perfilaba la silueta de su esbelto cuerpo y a él se le quedó la garganta seca al verla.

Observó cómo ella miraba a su alrededor hasta que le divisó. Se acercó hacia él con varias bolsas en las manos y esbozando una sonrisa.

Excepto por el bajo volumen de la televisión, el bar se había quedado en silencio y DJ observó al grupo de muchachos allí congregados. Todos se quedaron mirando a Alaina sin reparos.

—Siento llegar tarde —colocó las bolsas en la silla de al lado—. Perdí la noción del tiempo.

A DJ le molestó aquello. ¡Él había estado allí sentado mirando el reloj y ella había perdido la noción del tiempo! Maldijo silenciosamente y se bebió el resto de su cerveza. A continuación golpeó la mesa con la botella.

—Marchémonos.

—¿Marcharnos? —Alaina frunció el ceño—. Pensé que íbamos a tomar algo aquí.

—Este bar no está tan bien —dejó un par de dólares en la mesa y comenzó a levantarse—. Hay otro sitio que te gustará más.

—Este sitio está bien y tiene un olor maravilloso —Alaina se levantó para tomar el menú y volvió a sentarse—. Todo el mundo con quien he hablado me ha dicho que en este sitio hacen la mejor barbacoa de todo el estado y que su asado de carne es maravilloso.

De mala gana, DJ se sentó y volvió a mirar a los muchachos. Pudo ver cómo varios de ellos miraban a Alaina y los miró desafiante hasta que dejaron de hacerlo.

Estaba tratando de encontrar otra excusa para marcharse cuando Stacy, la camarera, apareció y dejó dos vasos de agua en la mesa. Él había salido con aquella preciosa rubia un par de veces cuando

estaban en el instituto. En ese momento estaba casada, tenía dos hijos y era bastante obvio que tenía otro en camino.

Miró rápidamente a Alaina para después mirar a DJ.

—Hacía mucho que no nos veíamos, D J —dijo Stacy—. ¿Cómo van las cosas?

—Bien —en cualquier otra ocasión, habría charlado un poco con Stacy, pero en aquel momento todo lo que quería hacer era pedir la comida, comer y salir de allí lo antes posible. Pero parecía que Stacy no tenía prisa. Como sabía que la mujer seguiría de palique hasta que le presentara a Alaina, asintió hacia ésta—. Ésta es Alaina Blackhawk.

—Yo soy Stacy —dijo la camarera, ofreciéndole la mano y sonriendo—. Oí que una preparadora estaba trabajando en el rancho de DJ ¿Eres tú?

—Estoy aquí solamente por un par de días más —sonriendo a su vez, Alaina tomó la mano de la mujer—. ¿Para cuándo esperas tener al bebé?

—Para dentro de ocho semanas —Stacy se acarició el estómago—. Está dándome tantas patadas que ya le hemos puesto el apodo de Bronco.

«Oh, Dios, no», DJ apretó los dientes y contuvo un gruñido amenazador. «No más conversaciones de bebés, por favor, no».

Pero intentar detener aquella conversación era como tratar de evitar que el sol se levantara o pusiera. Mientras que Stacy le explicaba cómo habían sido sus dos últimos partos y le enseñaba fotos de los pequeños, DJ apretó los dientes e hizo un esfuerzo por ser educado. Pensó que si le daban a elegir, preferiría las miradas lascivas de los muchachos sobre Alaina antes que la conversación de ésta sobre pañales y dentición.

Pero como no le quedaba otra alternativa, DJ suspiró mentalmente y se acomodó en su silla, oyendo el ruido que hacían las bolas de billar y los vasos de cerveza. Observó cómo otro muchacho era tirado al suelo por un toro en la televisión justo antes de salir corriendo para evitar ser embestido por éste.

Tras lo que parecieron diez horas en vez de diez minutos, Stacy sacó de su bolsillo el bloc para tomar nota.

—¿Qué vais a tomar?

—He oído que vuestro asado de carne es bueno —dijo Alaina, mirando el menú

—. Pero parece que la barbacoa de pollo tiene buena pinta también.

—Tráele las dos cosas —antes de que pudiera cambiar de idea o de que la camarera estuviera otros diez minutos discutiendo qué era mejor, si el pollo o el asado de carne, DJ tomó el menú y se lo acercó a Stacy—. Yo tomaré lo mismo.

—¿Queréis cuatro platos? —preguntó Stacy, levantando una ceja.

—DJ… —Alaina frunció el ceño.

—Tengo hambre —dijo él sin alterarse—. Nos llevaremos a casa lo que sobre.

—Tú eres el jefe —dijo Stacy, agitando la cabeza mientras escribía la nota—.

¿Qué queréis de beber?

Alaina pidió un margarita con sal y DJ pidió otra botella de cerveza. Cuando Stacy se alejó, Alaina se echó para atrás en la silla y cruzó los brazos, dirigiéndole a D

J una mirada de exasperación total.

—¿Qué?

—No hagas eso —dijo ella con calma—. Estás saltando en la silla como un saltamontes de tres patas.

DJ frunció el ceño ante aquella analogía, tomó la cerveza con la que había estado esperándola y bebió el último trago.

—No sé de qué estás hablando.

—Te digo una cosa… —dijo ella, comenzando a levantarse de la silla—…a ver si puedes averiguar qué es lo que te está comiendo por dentro mientras yo voy a jugar al pinball.

DJ se acercó a ella y la agarró por el brazo rápidamente.

—Maldita sea, Alaina, siéntate.

Ella observó cómo él la estaba agarrando por la muñeca. Entonces volvió a mirarlo y arqueó una ceja.

—Por favor —él la agarró con menos fuerza, pero sin soltarla del todo. Cuando ella volvió a sentarse, soltó el aire que había estado conteniendo—. Está bien —

esbozó una dura mueca con los labios—. Quizá haya estado un poco tenso.

—¿Quizá? —Alaina inclinó la cabeza—. ¿Un poco?

—Está bien —concedió él entre dientes—. Lo admito. No quería que vinieses sola al pueblo. Eres una mujer preciosa, Alaina, y los sábados este pueblo se llena de los muchachos que trabajan en los ranchos. Están muy calientes y van en busca de un poco de diversión.

—Y tú piensas que porque me acosté contigo tan fácilmente, iba a venir al pueblo y…

—¡No, maldita sea! —los ojos de DJ reflejaron el enfado que tenía —. No estaba pensando eso.

—Lo siento —dijo ella en voz baja para luego suspirar—. Sé que no pensabas eso. Pero DJ, ¡por el amor de Dios!… trabajo en un rancho. Estoy constantemente trabajando con hombres. Tal vez no te lo creas, pero realmente sé cómo quitarme a un pesado de encima.

—Tal vez —agitando la cabeza lentamente, acarició la mano de ella con el pulgar y la suavidad que sintió le subió por el brazo como

un río de electricidad—.

Pero no quiero que te miren de esa manera. No quiero que piensen lo que sé que están pensando.

Cuando Alaina se quedó mirándole, anonadada, DJ se sintió como un tonto. Se preguntó en qué demonios estaba pensando. Nunca antes le había dicho nada parecido a ninguna mujer y no tenía ningún derecho a decirlo en aquel momento. No cuando no le estaba ofreciendo nada a cambio.

Pero… ¿y si lo hacía? La deseaba y quería su rancho. ¿Quién había dicho que no podía tener ambas cosas?

Cuando Stacy apareció de repente con sus bebidas, D J bendijo a la camarera por ser tan oportuna y por continuar su profunda conversación sobre criar a los niños con Alaina hasta que la comida estuvo preparada. Aquello le dio a Alaina, y a él, tiempo para fingir que él no había complicado su relación.

Mientras estuvieron cenando, mantuvieron una conversación superficial. Ella le dijo que se lo había pasado muy bien en Bridle Peak. Le había gustado mucho la gente que había conocido y les había comprado regalos a su madre y a sus hermanas.

Para cuando volvieron al rancho ya estaba oscuro. DJ llevaba la radio tan alta como para evitar que hablaran de nuevo. Se figuraba que ya había dicho demasiadas cosas y, en realidad, lo que de verdad quería no era tener una conversación. La tensión a la que había estado sometido a lo largo del día le había puesto nervioso y la mejor manera de relajarse era en la cama, con Alaina desnuda debajo de él.

Como estuvo pensando en eso durante casi todo el camino de regreso, al llegar al Rocking B y aparcar la camioneta, tenía el sexo erecto. Salió y se dirigió a abrirle la puerta a Alaina, pero ésta se le adelantó, salió del coche y, con las bolsas de las compras en las manos, se apresuró a adentrarse en la casa. Frunciendo el ceño, él la siguió. Subió a la planta de arriba para descubrir que ella se había metido en su habitación, cerrando la puerta tras de sí. DJ frunció aún más el ceño y levantó un puño como para golpear algo. Pero en vez de hacerlo, maldijo y se fue a su propia habitación. Se sentó en el borde de la cama, se sacó la camisa por fuera de los pantalones y se quitó una bota. La tiró por la habitación y sintió un poco de satisfacción cuando ésta hizo un ruido sordo al ir a parar contra la puerta del vestidor.

¡Maldita sea! ¡La había asustado! Sin querer, había dado a entender que quería una relación en exclusiva con ella. Y teniendo en cuenta que en una semana ella se marcharía, no sabía por qué había hecho eso. Se quitó la segunda bota y fue a tirarla también, pero se detuvo cuando algo se movió en la puerta. Se dio la vuelta y se quedó sin respiración cuando vio a Alaina allí de pie, con un camisoncito

negro de encaje.

Se le cayó la bota al suelo, así como su mandíbula.

—A ti también te he comprado algo —dijo ella, acercándose a él.

Capítulo 9

Alaina nunca antes había seducido a un hombre. Antes ni lo había considerado.

Esperaba desesperadamente que la impresión que tenía DJ reflejada en la cara, y su boca abierta, significaran que estaba haciendo lo correcto.

Cuando se le resbaló la bota de la mano y cayó al suelo, pensó que era una buena señal. A pesar de los nervios que le subían desde la punta de los dedos de sus pies descalzos, logró acercarse a DJ sin que se le chocaran las rodillas.

—¿Te gustaría desenvolverlo? —susurró, acercándole un pequeño paquete.

—¿Qué? —a D J se le quebró la voz y tragó saliva con fuerza.

—Tu regalo —Alaina se acercó aún más a él. Pudo ver cómo la pasión se reflejaba en sus ojos al ver el escote de su camisón—. ¿Te gustaría abrirlo?

DJ observó el lazo de raso que sujetaba el camisoncito en la parte delantera.

Cuando fue a acercarse a ella, ésta se apartó y le mostró de nuevo su regalo, ya que era obvio que él ni siquiera se había dado cuenta del paquete. Tardó un tiempo en percatarse de él. Entonces la miró y levantó una ceja, debatiéndose entre ir a por el paquete más pequeño o el más grande. Ella contuvo la respiración y se preparó por si se movía repentinamente.

Pero no lo hizo. Simplemente continuó mirándola a los ojos y tendió la mano hasta que ella le colocó el regalo en la palma.

DJ no se preocupó en ser delicado, desgarró el papel de regalo y levantó la tapa para poder mirar dentro.

—Es un monocular —dijo ella—. Lo suficientemente pequeño como para que quepa en un maletero. Pensé que te gustaría llevarlo contigo cuando subas a la cumbre de la colina.

DJ se quedó mirando el regalo y su mirada se dulcificó durante un momento…

hasta que volvió a mirarla.

—Alaina —dijo con dureza, apartando el regalo—. Ven aquí.

La fiereza que reflejaban sus ojos y la dura mueca que esbozó con su mandíbula le hicieron difícil a Alaina hasta respirar. No sabía cuáles eran las reglas de la seducción; si una verdadera mujer fatal entraría a matar o flirtearía durante un poco más de tiempo. Pero ella ya estaba sintiendo un cosquilleo por la piel al pensar en que él la tocara; tenía los pechos duros y expectantes ante la idea de ser

acariciados por sus manos y su boca. Al acercarse aún más a él, pensó que si había reglas, al demonio con ellas.

Se quedó de pie delante de él, con el corazón acelerado. Puso las manos en sus hombros e hizo que se sentara para poder ella sentarse encima. Él le acarició las caderas para después agarrar su trasero. Al darse cuenta de que llevaba una malla, la agarró con más fuerza y la tensión que acumulaba su cuerpo se traspasó al de ella.

Alaina respiró agitadamente y al sentir la textura de las callosas manos de él sobre su suave piel sintió cómo el fuego le recorría las venas. Despacio, acercó la boca a la de él y le acarició el labio inferior. Estuvo un rato saboreándole y mordisqueándole, hasta que tembló de necesidad. Abrazándole por el cuello, lo atenazó con las piernas alrededor de la cintura y lo besó más profundamente. Gimió cuando él la acercó más hacia sí, hasta que su erección presionó íntimamente entre sus muslos. Ella se retorció contra él, lo quería dentro de ella, pero el encaje negro y los pantalones vaqueros los mantenía apartados.

Las emociones la sobrepasaron. Eran sentimientos que no podía explicar, pero sí demostrar, a DJ Su mente le había advertido de que no esperara más que aquello, pero su corazón no había escuchado. Lo amaba. En aquel momento él era parte de ella y, pasara lo que pasara, siempre lo sería.

Le desabrochó los botones de la camisa para poder introducir la mano y acariciar su piel. Pudo sentir cómo sus músculos se pusieron tensos y cómo se endurecieron cuando ella bajó la mano y le desabrochó el pantalón. El deseo se apoderó de ella, le nubló la vista y la urgencia por tenerlo, así como la necesidad, se hicieron más intensas.

Se echaron de espaldas en la cama y el pelo de ella cubrió los hombros de DJ Se puso encima de él y sintió cómo un gran escalofrío le recorría el cuerpo como nunca antes lo había hecho. Pensó vagamente que era amar. El amor le había hecho hacerse más fuerte, completa.

Lo miró a los ojos, tomó el lazo de satén que sujetaba su camisoncito y lentamente tiró de uno de los lados. Observó cómo le miraba los pechos. Cuando el lazo se abrió por completo y ella se colocó las manos en el estómago, oyó cómo DJ

tomaba aire profundamente, sintió cómo se estaba conteniendo. Él no se movió.

Simplemente la observó y la fiera necesidad que reflejaban sus ojos le dio a ella coraje. Se acarició la tripa, las costillas, los pechos y entonces levantó los brazos hasta que el camisón resbaló por su cuerpo.

Él la acercó hacia sí. Ella cerró los ojos cuando él le acarició los

pechos, sintió como si estuviera flotando en una ola de calor y cuando la boca de DJ sustituyó a sus manos, ella se arqueó. Estaba segura de haber gritado su nombre. Oyó un gemido distante, de él, suyo, no sabía, tras lo cual retozaron otra vez y él la penetró. Estaba dentro de ella, donde ella quería tenerlo, donde lo necesitaba.

El placer la hizo estremecerse salvajemente, para después estallar, inundando todo su cuerpo cuando ella ya no pudo más. Sujetándolo firmemente, hizo que él la acompañara.

DJ tardó bastante en poder respirar y aún más en moverse. A su lado, Alaina estaba tumbada inmóvil, excepto por el movimiento agitado de su pecho. De alguna manera, DJ sacó fuerzas de donde no las tenía y la abrazó.

—Guau —dijo con la voz ronca.

Sintió la sonrisa que esbozó ella en sus hombros.

Tenían los cuerpos empapados en sudor, todavía agitados por la intensidad con que habían hecho el amor. Ambos estaban desnudos y a él le llevó un momento recordar cómo habían llegado a ese estado.

¡Le debía una malla!

No sabía qué decir. Nunca antes había experimentado algo parecido. No estaba ni siquiera seguro de saber qué, aparte de lo que era obvio, había pasado. Estaba completamente desconcertado, pero… ¿por qué debía sorprenderle? Había estado desconcertado desde el mismo momento en que la había conocido.

La pregunta era qué iba a hacer para remediarlo.

Cuando ella presionó sus labios contra su pecho, D J decidió que no necesitaba una respuesta en aquel momento.

—¿Estás bien?

—Dímelo tú —Alaina le mordisqueó la piel.

—Yo diría que mejor que bien —riéndose entre dientes, DJ la abrazó más estrechamente.

—Buena respuesta —ella se acurrucó en sus brazos, moviendo sus cálidos dedos en su pecho—. También tú has estado mejor que bien.

—¿De verdad?

Alaina gimió cuando DJ la puso debajo de él. La besó apasionadamente, tiernamente, hasta que pudo sentir cómo se derretía de nuevo. Entonces levantó la cabeza y la miró.

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por mi regalo.

Alaina esbozó una sonrisa.

—¿Por cuál regalo?

—Por ambos —D J le acarició la mejilla para después acariciarle la boca. Quería decirle lo que ambos regalos significaban para él, pero no encontraba las palabras con que hacerlo—. En cuanto quieras ir de

compras de nuevo, dímelo.

—Lo haré.

Cuando él se acercó para volver a besarla, sintió cómo el calor le recorría las venas y antes de dejar de ser capaz de pensar, se preguntó cómo demonios iba a dejar escapar a aquella mujer.

La luz de la luna brillaba sobre la copa de los árboles, esparciendo reflejos plateados sobre las altas ramas. El perfume a jazmín se apoderó de la fría noche, llevando consigo el sonido de un ruiseñor. La paz se adueñó del bosque, con la misma delicadeza que los susurros de amor de dos amantes y con tanta suavidad como una bufanda de seda.

Se sentó al lado del fuego y se calentó las manos sobre las llamas. La satisfacción se apoderó de ella; pertenecía a aquel lugar, con la noche, con el fuego.

Entre las sombras, los Elders observaban y ella sintió la aprobación que sentían.

Estaba segura de que su amante llegaría en poco tiempo. Nunca había visto su cara, pero siempre había sabido que él era El Hombre. Había estado esperándole durante toda su vida y la excitación se apoderó de ella. Estaba deseando que la abrazara.

La brisa hizo moverse las copas de los árboles e hizo susurrar a los arbustos.

Oyó que las hojas crujían y sonrió. Se dio la vuelta, impaciente por estar en los brazos de su amante.

Pero allí no había nadie.

El aire se volvió helado y ella se estremeció. En ese momento el lobo salió de la oscuridad, haciendo que ella se pusiera rígida. Se acercó a ella… la sangre le goteaba de los colmillos. Asustada, se echó para atrás, con una mano en la garganta y la otra en el corazón. Desesperada, quería salir corriendo, pero el pánico le impedía moverse…

—¡No! —gritó cuando el lobo se echó para atrás y saltó—. ¡No!

—Tranquila, Alaina —DJ le sujetó los brazos que tenía aferrados al pecho—. Es sólo un sueño, pequeña. Sólo un mal sueño.

Ella parpadeó, observó la oscura habitación y recordó dónde estaba. Estaba en la habitación de DJ, en su cama. Sólo había tenido un sueño. Cerró de nuevo los ojos, aliviada. Gracias a Dios.

—Estás temblando —DJ la acercó hacia él, presionando sus labios en su frente

—. Todo está bien. Yo estoy aquí.

—Lo siento —Alaina hundió la cabeza en el hombro de él, avergonzada, pero emocionada por la ternura con la que la estaba acariciando—. No pretendía despertarte.

—No me importa —con cuidado, le acarició la espalda—. ¿Quieres hablar sobre ello?

¿Hablar sobre ello? Se dio cuenta de que nunca le había contado a nadie sus sueños. Oyó cómo le latía el corazón bajo su oreja, sintió la calidez de su piel y la fuerza de sus músculos. La cercanía de DJ calmó sus irritados nervios y se relajó en sus brazos.

Quizá si sólo hubiese sido un sueño, una simple pesadilla, podría haberla compartido con él. Pero no lo era; dentro de sí sabía que no lo era. Y eso la asustaba aún más que el sueño en sí.

Desde el principio, había sabido que los tambores habían sido una advertencia.

Una advertencia que había ignorado tontamente.

—Ya estoy bien —no quería pensar más sobre los sueños. Lo único que le importaba era aquel momento. Apretando la boca contra el musculoso pecho de DJ, saboreó la sal de su piel… y su propio deseo—. Realmente no me apetece hablar.

—Está bien —a DJ le dio un vuelco el corazón cuando ella comenzó a acariciarle en dirección a su sexo—. Entonces sólo quieres volver a dormir.

Alaina negó con la cabeza mientras que su boca comenzó a seguir el rastro que su mano había dejado.

—De repente me siento con mucha energía.

—¿Sí? —DJ respiró profundamente—. Así que… ¿qué quieres hacer?

Sonriendo, Alaina le besó el borde del tórax y se movió más para abajo.

—¿Por qué no te lo enseño?

La experiencia le había enseñado a Alaina que los caballos, sobre todo los sementales, podían llegar a ser unas criaturas muy impredecibles. Ningún elemento de la preparación era más importante que la confianza y, hasta que ese vínculo no estuviera completado, sabía que tenía que estar pendiente de todo en todo momento.

Nunca debía dar por sentado el comportamiento de ningún animal.

Le parecía que los hombres no eran muy diferentes.

Sonrió al pensar aquello, apretando la silla de montar de Santana y dándole al caballo unas palmaditas amistosas antes de poner la bota en el estribo y subirse en la silla.

—Tranquilo —sintió en los músculos de Santana cómo se ponía tenso y. cómo temblaba. Sabía que estaba ansioso por correr—. Éste es mi chico.

Tomando las riendas, le dio tiempo al semental para tranquilizarse mientras que ella observaba a su alrededor. Vio a uno de los muchachos trabajando con un caballo castaño en el corral de al lado de los establos. Y en otro corral próximo, Bobby estaba ejercitando a un caballo castrado. Pensó que sólo le quedaban dos días

de estar allí. Dos días más y se marcharía.

Sabía que era un error permitirse pensar que tal vez DJ y ella tuvieran futuro.

Pero había estado viendo algo reflejado en los ojos de él durante los días pasados y había sentido algo en sus caricias y, tonta de ella, se había permitido soñar, se había atrevido a pensar que quizá le fuese a pedir que se quedara. Le aterrorizaba igualmente pensar tanto que no se lo pediría como que sí lo haría. Porque si lo hacía, le tendría que decir la verdad sobre sí misma.

Nunca se lo había dicho a nadie que no perteneciera a su familia. Nunca antes había querido hacerlo. Nunca antes de conocer a DJ.

Al oír a los perros ladrando, excitados, se dio la vuelta y vio que DJ llegaba, montando a caballo, junto con Judd y otros dos muchachos. Llegaban de los pastos.

Como siempre, le dio un vuelco el estómago al verlo y se le aceleró el pulso. Lo observó, grabando la imagen en la mente, deseando poder ser capaz de recordar cada detalle… las arrugas que se le marcaban a los lados de los ojos cuando fruncía el ceño, la dura expresión que esbozaba con la mandíbula cuando estaba enfadado, los hoyuelos que tenía a ambos lados de la boca, que se hacían más pronunciados cuando sonreía. Desde luego que había otros detalles, más íntimos; cómo la tocaba con sus labios, el sabor de su piel, cómo la acariciaba. Había guardado bajo llave todos aquellos recuerdos en su mente y en su corazón.

Cuando Santana dio unos brinquitos, Alaina volvió a centrar su atención en el caballo. Aunque todavía estaba un poco asustadizo, el semental se había curado completamente, por dentro y por fuera. Le acarició el cuello, segura de que en un futuro tendría trofeos colgados en él y de que tendría muchos potrillos. Esperaba poder verlos algún día.

—¿Tú qué dices, chico? —presionándole un poco con la rodilla, hizo que el caballo se dirigiera hacia el camino del río—. Vamos a dar un paseo.

Haciendo que Santana galopara, le guió por los árboles de detrás de la casa de DJ, decidiendo que ambos podrían darse una buena carrera. Cuando llegaron a una pradera abierta, dejó que el caballo decidiera por dónde ir. Éste se dirigió al frente, cabalgando con fuerza, haciendo que la suciedad flotara en el aire. Corrió como un rayo por la tierra, dejando atrás un roble y rodeando un afloramiento de rocas, tras lo cual se dirigió hacia el río.

Llena de júbilo, Alaina gritó. Había montado cientos de caballos, pero ninguno había sido más espléndido que aquél. Se echó hacia delante en la silla de montar, ignorando los mechones de pelo que se le habían salido de la trenza y que le daban en la cara. Siguieron

cabalgando entre el intenso aroma a flores que había en el cálido aire del atardecer. En el cielo, de un azul profundo, había unas ligeras nubes blancas.

Pensó que era un día perfecto. Hizo que el caballo comenzara a detenerse cuando llegaron al río. El sol se reflejaba en el agua como un diamante y el ganado pastaba por las laderas. La tranquilidad que imperaba en aquel lugar sólo se rompió por los distantes ladridos de Taffy y Baxter y por el agudo silbido de DJ.

Otro momento para amarse y abrazarse, otro momento para recordar…

Se detuvieron en el borde del agua, donde el río era más estrecho y poco profundo. Hacía tres días, cuando por primera vez había sacado a Santana del corral, DJ había ido cabalgando con ella hasta aquel lugar. Se habían sentado bajo la sombra de un árbol mientras que sus caballos pastaban en la hierba. El le había contado que su padre le había llevado a pescar a aquel lugar cuando era un niño, que a veces su madre les acompañaba y se sentaba en la orilla del río, con un libro y un termo de limonada helada.

Alaina observó la orilla del río y se imaginó a la mujer allí sentada, leyendo su novela de Dick Francis, mirando para arriba frecuentemente para sonreír a su marido y a su hijo, dándoles ánimos. Pudo sentir el amor que todavía en aquel momento se percibía en aquel lugar. Pero entonces la imagen se hizo borrosa y lo que vio fue su propia cara en vez de la de la madre de DJ Se vio a sí misma observando a DJ, más mayor, y a un chico riéndose mientras que enrollaban a un pez plateado. El hijo de ambos.

Se dio cuenta de que se estaba haciendo ilusiones. Era un pensamiento muy peligroso. Maldiciendo su estupidez, dirigió a Santana hacia la sombra que daban los árboles. Sentía como si siempre hubiese conocido aquel lugar, el rancho, la tierra.

Cada árbol, cada brizna de hierba, cada roca. Le dolió el pecho al pensar que se tenía que marchar y no pudo evitar el nudo que se le hizo en la garganta ni que se le humedecieran los ojos.

«Dile que le amas», le susurró una pequeña voz en su mente. Pero negó con la cabeza. No era lo suficientemente valiente. Estaba segura de que se moriría si él no le respondía lo mismo.

Apartó las lágrimas y se dio cuenta de que se le había escapado de las manos la rienda izquierda. Suspirando, se puso de pie en los estribos y se agarró a la silla de montar para ayudarse a bajar del caballo.

Ya había soltado las riendas cuando Baxter y Taffy aparecieron de entre la maleza persiguiendo a un zigzagueante conejo.

Santana se asustó y alzó sus patas delanteras, haciendo que Alaina se golpeara el hombro con su cuello, provocando que cayera de la silla

de montar. Como sabía que no podía evitar caer al suelo, trató de hacerlo lo mejor posible. Cuando cayó, oyó cómo Santana pataleaba con sus patas traseras y se oyó un nauseabundo sonido de huesos rompiéndose.

Pero no fueron los de Alaina, sino los de Baxter.

El perro aulló mientras volaba por los aires para después caer al suelo con un ruido sordo. Tenía el cuerpo mustio y rígido. La sangre le brotaba de la cabeza y se quedó allí tumbado, con los ojos cerrados y sin moverse.

«No, por favor, Dios, no».

—Baxter —gritó ella mientras trataba de levantarse, apoyándose sobre el hombro, ignorando el dolor que le recorrió por éste y las estrellas que vio en sus ojos.

Se hubiera agarrado de la silla de montar de Santana para ayudarse a levantarse, pero el caballo, nervioso, se había alejado.

Poniéndose en pie a duras penas, Alaina se tambaleó hacia el animal herido, llamándole, rezando para que por lo menos abriera los ojos, que pudiera llegar a él antes de que fuera demasiado tarde. Gimoteando, Taffy se arrastró hacia Baxter, con la cabeza gacha, las orejas para atrás y olfateando nerviosa el olor a sangre.

—¡Alaina!

Ella oyó la voz de DJ y el sonido del caballo que éste montaba galopando, pero ni levantó la cabeza. Se tiró al suelo al lado de Baxter y puso las manos en el pecho del animal, sintiendo el breve destello de vida que había entre el pelo y la piel de éste.

«No te mueras», pensó, acariciando al perro. «No se te ocurra morirte».

Cerrando los ojos, sabía que iba a tener que poner todo de su parte si iba a ayudar a aquel animal. Dejó que la calma se apoderara de ella, cálida y tranquilizadora, sintió cómo tomó fuerza y se extendió por sus venas. La vibración aumentó y, como siempre había ocurrido, tomó vida propia. No hizo ningún intento por controlarla. Sabía que aunque quisiera no podría hacerlo. Ella era simplemente un conducto para la energía que le recorría el cuerpo, un cauce para la energía que nunca había pedido tener y que nunca había entendido.

Oyó el latido de un corazón, que se hizo más fuerte y más sonoro. Era el latido del corazón de Baxter. Tenía la mente en blanco y oyó cómo DJ la llamaba en la distancia. Sintió cómo se acercó a ella y cómo la tocaba, pero ella no abrió los ojos ni se movió. Sabía que iba a tener que soportar las consecuencias de que él hubiese presenciado todo aquello. Pero eso sería después. En aquel momento, sólo podía seguir el curso de los acontecimientos.

Cuando oyó un gimoteo, no sabía si era Taffy o Baxter, pero entonces sintió cómo Baxter se movía bajo sus manos y respiraba

profundamente. Tras ello, sintió cómo el animal tembló. Se hizo oscuro y su mente se despejó poco a poco. Sintió cómo le besaba la mano y entonces el perro la abrazó.

Abrió los ojos y Baxter le dio la bienvenida lamiéndole la mejilla. La alegría le recorrió el cuerpo e hizo que su corazón diera un vuelco. Sonriendo, abrazó a su vez al animal y sintió cómo Taffy se acercaba para lamer la cara de Baxter.

Pero su euforia duró poco. Cuando se dio la vuelta para mirar a DJ pudo ver la incredulidad que reflejaba su mirada. Estaba impresionado. Se quedó mirándola sin decir nada, sin moverse. Ella quería explicar todo aquello y sabía que no tenía mucho tiempo. Pero incluso al decir su nombre, al pasarlo mal al tratar de encontrar las palabras adecuadas, supo que ya era demasiado tarde.

Se estaba haciendo todavía más oscuro y aquella oscuridad se apoderó de ella; la agarró firmemente, apretándola con fuerza hasta que la dejó sin aliento.

Al despertarse, despacio, Alaina oyó el sonido constante de un pitido y se percató del olor a antiséptico.

Estaba aturdida y tenía un espantoso dolor de cabeza. Sabía que se le pasaría rápido, como harían las náuseas que estaba sintiendo. Se dejó llevar por aquellas sensaciones desagradables de la misma manera con la que se dejaría llevar por una ola. Y cuando finalmente chocó contra la arena, abrió los ojos.

¿Dónde estaba…?

Aquella habitación poco iluminada estaba vacía y sin cuadros en las paredes.

Había una televisión en la pared, con la pantalla en negro. Oyó una voz de hombre lejana, a una mujer contestando y luego un timbre.

Estaba en el hospital.

Baxter. Recordó al animal enseguida y contuvo el gemido que se apoderó de su garganta. Parpadeó para apartar la neblina que sentía. Se había desmayado antes de ser capaz de decirle a DJ lo que iba a pasar; que no se tenía que preocupar. Que estaría bien una vez hubiera dormido.

De todas maneras, dudaba que fuera a creerla. Hubiese parecido que estaba loca.

Entonces lo vio, de pie al lado de la ventana, mirando la oscuridad, con los hombros rígidos y esbozando una dura expresión con la mandíbula. ¿Cómo iba a ser capaz de explicar lo que había pasado? Trató desesperadamente de encontrar las palabras adecuadas y, todavía tratando de encontrarlas, vio cómo él la miró por encima del hombro. Entonces la miró a los ojos y se dio la vuelta hacia ella despacio.

—¿Estás bien?
—Sí —Alaina tenía la garganta seca y la voz ronca—. DJ…
—Voy a ir a por el médico.
—No —ella se sentó en la cama, pero lo hizo demasiado deprisa y la habitación comenzó a darle vueltas en la cabeza—. No, por favor. Dame un minuto. Eso es todo lo que necesito. Un minuto.
Se apretó la sien con los dedos y esperó durante un momento a recuperar el equilibrio.
—¿Durante cuánto tiempo he estado inconsciente?
—Durante cinco horas —DJ permanecía al lado de la ventana—. Te traje al pueblo justo después de… —hizo una pausa y frunció el ceño—. Busqué el teléfono de tu hermana en tu teléfono móvil y la he telefoneado.
Alaina asintió con la cabeza y dio mil gracias de que hubiera llamado a Kiera y no a Trey.
—¿Qué te ha dicho?
—No mucho —le espetó DJ—. Sólo que te debía dejar dormir y que estarías bien cuando te despertaras en unas pocas horas.
—Estoy bien —incluso el dolor de cabeza había desaparecido y apartó la sábana
—. ¿Dónde está mi ropa?
—¿Que dónde está tu ropa? —dijo DJ con dureza. Dio un paso hacia ella y luego se detuvo—. ¿Me das el susto de mi vida y luego me preguntas que dónde está tu ropa?
—DJ, ya estoy bien —dijo ella, pero la distancia que mantenía DJ la estaba asustando—. ¿Nos podemos marchar?
DJ negó con la cabeza.
—No hasta que no me expliques qué demonios pasó ahí fuera esta tarde.
—¿Está Baxter bien? —preguntó, queriendo evitar la pregunta de DJ casi tanto como quería saber cómo estaba el perro.
—De eso es de lo que quiero hablar, Alaina —se quedó mirándola, con una mezcla de confusión e incredulidad—. Baxter está estupendo, apenas tiene unos rasguños. Santana le dio una patada en la cabeza y le hizo volar por los aires. Un animal no se levanta y baila tras haber sufrido un golpe como ése.
—Quizá sólo fue un rasguño —dijo ella débilmente.
—Quiero saber qué fue lo que hiciste.
—No sé cómo decírtelo —Alaina tomó aire y lo soltó despacio—. ¿Cómo voy a explicar algo que ni yo entiendo?
—Inténtalo.
Alaina se echó para atrás en la cama, mirando al techo.
—Es simplemente parte de mí. Quien yo soy. Cuando hay un animal herido, tengo que ayudarlo, tocarlo y entonces simplemente

ocurre.

—Ocurre— DJ, frunció el ceño—. ¿Qué demonios ocurre?

—Lo que ocurre es lo siguiente… —susurró Alaina—. Es como una clase de energía que se mueve por mi cuerpo, una sensación que altera y restablece el equilibrio.

—¿Me estás diciendo que eres una curandera?

Alaina se estremeció ante aquellas palabras tanto como ante el frío brillo de los ojos de DJ.

—Si necesitas ponerle una etiqueta, entonces sí —levantó la barbilla y le miró a los ojos—. Sí, eso es lo que soy.

DJ se quedó mirándola durante largo rato, para a continuación darse la vuelta y dirigirse de nuevo a la ventana.

—¿Lo has usado conmigo?

Ella tuvo que tragar el nudo que tenía en la garganta antes de poder responder.

—No, no lo usé contigo.

—Aquel primer día que te conocí, cuando Santana me hirió el brazo con su casco… algo pasó, ¿no es así?

—Nunca antes me había ocurrido algo así, DJ —dijo ella en voz baja—. Nunca con una persona. Pero cuando te toqué, sí, algo pasó.

—¿Así que también sabes lo que estoy pensando? ¿Y lo que siento? ¿Si me voy a ir de viaje o si voy a ganar la lotería?

—Pues claro que no. No soy vidente, DJ.

—Santana… —DJ se pasó una mano por el pelo—… el gatito, Baxter. Tú…

—Los ayudé —terminó de decir ella al ver que él dudaba—. Sí, lo hice. No siempre puedo ayudar a un animal que está herido, sobre todo si es demasiado tarde, pero si puedo hacerlo, lo hago.

—No me lo creo. Lo he visto, pero no me lo creo —como si fuera un animal enjaulado, D J comenzó a andar por la habitación—. ¿Cómo habéis logrado tu familia y tú mantenerlo oculto?

—Tenemos que hacerlo —Alaina suspiró, recordando todas las veces que había tenido que explicar la increíble recuperación de un animal y todas las veces que no había sido capaz de ayudar porque había alguien mirando—. El escándalo en el que vivimos rodeados por el comportamiento de mi padre ya es suficientemente malo. Lo último que necesita mi familia es este tipo de atención.

Cerró los ojos y se restregó la sien, tratando de acabar con la molesta sensación de sentir en ella los latidos de su corazón.

—¿Crees que me gusta ser diferente al resto de mujeres… ¡demonios! … del resto de la gente? Yo no elegí esto, DJ, esto me eligió a mí. Lo acepto. Siento no habértelo dicho, DJ —dijo en voz baja—. Debía haber confiado en ti.

—No, Alaina… —una voz profunda y familiar se oyó desde la

puerta—… no debías haberlo hecho.

—¿Trey? —aturdida, Alaina observó cómo su hermano entraba en la habitación. Miró a D J y frunció el ceño—. ¿Le…?

DJ negó con la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Trey con dureza.

—Sí, claro que estoy bien —Alaina pudo ver la preocupación que reflejaban los ojos de su hermano y el enfado que estaba conteniendo. Rezó para que no fuese a montar una escena—. ¿Pero qué haces aquí? ¿Cómo…?

—No he sabido nada de ti durante un par de días, así que llamé a Kiera. No tardé mucho en darme cuenta de que algo marchaba mal y en hacer que me dijera la verdad.

—Trey…

—Ya hablaremos más tarde —dijo Trey, tras lo cual miró a DJ—. ¿Se lo vas a decir tú, Bradshaw, o se lo digo yo?

D J esbozó una dura expresión con los labios.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Trey, por favor —dijo Alaina. La tensión se había apoderado de la habitación.

Tenía que parar aquello antes de que se les escapara de las manos a los dos hombres

—. Si me dejaras…

—Entonces se lo diré yo —dijo Trey, que no dejaba de mirar con frialdad a DJ

—. Este hombre en el que crees que debías haber confiado no sólo quería comprarnos un caballo, Alaina. Quiere también nuestro rancho.

Alaina miró a DJ Aquello era absurdo. Nunca le había dicho nada sobre comprar Stone Ridge Stables. Trey tenía que estar equivocado.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó DJ con brusquedad.

—Conozco a algunas personas —dijo Trey—. Y ellos conocen a otras personas a su vez. Las cosas se saben. Parece que has estado comprando discretamente ranchos pequeños por todo el sur de Texas.

—¿DJ? —conteniendo la respiración, Alaina esperó a que DJ negara aquello, preguntándose por qué no lo había hecho ya. Cuando no lo hizo, supo que era verdad. ¡Dios! Era verdad.

¡Qué idiota era! No se había cuestionado por qué un hombre con el dinero y el poder de DJ había ido personalmente a comprar un caballo a Stone Ridge Stables, o por qué había querido que ella fuera a terminar la preparación de Santana en su rancho. Cuando ella misma le había pedido que no se lo dijera a Trey, se había puesto en sus manos.

Aquello le rompió el corazón.

—Trey, ¿me podrías dejar un momento a solas con DJ, por favor?

Cuando Trey dudó, ella le imploró con los ojos que los dejara.

Éste le dirigió una amenazante mirada a D J antes de marcharse de la habitación.

—Durante todo este tiempo… —dijo ella en voz baja—… lo que querías era Stone Ridge Stables.

—Tenía preparada una oferta por tu rancho, sí —dijo DJ, sin dar ningún tipo de disculpas.

—¿Realmente pensaste que trayéndome al Rocking B y acostándote conmigo influiría en nuestra decisión de vender?

—¡Maldita sea, Alaina! —dijo él entre dientes—. Una cosa no tiene que ver con la otra.

El hecho de que él realmente creyera eso sólo le destrozó más el corazón.

—Es extraño, pero para mí sí que tiene relación. Pero claro… ¿qué sé yo sobre estas cosas? Yo no salgo mucho.

D J maldijo de nuevo y fue a acercarse a ella, pero Alaina le indicó con la mano que no lo hiciera.

—Me voy a marchar ahora, con Trey. Te agradecería que me dejaras ir a tu rancho primero, sin que estés tú, para recoger mis cosas. Sería más fácil de esa manera. Para todos.

—No vamos a dejar las cosas así, Alaina —dijo él con dureza.

—Sí, DJ Yo sí —se bajó de la cama y se puso rígida cuando pisó con los pies descalzos el frío suelo de baldosas—. Ahora, si no te molesta, me gustaría vestirme y marcharme.

A DJ le saltó un músculo en la mandíbula y a Alaina se le detuvo el corazón cuando pensó que él iba a agarrarla, ya que estaba segura de que se derrumbaría si lo hiciera.

Pero el momento pasó y él simplemente se dio la vuelta y salió de la habitación.

Cuando estuvieron a punto de fallarle las rodillas, se apoyó en la cama para mantenerse erguida.

—No pienses —se dijo a sí misma—. No sientas.

Sintió cómo un río de hielo le recorría el cuerpo. Agradeció el aturdimiento que sentía en aquel momento, ya que sabía que el dolor llegaría después.

Capítulo 10

Siempre había trabajo que hacer en un rancho y, durante los siguientes dos días, DJ se impuso la misión de hacerlo todo él.

Ese día se había levantado mucho antes de que saliera el sol y había ido a pasar la mañana en la zona noreste del Rocking B, comprobando el estado de las vallas.

Después se dirigió hacia los pastos de la zona norte. Por la tarde trasladó una pequeña manada de ganado hacia unas tierras más altas. Pero una testaruda vaca le había dado problemas, ya que no quería ir con el grupo y, tras una dura lucha, por fin logró mantenerla bajo control.

Cabalgó por la orilla del río donde había pasado la tarde arreglando una bomba en un molino de viento. El trabajo era lo único que parecía ayudarle a apartar de la mente sus pensamientos sobre Alaina. Aunque aun así, frecuentemente se colaban en su cabeza, normalmente en el peor de los momentos. Sus distracciones le habían costado magullarse un tobillo, una profunda herida al rasgarse con una alambrada y un bulto en la espinilla del tamaño de una nuez… a consecuencia de que se le había caído un yunque que había estado moviendo.

Le daba la bienvenida al dolor físico, ya que sabía cómo sobrellevarlo mucho mejor que el nudo que tenía en el estómago o que el dolor que tenía en el pecho.

Se convenció a sí mismo de que estaba contento de que ella se hubiese marchado de la manera que lo había hecho. No había habido despedida con llantos ni acusaciones enfurecidas. Ella simplemente se había marchado.

Y si él se había quedado en el pueblo aquella noche y se había tomado demasiadas cervezas… ¿qué? Ella se había querido marchar sin dejar que él se explicara. Nunca antes se había explicado o había explicado sus negocios a ninguna mujer y no iba a comenzar a hacerlo en aquel momento. Y si a la mañana siguiente, cuando había regresado al rancho, había sentido un pinchazo en el corazón al ver que la camioneta de Alaina ya no estaba… tal cosa tampoco significaba nada.

Hizo que su caballo cabalgara más despacio al acercarse al afloramiento de rocas que había en la orilla del río. Casi podía ver las copas de los cipreses desde aquella posición y, una vez más, por centésima vez, la imagen de Alaina arrodillada junto a Baxter se apoderó de su mente. Pudo ver las manos de ella sobre el pecho del perro, sus ojos cerrados, su cara muy concentrada pero tranquila. Él

había pensado que ella también había resultado herida y nunca antes había sentido que el miedo se apoderara de él de aquella manera. Cuando ella se desmayó, él había tratado de buscar heridas en su cuerpo, pero no había encontrado nada. La llevó al hospital como alma que lleva el diablo. La registró antes de pararse a pensar que tenía que llamar a su hermana.

Cuando Kiera le había dicho que esperara, que Alaina se pondría bien, DJ

hubiese querido gritarle. ¿Cómo iba a estar bien? Se había desmayado. Y después de lo que había hecho…

¡Oh, demonios! No podía comprender qué había pasado.

Ella había dejado dos notas cerradas en la mesa de la cocina. Una para Dottie y otra para Bobby. Nada para él.

¡Él no le había mentido, maldita sea! Simplemente había querido comprar su rancho, pero eso eran negocios, nada más.

La frustración que de nuevo se apoderó de él hizo que mandara a Sergeant que volviera a correr. Logró, a duras penas, no pensar en Alaina hasta que se acercó al rancho, pero cuando Baxter y Taffy salieron a su encuentro, ladrando para saludarle, allí estaba el recuerdo de ella de nuevo; en el alegre ladrido de Baxter y en la tonta manera de correr de Taffy.

El recuerdo de Alaina estaba en todos lados y le estaba volviendo loco.

Los perros le siguieron hasta el granero y Baxter, que era mucho más precavido desde su accidente, mantuvo una gran distancia con las patas de Sergeant. DJ, suspirando, pensó que por lo menos el perro había aprendido algo tras haber recibido aquella patada.

Miró en los establos para ver si veía a Bobby y luego se bajó del caballo. Cuando Alaina había estado allí, el muchacho nunca había estado muy lejos. Pero desde que ésta se había ido, apenas lo veía.

Gritó para llamar al chico, pero entonces oyó cómo desde el establo de Santana alguien cantaba y se quedó helado.

Blue Bayou.

No era la voz de Alaina. Era la de Bobby, que desafinaba y erraba con casi toda la letra de la canción. Frunciendo el ceño, DJ entró en el establo y pudo ver cómo el muchacho cepillaba al semental mientras le cantaba en voz baja.

Se quedó de pie en la puerta del compartimiento del animal y frunció el ceño de nuevo. ¿No tenía ya suficiente con no poder sacarse a Alaina de la cabeza? ¿También tenía que oír aquella maldita canción?

—¿Estás cantando o es que ese caballo te está pisando? —dijo DJ con más irritación de lo que pretendía.

Bobby, que era por naturaleza bondadoso, simplemente sonrió.

—A Santana le gusta.

—¿Quién lo dice? —DJ observó cómo Baxter y Taffy metían sus narices en el compartimiento olfateando, pero les ordenó que no entraran y los perros se sentaron fuera.

—Alaina —Bobby se movió hacia las patas traseras del caballo—. En la nota que me dejó me decía que si Santana se ponía tenso o nervioso debía cantarle *Blue Bayou.*

Y cada vez que lo hago se tranquiliza.

—¿Qué te hace pensar que es por la canción en sí? ¿Crees que *Row, Row, Row Your Boat* no tendría el mismo efecto en él? —discutió DJ, cuando lo que realmente quería preguntar era qué más le había dicho Alaina en su nota.

—Lo he intentado con muchas otras, pero ésta es la perfecta —Bobby levantó la mirada, que reflejaba optimismo—. ¿Has tenido noticias suyas?

D J esbozó una dura mueca con los labios. Bobby era el único de los muchachos que no tenía el suficiente sentido común como para preguntar aquello.

—Encárgate de Sergeant —le espetó, entrando en el compartimiento—. Yo terminaré aquí.

—Claro, jefe —a regañadientes, Bobby le acercó el cepillo y se metió las manos en los bolsillos—. Si hablas con ella, ¿le podrías decir que un saludo de mi parte?

—Claro —dijo DJ entre dientes, esperando a que el muchacho se marchara antes de empezar a maldecir—. Ella se ha marchado. Tendrás que aceptarlo.

Cuando Santana resopló, DJ frunció el ceño y se dio cuenta de que Baxter y Taffy estaban todavía sentados en la puerta del compartimiento, mirándole atentamente.

—Dejad todos de mirarme como si yo fuese el tipo malo. Yo no le pedí que se marchara… fue decisión suya.

Cuando los perros bajaron la cabeza y Santana dio una patada en el suelo, DJ

maldijo de nuevo.

—Yo no le pedí que se marchara, maldita sea. ¡Yo no quería que se fuera!

Apretó el cepillo con fuerza y sintió tres pares de ojos observándole. Podía oír tan alto la pregunta que le retumbaba en la cabeza como si la gritaran con un megáfono.

¿Entonces por qué dejaste que se marchara'?

—Alaina, por el amor de Dios, vamos a llevarte a cenar, no al matadero,

¿podrías relajarte, por favor?

Sentada en el asiento trasero del coche del hotel, Alaina se quedó

mirando el paisaje y rezó para no vomitar lo poco que había comido en el Four Winds.

—Estoy tranquila.

—Bien —Kiera miró por encima de su hombro desde el asiento delantero—. Es por eso por lo que te estás agarrando con tanta fuerza al apoyabrazos, ¿no es así?

Alaina le dirigió a su hermana una fría mirada y centró su atención en el hombre que conducía el coche.

—Sam, le podrías decir a tu novia que debería tener más respeto por sus hermanos mayores y que agradecería un poco de tranquilidad antes de conocer a la gente a la que nuestro padre casi destroza la vida.

—Claro… —sonriendo, Sam miró a su futura esposa—. Dice tu hermana que…

—No importa —Kiera suspiró y se dio la vuelta, cruzando los brazos sobre el pecho—. Tienes más o menos diez minutos hasta que lleguemos. Me callaré hasta entonces.

A pesar de los nervios que sentía y de cómo se le estaba revolviendo el estómago, Alaina no pudo evitar sonreír. Kiera había estado pendiente de ella como una mamá gallina durante los tres días anteriores, cocinándole comidas especiales en la suite del hotel que Sam había reservado para ella, llevándole flores de la floristería del hotel y pasándole pañuelos para que se secara las lágrimas y se sonara la nariz.

Era humillante; llorar por un hombre.

Sorprendentemente, había sido capaz de convencer a Trey de que no la siguiera a Wolf River y había agradecido haber tenido la oportunidad de recomponerse durante las cuatro horas que duró el trayecto.

Finalmente, había llegado al Four Winds y había agradecido enormemente que Kiera no le hubiera preguntado por qué llegaba a aquellas horas de la madrugada.

Simplemente la había abrazado, para después llevarla hasta su habitación para insistir en que durmiera. No le había hecho ninguna pregunta sobre DJ o sobre lo que había pasado.

Se quedó mirando sin comprender al profundo y seco riachuelo que había al lado de la carretera. El paisaje estaba lleno de rocas, robles y arbustos. Era muy escarpado y se podían ver pequeños rosetones de pequeñas flores silvestres. Era la primera vez en tres días que había salido del hotel. Le había llevado ese tiempo volver a recuperar el equilibrio, volver a poner los pies en el suelo y ser capaz de mantenerse en pie. Durante los dos días anteriores no había estado tan segura, pero en aquel momento sabía que se pondría un poquito más fuerte cada día y que, despacio, día tras día, el dolor cesaría. DJ

le había menudo, incluso la había utilizado y, aunque ella tenía el corazón roto, recuperaría su vida y finalmente volvería a disfrutar. En su trabajo, con su familia.

Con otro hombre.

Cerró los ojos al pensar en eso, dejando que el dolor le recorriera el cuerpo, deseando creerlo. Tenía que creerlo. Si no… ¿cómo iba a salir adelante?

Oyó que crujía la gravilla bajo los neumáticos del coche y el ladrido de un perro. Entonces miró para arriba y vio el nuevo rancho de Rand y Grace Blackhawk.

Era una preciosa casa de madera azul con detalles en blanco.

—¿Estás segura de que voy bien vestida? —preguntó Alaina, mirando sus pantalones vaqueros y su blusa azul. Había querido vestirse con algo más formal, pero Kiera había insistido en que iban a ir a montar a caballo para ver el rancho de Rand y llevar ropa de montar a caballo era lo apropiado.

—Estás estupenda —dijo Kiera, sonriendo. Inclinó la cabeza—. ¿Estás preparada?

Mordiéndose el labio inferior, Alaina asintió con la cabeza.

Sam paró el coche frente a un aparcamiento para tres coches que había en el rancho. Entonces salió y le abrió la puerta a Alaina. Ella tomó la mano que le tendía éste y, aunque el corazón se le iba a salir del pecho de lo acelerado que lo tenía, logró sonreír.

Apenas conocía al novio de su hermana, pero desde el momento en que lo había conocido le había gustado. No sólo le había gustado lo alto y guapo que era, sino que también le había gustado su interior. Era bueno para Kiera… en realidad era perfecto para ella. Resultaba obvio que la amaba y que ella lo amaba a él. Pero aunque eso la hacía muy feliz, Alaina no podía detener el dolor que le retorcía el pecho por el amor que había perdido.

—No te morderán —Kiera tomó a su hermana por el brazo—. Te prometo que te encantarán.

Cuando la puerta principal se abrió, Alaina se quedó con los ojos como platos.

Kiera le había dicho que Rand Blackhawk se parecía mucho a Trey… y era verdad.

Antes de que pudiera tender la mano, Rand se acercó y la abrazó.

Hubo más abrazos de otros primos, Lucas, Seth, Dillon. Incluso Clair, que había tenido una mañana horrible debido a las náuseas por su segundo mes de embarazo, estuvo en la reunión familiar. Las esposas de sus primos también la abrazaron y Alaina trató de recordar los nombres y quién estaba con quién; Grace estaba con Rand, Julianna con Lucas, Jacob con Clair y Hannah con Seth. Dillon estaba con Rebecca.

¡Y también estaban los niños! Había tantos y todos, excepto los bebés, estaban jugando a la pelota en el patio trasero. Alaina supo que le llevaría un tiempo saber quién era hijo de quién; pero tiempo era lo que le sobraba.

Mientras observaba cómo todos hablaban al mismo tiempo y los niños entraban y salían corriendo, con el golden retriever de la familia pisándoles los talones, pensó que allí había amor. Podía verlo. Podía sentirlo.

Y curiosamente, se sentía como en casa.

Deseó que Trey estuviese allí, que pudiese ser parte de todo aquello. Sabía que a él le sería difícil dejar a aquellas personas entrar en su vida, confiar en ellos. Trey había sido el que había mantenido a la familia junta tras el abandono de su padre y cuando su madre comenzó a vivir en otra realidad. Mientras crecían, sólo se habían tenido los unos a los otros y eso había sido todo lo que habían necesitado. Pero en aquel momento eran adultos y cada uno tenía su vida. Era un concepto difícil para Trey pero, con el tiempo, llegaría a aceptarlo.

—Kiera me ha dicho que has estado en el rancho Rocking B —dijo Rand, dándole a Alaina un té helado una vez que todos se hubieron trasladado al jardín trasero, formando grupos más pequeños.

Aunque había sabido que antes o después el nombre de DJ saldría en alguna conversación, aunque se había dicho a sí misma que ni siquiera parpadearía cuando ocurriese, cuando Rand lo nombró se puso tensa.

—Estaba trabajando con un semental que DJ compró en nuestros establos.

—Santana —Rand bebió un trago de la botella de cerveza que tenía en las manos—. Kiera me habló del caballo. Parece que DJ ha adquirido un animal magnífico.

—Es un campeón —Alaina no pudo evitar sentir orgullo… ni el dolor—. Kiera me ha dicho que estás levantando de nuevo tu rancho. Tal vez quieras ver algunos de los animales que tenemos en venta.

—Lo haré —dijo Rand, asintiendo con la cabeza, tras lo cual miró a Kiera—.

Hay algo que a Kiera y a mí nos gustaría hablar contigo, en privado.

Alaina se puso tensa y miró a Kiera, que estaba de pie junto a Sam y a Lucas. Su hermana nunca le habría contado nada a Rand sobre su relación con DJ, sobre todo teniendo en cuenta que los dos hombres eran amigos. Pero cuando de repente Kiera la miró y se excusó de la conversación que estaba teniendo para acercarse hacia ella, Alaina tuvo sus dudas.

—¿Oh?

—¿Por qué no entramos? —sugirió Rand, dirigiéndose hacia un par de puertas francesas del patio que daban a un espacioso despacho, lleno de estanterías y escritorios. Cuando Kiera se reunió con ellos y Rand cerró las puertas, Alaina sintió que se le aceleraba el pulso.

Se quedó allí de pie, agarrando con fuerza el vaso que tenía en la mano, mirando a Kiera y a Rand sin ser capaz de descifrar sus expresiones. ¿Por qué estaban ambos mirándola de aquella manera tan extraña? Juró que le haría daño a su hermana si ésta había mencionado siquiera…

—Quizá me debieras dar el vaso y sentarte —dijo Kiera, acercándose a agarrar el té de su hermana.

—¿Qué ocurre? —Alaina frunció el ceño, pero como le temblaban las rodillas hizo lo que le había dicho Kiera.

—No ocurre nada —Kiera sonrió y miró a Rand—. Díselo tú. Por ahora, simplemente hazle un resumen.

«Que alguien me diga lo que está pasando, por el amor de Dios», pensó Alaina, queriendo gritarlo.

—Tu abuelo te dejó cinco millones de dólares en herencia.

Alaina se quedó mirando a Rand, segura de no haberle oído bien.

—¿Qué?

—Él sabía lo de tu madre —explicó Rand en voz baja—. Lo de todos vosotros.

Antes de morir, dejó unos fondos de inversiones, con instrucciones de que se contactara con cada uno de vosotros cuando cumplierais veinticinco años y venciera el plazo del fondo. Cuando tu padre lo descubrió, logró controlar los fondos y transferirlos a una cuenta bancaria en el exterior. Hace dos semanas, Dillon encontró los documentos originales en una caja de seguridad y hace sólo tres días adquirió la posesión de las cuentas.

Alaina abrió la boca, pero no fue capaz de decir nada. Miró a Kiera, que se puso de rodillas a su lado y sonrió.

—Cinco millones de dólares en un fondo de inversión durante veinticinco años

—dijo Kiera, cuyos ojos también reflejaban incredulidad—. Hermana, eso es mucho dinero.

Ni siquiera podía pensar a cuánto ascendería la cantidad. Alaina parpadeó varias veces. Aquello no era real. No podía serlo.

—Me llevó un par de días asimilarlo —dijo Kiera suavemente—. Quería que estuvieses aquí, con todos, cuando te lo dijéramos.

—¿Lo sabe Alexis? ¿Y Trey? —Alaina se llevó una temblorosa mano a la sien.

—Pensé que sería mejor que se lo dijéramos juntas, en persona —Kiera apretó los dedos de Alaina—. Así será más divertido, ¿no crees?

Alaina no sabía qué pensar. ¿Todo ese dinero? No podía parar de

agitar la cabeza.

—¿Qué haremos con todo ese dinero?

—Oh, ya pensaremos en algo —dijo Kiera, riéndose—. Vamos a montar a caballo, hermana, sólo tú y yo. Vamos a hablar sobre ello.

—Pero todo el mundo está aquí —protestó Alaina—. No podemos simplemente…

—Tengo dos caballos ensillados para vosotras —sonriendo, Rand hizo que Alaina se levantara—. ¿Crees que serás capaz de mantenerte en la silla de montar?

—Creo… creo que sí.

Kiera tomó a Alaina de la mano y la guió a través del césped del jardín mientras que el resto de la familia miraba, riendo y sonriendo. Como anestesiada, Alaina tropezó tras su hermana. Cuando llegaron a los establos, Kiera se subió en una preciosa yegua manchada que estaba atada a un poste y Alaina se subió a un caballo castrado. Hacía mucho que no montaba a caballo con su hermana y dejó que fuera ella la que fuera en cabeza. Galopó detrás de ella entre unos arbustos y luego por un prado con robles.

Trató de calcular la magnitud del dinero y lo que significaba. Pero extrañamente, no significaba para nada lo que hubiera creído. Si lo hiciera… ¿por qué estaría pensando en DJ? ¿Por qué sentía el agujero que tenía en el corazón tan profundo y vacío como antes de saber lo de la herencia? Había cosas que podía hacer con el dinero, podía comprar de todo, pero no podía pensar en nada que quisiera.

Nada excepto en DJ.

—Te echo una carrera hasta aquel árbol de allí arriba —gritó Kiera sobre su hombro, señalando hacia un gran roble al otro lado de la pradera.

Alaina pensó que quizá aquello haría que disminuyera el dolor que sentía en el corazón y dejó que su caballo corriera. Adelantó a su hermana, sintió el viento alborotando su pelo y dándole en la cara. Cuando volviera a Stone Ridge, comenzaría a trabajar con aquel potrillo claro de crin blanca que habían adquirido en una subasta. También estaba Reinhold's Light, un caballo castaño de dos años que todavía no había aprendido modales. Tenía que plantar muchas cosas en el jardín y además había estado tratando de aprender a tejer, aunque la única bufanda que había hecho parecía más un paño de cocina estirado que otra cosa.

Con el tiempo, el trabajo la curaría. Y la próxima boda de Kiera. Pero dolía… y sabía que lo haría durante mucho tiempo.

Se dijo a sí misma firmemente que no era como su madre, que ella sobreviviría sin DJ Siempre lo amaría, pero sobreviviría.

Mirando por encima de su hombro, vio que Kiera se había quedado muy atrás.

La escuela culinaria y preparar tantas comidas habían convertido a su hermana en una principiante. Sonriendo, se dio la vuelta y cuando miró al roble, se le borró la sonrisa.

Un solitario jinete estaba sentado bajo la sombra de las ramas blancas.

Con el corazón acelerado, hizo que su caballo se detuviera y tuvo que parpadear para asegurarse de que no estaba alucinando.

Eran DJ y Santana. Estaba sentado bajo aquel roble como si fuese la cosa más normal del mundo.

Miró a su hermana y vio que ésta estaba cabalgando de vuelta a la casa. La pequeña picara.

Se dijo a sí misma que ya se encargaría de ella después. Hizo que su caballo volviera a caminar, deteniéndose a medio camino entre ella y DJ Tenía el pulso tan acelerado que apenas podía oír por el murmullo que su sangre causaba en sus oídos.

DJ se acercó a ella, pero tenía la cara oculta bajo el ala de su sombrero. Tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para no bajarse del caballo y correr hacia él.

Aunque fueron sólo segundos lo que DJ tardó en llegar a ella, a Alaina le parecieron horas. Por fin le pudo ver la cara. Parecía cansado y pensó que era una buena cosa.

—Hola, DJ.

—Hola, Alaina.

Ella sintió cómo la miraba, de una manera intensa y con deseo. La dejó sin aliento.

—¿Qué haces aquí?

—Simplemente dándome una vuelta montando a caballo.

—Pues es una vuelta enorme.

—No tienes ni idea —DJ se bajó de Santana y le dio unas palmaditas al caballo en el cuello—. Santana te ha echado de menos.

—¿Eso es todo? —Alaina agarró las riendas con fuerza.

DJ asintió con la cabeza, se acercó a ella y la miró.

—Yo también te he echado de menos.

Alaina no dijo nada, simplemente se quedó mirándolo, conteniendo la respiración. Fuera lo que fuese lo que había ido a decir, no se lo iba a poner fácil.

—Queremos que vuelvas —dijo DJ entrelazando sus dedos con los de ella. La sonrisa que estaba esbozando se borró de su cara cuando vio la expresión de la mirada de ella—. Quiero que vuelvas.

Al sentir cómo la tocaba, Alaina se sintió débil.

—Me mentiste.

DJ se puso tenso y apartó la vista de ella durante un largo momento, tragando saliva con fuerza, para luego volver a mirarla.

—Lo siento. Debía haberte dicho que estaba preparando una

oferta para comprar tu rancho. Pero la verdad es que tenía miedo de que si te lo decía te marcharas.

Que DJ se disculpara y admitiera aquello le sorprendió. Pero no era suficiente.

Simplemente no lo era.

—No puedo volver —susurró ella—. Así como tampoco puedo cambiar quien soy.

En toda su vida, no había habido nada que hubiera asustado tanto a DJ como la resolución que vio reflejada en los azules ojos de Alaina. Si la había perdido, si la había perdido de verdad, entonces lo había perdido todo.

—No quiero que cambies, pequeña. Ni siquiera un poquito. Te deseo tal y como eres —le agarró la mano con más fuerza, temeroso de soltarla—. Te amo tal y como eres.

Alaina se quedó impresionada y lo miró.

—¿Tú… tú me amas?

DJ la agarró por la cintura, la bajó del caballo y la abrazó.

—He estado toda la vida solo, buscando excusas para seguir estándolo. Pero entonces apareciste tú, echando chispas y electricidad… y me quedé sin excusas. Me enamoré de ti en el momento en que te vi.

Sentir a Alaina entre sus brazos, suave y cálida, le hizo encontrarse bien y el sentir las manos de ésta en su pecho le dio entereza.

—Esa cosa tuya, cariño, sea lo que sea, también la amo. Es bueno y puro y supongo que lo tendrás por alguna razón. Así que… ¿quién soy yo para cuestionarlo? Perdóname por haber sido un idiota y dime que vas a volver.

Alaina sintió que se debilitaba. Estaba todavía tambaleándose por la impresión y la alegría que le había causado que él admitiera todo aquello. Quería decir que sí, que iría con él bajo cualquier condición, pero no podía.

Tocó la cara de él con sus dedos, presionó sus labios suavemente contra los suyos y suspiró.

—No puedo volver, DJ —susurró—. He visto lo que todo esto le ha hecho a mi madre, a mi familia…

—Deja de hablar. Deja de hablar —DJ frunció el ceño duramente —. ¿Es eso lo que crees? ¿Que te estoy pidiendo que vivas conmigo?

De repente, Alaina se sintió una tonta. No sabía qué pensar. Él le había dicho que la amaba. Le había pedido que volviera…

—Alaina… —DJ la agarró con más fuerza por los brazos cuando ella intentó apartarse—… no te estoy pidiendo que vivas conmigo. Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

—¿Quieres que me case contigo? —repitió ella, rezando para que

le hubiese oído bien.

Dio un traspiés cuando él la soltó, observó cómo sacaba algo del bolsillo de su camisa. Era un anillo de oro con un simple, pero elegante, diamante.

—Era de mi madre —dijo él rápidamente—. ¿Te lo pondrás? ¿Por lo menos hasta que te pueda comprar algo más grande?

Aturdida, se quedó mirando el anillo, sintió que las lágrimas le quemaban los ojos y que se le ponía un nudo en la garganta. Quería decirle que no quería nada más grande, que todo lo que quería era a él, pero no podía articular palabra.

—Cásate conmigo —le pidió DJ, mirándola a los ojos—. Ámame. Sé la madre de mis hijos.

Matrimonio. Hijos. DJ Todo lo que ella siempre había querido y mucho más. Se llevó una mano al corazón, segura de que se le iba a salir del pecho.

—Te amo —susurró, tras lo cual saltó a sus brazos, riéndose—. Te amo. Sí. Sí.

D J la balanceó y la acercó aún más hacia sí. La besó de una manera profunda y apasionada, transmitiéndole todo el amor que sentía por ella. La alegría se apoderó de su corazón. Cuando la dejó en el suelo, se sujetó a él, temerosa de no ser capaz de mantenerse en pie por la debilidad de sus rodillas.

—Te amo —DJ la besó de nuevo y le tomó la mano. Cuando sus dedos se tocaron, echaron chispas. Alaina, conteniendo la respiración, observó cómo él la miraba y sonreía. Entonces le puso el anillo en uno de sus dedos.

—Es precioso —dijo ella, observando cómo el diamante relucía al sol—. Es perfecto.

Un empujón repentino la devolvió a los brazos de DJ Alaina se dio la vuelta, miró a Santana y comenzó a reír.

—¿No deberíamos volver a la casa? —le preguntó DJ tras otro intenso y largo beso.

—Todavía no —Alaina restregó sus labios contra los de él, sintiendo cómo la vibración se transmitía de su cuerpo al de él y viceversa. Nunca antes se había sentido más llena, más amada. Levantó la vista y se dio cuenta de que no le había contado nada sobre los fondos de inversiones. Pero cuando DJ acercó su boca de nuevo a ella, supo que no importaba. Ya tendrían tiempo para hablar después. Lo besó y sonrió.

Tendrían toda una vida para hablar…

Fin